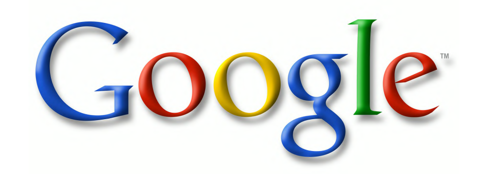
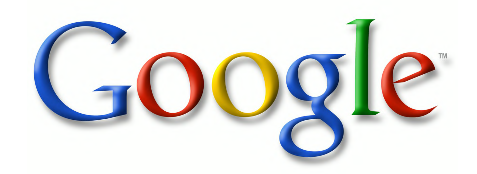
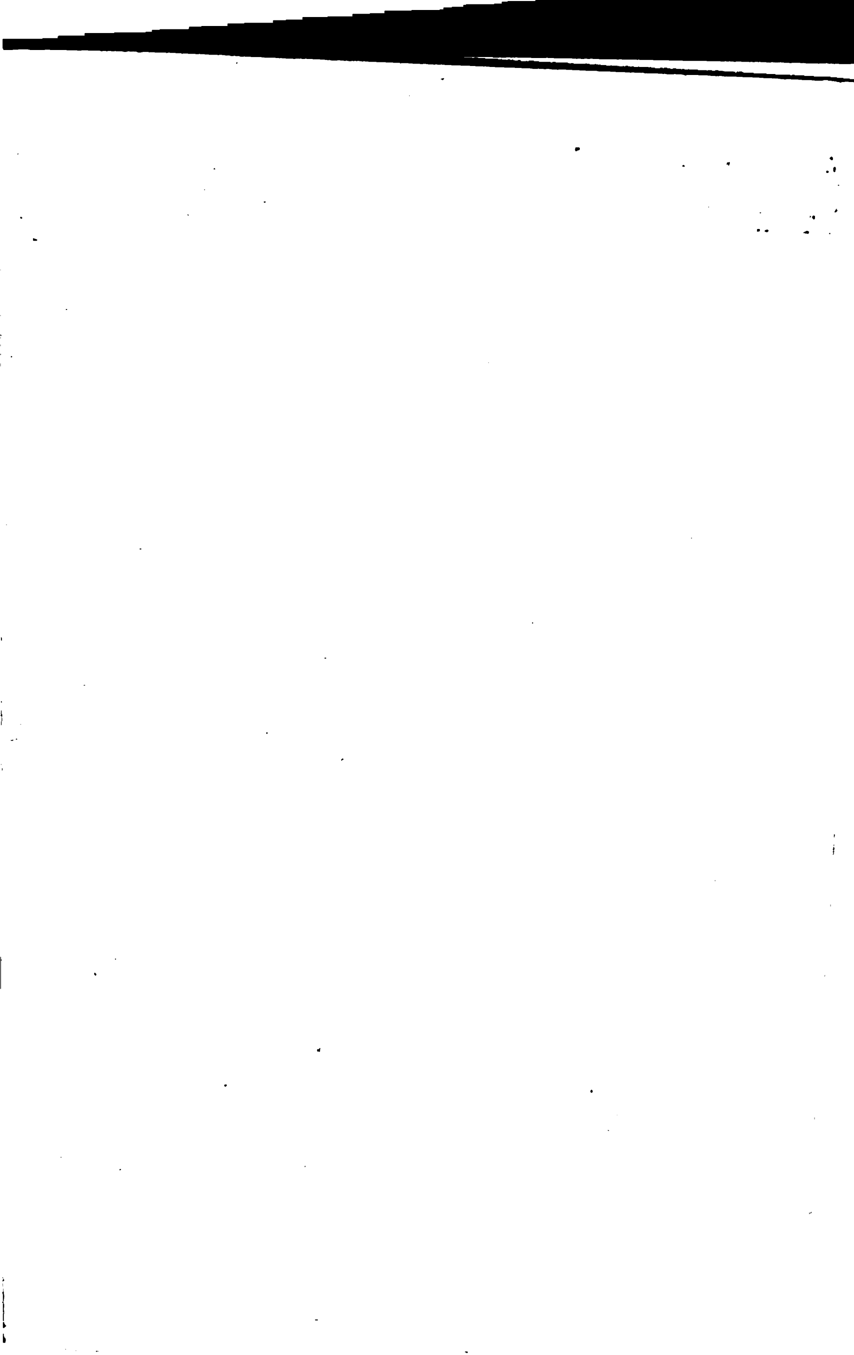
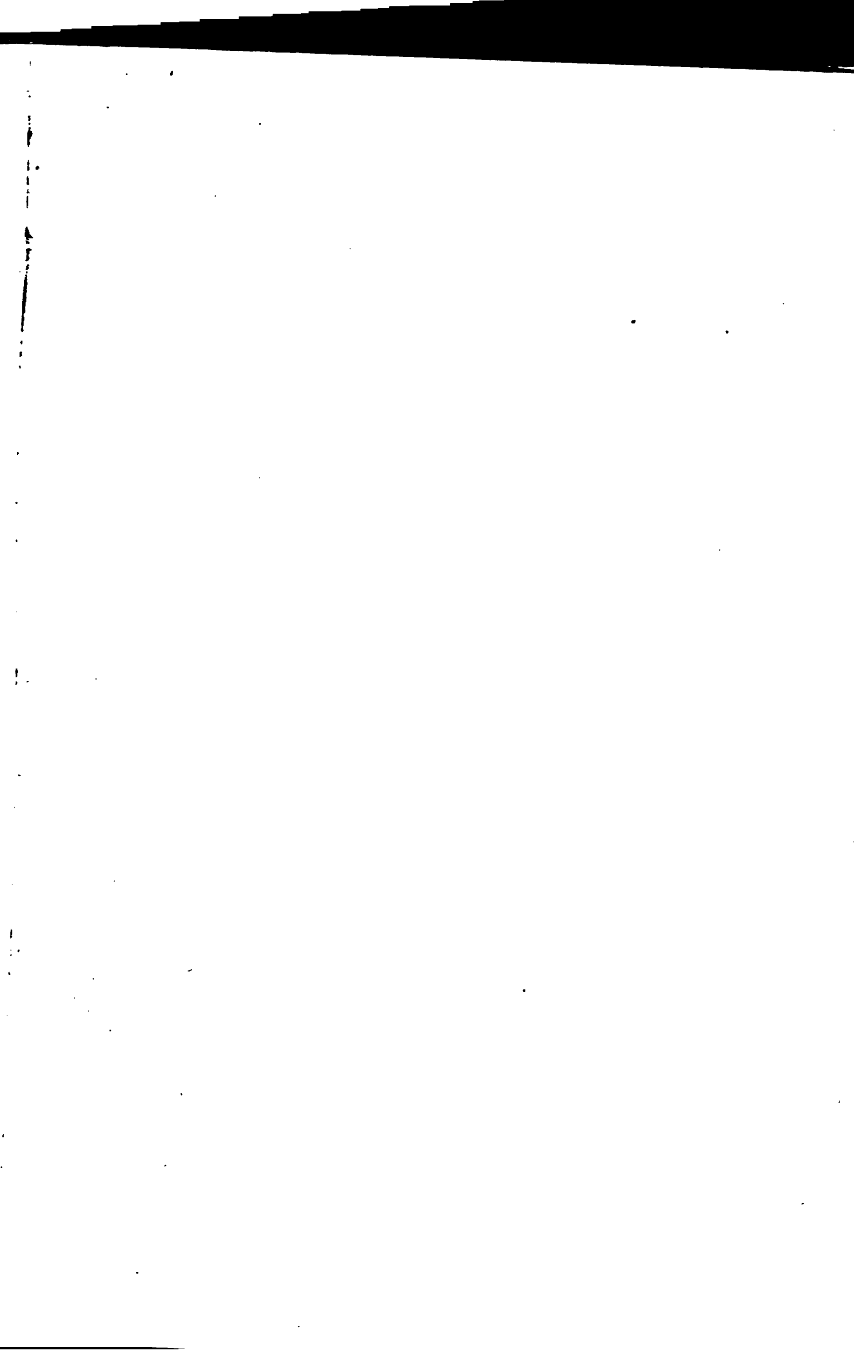










LA
Rusia Actual

La Rusia Actual

POR

E. GÓMEZ CARRILLO

Prólogo de D. A. VICENTI

PARIS
GARNIER HERMANOS, EDITORES
6, Rue des Saints-Pères, 6

1906

DEDICATORIA

AL DOCTOR GEO D. COEN

¿ Se acuerda V., querido amigo, de aquella tarde en que severamente me aconsejaba V. que renunciase á mis frívolas fantasías habituales para consagrarme á estudios sociales? Estábamos sentados en una terraza del bulevar. Era la primavera. Y mientras V. me decía cosas serias, yo veía extasiado á las parisienses ligeras que pasaban rítmicamente. « Jamás — iban murmurando los frufrús de la calle — jamás ningún problema te interesará más que nosotras ».

Hubo un día, sin embargo, en que lo hondo, lo triste, lo fastidioso, lo sucio, lo pobre, me sedujo. Fué mi largo día de Rusia. Allá bajo la nieve, olvidé lo frívolo y me consagré á lo serio. Leí documentos que antes me hubieran hecho reir, y lloré; copié columnas de cifras, de odiosas cifras; traduje legajos judiciales. Y cuando hube terminado me dije : « Este es el estudio que mi buen amigo Coen me aconsejó siempre hacer ».

Helo aquí, amigo. Es un libro pesado. Es un archivo de crueldades. Es el memorial de una época de sangre y de dolor. Su alma de V. piadosa y recta, sentirá en la lectura lo que la mía, frívola pero buena, ha sentido en la escritura.

Le quiere, su

GÓMEZ CARRILLO.

PRÓLOGO

Nos devolvió los pasaportes é inspeccionó rápidamente nuestras maletas un aduanero jorobado. Y salimos al fin de la estación de Virballen por el torniquete de los andenes rusos.

Tres cuartos de hora habíamos pasado en ella tiritando de inquietud y de frío. Desde París se llega casi de un tirón á la frontera, y entre las blandas comodidades del *Nord Express*, nadie advierte el terrible cambio de temperatura; pero ésta da el primer aviso y administra la primera bofetada al que se apea en Virballen á las 11 y media de la noche.

Ocupamos nuestro departamento, y caímos más bien que nos tendimos en la cama. Rendidos como si hubiéramos acabado un largo viaje á pie ó escapado de un peligro horroroso, á las pocos minutos Carrillo y yo dormíamos con profundísimo sueño. El movimiento, á través de la sabana de nieve, era imperceptible; el silencio, absoluto. Bien lo agradecían, después de los saltos y ruidos del tránsito por Alemania, los nervios apaciguados y los músculos en reposo.

A largos intervalos, una campana, al parecer muy distante, exhalaba en las estaciones dos ó tres apagados quejidos.

— Ni que fuera el viático, murmuró una vez Carrillo desde lo alto de su camarote.

— Sea lo que sea, durmamos.

Y dormimos, sintiendo la voluptuosidad del que se hunde en aguas plácidas y hondas, indiferente á la idea de si podrá ó no podrá volver á la superficie.

Eran las diez de la mañana cuando despegamos los ojos. La planicie de un blanco sucio, se dilataba monótona y chata, sin más relieve que el de los bosques semi-enterrados, ni más gibas que las de los depósitos de leña. El sol era una oblea amarilla, con menos de triste que de cómico.

Al detenernos medio minuto en ignorado villorrio, una muchacha de diez ó doce años, toda cubierta de pieles burdas, con el cartapacio debajo del brazo y que sin duda tornaba de la escuela, nos dió la primera sensación de vida. El coche-restaurant nos proporcionó la segunda. Una linda inglesita, cuya sutil y transparente blusa dejaba entrever la desnudez de sus brazos, afrontaba los rigores de un clima boreal con graciosa displicencia. Una robusta alemana devoraba trozos de jamón, untados de mostaza y sumidos entre rebanadas de pan de centeno. Y en una mesilla de ángulo, dos recién casados, que habían tomado el express en Kœnisberg, se hacían carocas, no de otra suerte que si estuviesen solos en el mundo.

El espectáculo, y más que nada el sombrero de copia del novio, disipó por completo las aprensiones ya muy atenuadas de Carrillo, y le restituyó la alegría, sana, juvenil y burlona con que en todos sitios se granjea amistades. Desde aquel instante hasta que regresamos á Europa, la trágica Rusia fué para él como una de las terrazas del boulevard parisino.

En la mesilla del vagón, escribió después del almuerzo, é interrumpiéndose á cada momento para contemplar un trineo ó una bandada de grajos, dos de las notas más exquisitas contenidas en este tomo: *La nieve*, y *San Petersburgo*.

Ya en la siniestra capital, todavía ensangrentada por las matanzas del *domingo rojo*, recobró su gozoso humor, de fuerza radiante y comunicativa, y no halló entre tantas negruras, cosa que lo alterase ó que lo ensombreciese.

Al formidable Trepof, que es, — si aun no le han asesinado — el hombre más cortés y más simpático del Imperio, le conquistó desde la primera visita.

— ¿ Pero no creéis que al fin os matarán ? le preguntó con amable desvergüenza.

Pensé que el dictador iba á echarnos de su gabinete, cuando no á remitirnos á la fortaleza de San Pedro y San Pablo.

Trepof se sonrió, ofreció al curioso impertinente uno de los cigarrillos turcos que no se le caen de los labios, y contestó con afabilidad de perfecto *gentleman*: « Me han tirado tres veces, y no me han dado. Ya no me darán nunca. » Al principio nos conturbaba la obsesión de la policía, cuyos agentes, disfrazados de caballeros, por donde quiera nos salían al paso. Esbirro, el portero de chanclos; esbirro, el canciller del consulado español; esbirro, el que se nos aproximaba en el *Ermitage* para explicarnos galantemente el mérito de los Rembraudt; esbirro, el *mujik* que en nuestro departamento del hotel acepillaba las pellizas y encendía la estufa; esbirro de alto copete el escritor recién vuelto de Siberia, y para quien nos había dado en París cartas de recomendación algún ingenuo revolucionario.

Muy pronto, lo que empezó por abrumadora pesadilla se convirtió en gustoso divertimiento.

Fuimos una mañana á la feria de los Piojos.

Carrillo compró un lindo icono, y una primorosa lamparita de plata.

De regreso al hotel, quitó del marco la estampa de no se que santo, colocó en su lugar la fotografía de una espléndida mujer desnuda, clavó el icono, así modificado, en la pared, y encendió la candela para que no faltase nada en el altarico.

Entró á tal punto el *muiik*, quien al ver tamaña profanación hizo la señal de la cruz, y se retiró escandalizado.

— Esta vez, dije á Carrillo, sí que nos expulsan.

¡Qué habían de expulsarnos! Trepof, prendado del sempiterno burlón, todas las mañanas le retenía una hora ó más, en su gabinete.

Concluimos por familiarizarnos con la atmósfera impregnada en sangre de Petersburgo, y por recorrer, cual si nos hallásemos en París, todos sus antros y rincones.

Entretanto, iba él tejiendo, medio en veras y medio en burlas los prodigiosos encajes de este libro.

Filigranas de oro, pero también de acero, eran las páginas ligeras, sagradas y aladas que en cualquier parte, en el hotel, en el museo, en el teatro, destilaba su inseparable lápiz-pluma. El observador se ocultaba deliberadamente bajo la capa del artista; mas no por eso dejaba de llenar con vino rancio ó con intenso jugo su cincelada copa.

Cinematógrafo de vívidas impresiones, en que está cogida al vuelo toda la vida rusa, es el tomo que van á saborear los lectores inteligentes. Ello no

impide que sea además compendio de profundas observaciones y de atinados juicios.

Parece que solo roza, y traba magistralmente lo que se refiere á la propiedad colectiva, á la revolución social y literaria, á las supersticiones teológicas y á las depravadas costumbres.

En su estilo, como en su alma, andan maridados el sentimiento y el presentimiento.

La parte de religión y de liturgia se incubó á no dudarlo en una visita que hicimos á la catedral de San Isaac, atraídos por el anuncio de una boda.

Negra por fuera es la basílica, toda de mármoles y pórfidos obscuros. Negro el bronce de las puertas, más gigantescas que monumentales. Dentro, mucha riqueza, muchos dorados, muchos colorines. Arte. ni dentro ni fuera.

Medianas pinturas de la Virgen, de la Cena, de San Miguel, de los Evangelistas, cubren los altares, que se salen de la pared á manera de alacenas de fines del siglo XVIII. Efigies de talla ó de relieve, ninguna. Sólo al abrirse las alacenas para la celebración del culto, aparece, clavado con cuatro clavos en la Cruz griega, un macilento Cristo.

Abundan las lámparas y los relicarios, pero no bizantinos, sino fuertemente barrocos. En todos los ángulos, el candelero-icono, especie de tubo que por su forma recuerda adoraciones fálicas, campea enhiesto y dominador entre una selva de delgados cirios.

Son éstos como los que ponen los niños en los Nacimientos; como los que, para subir las escaleras, entregan los serenos de Madrid á sus parroquianos. En el icono-violetero está pintada la cabeza de un santo, y flores naturales ó artificiales coloca-

das no en la boca, sino en torno del pie, completan el altarico.

El canto litúrgico es amplio, grave, armonioso. Los cantores lo estropean gruñendo y mosconeando con falsas voces de bajo que suenan á agorería. Por capillas y naves vagan los sacerdotes, metidos en largas túnicas negras. Usan barbas partidas á lo nazareno, y greñas que, á modo de embarradas serpientes, se les enroscan en las espaldas. Pasan familiares y silenciosos, entre el público arrodillado, mirando á todos con beatitud en que se trasluce el imperio. Los más pulcros, los más acicalados, transcienden á suciedad bendita.

Pertenecían á la clase media los jóvenes que iban á casarse. La novia, de blanco, á un extremo de la capilla ; al opuesto, el novio. En medio de los dos, un atril con el libro de los Evangelios.

Descorridas las puertas del armario, apareció la cruz, y el archimandrita se adelantó en busca de los contrayentes. Púsoles á cada uno una corona de metal, los hizo beber en una misma escudilla, y llevándolos cogidos de las manos, rodeó el atril tres veces, sacó los dedos por entre los cónyuges para bendecir al concurso.

Treinta mil se santiguaron mientras duró el acto, los protagonistas, los invitados y los curiosos. Todos muy á prisa y rematando con una profunda genuflexión la santiguada. De la frente al estómago, del estómago al hombro derecho — que ésta es una de las graves particularidades en que los griegos se distinguen de los católicos — y del hombro derecho al izquierdo, volaban los puños más ligeros que aspas de molino.

Así hace la gente, no sólo en el interior de las

iglesias, sino también en sus atrios. Hombres y mujeres, al cruzar por la calle, se destocan, afrontando la nieve, y en más de una ocasión se tienden boca abajo y con la lengua marcan en el suelo tres cruces.

Tengo por las creencias ajenas respeto no fingido. La persona de fe sincera, sea cual sea su culto, me parece sagrada. Pero en verdad digo que este formalismo de los beatos ortodoxos me asquea y me apesadumbra.

He visto en las mezquitas árabes las zalemas, los aspavientos y los temblores de los fieles, sin que el espectáculo me convidase á desdeñosas ironías.

En las sinagogas me ha sobrecogido la estridencia del cuerno en la Pascua de expiación, y me ha maravillado la singular costumbre de taparse los sombreros de copa con toallas, sin que por ello me inspirasen los ritualistas sentimientos de mofa.

Unos y otros, al dirigirse á su Dios, conservaban la dignidad de hombres, y si se postraban como convencidos no se humillaban como perros.

Lo contrario sucede con estos ortodoxos, cuya manera de orar ahuyenta el respeto y solicita la duda.

Por cierto que salimos de la catedral, sin acabar de ver la ceremonia.

Las risas mal disimuladas de Carrillo, la priesa con que se hacía cruces, y la maña con que procuraba acercarse á la novia suscitaron la indignación del gendarme-pertiguero, el cual menos indulgente que Trepof, nos echó de la Santa-Casa.

No menos bien observado, aparece en la obra lo relativo al arte, á los espectáculos y á la venalidad de los funcionarios públicos.

Al lado del Palacio de Invierno se abre el *Ermitage*, isla de paz á que los extranjeros acuden con gran curiosidad.

En el centro del salón principal, una gran estatua sedente de Voltaire guiña el ojo á los visitantes, como si les hiciese los honores de Rusia. Los bustos de Diderot y d'Alembert forman cortejo á la estatua.

Más irónica que en ninguna parte parece allí la mueca desdentada del inmortal descreído, é impregnada de mayor amargura parece la sonrisa de los dos padres de la Enciclopedia. A través de los huecos é intercolumnios del Ermitage pudieron aquellas marmóreas pupilas contemplar á distancia de algunos metros las inícuas matanzas del *domingo rojo*.

Al principio, este singular y chillón contraste nos causaba profunda extrañeza. ¿A cuento de qué se hallaban en San Petersburgo los implacables demoledores de religiones y monarquías?

Cesó pronto nuestro asombro, al advertir que en Rusia andaban lo trágico y lo grotesco íntimamente mezclados.

Los que matan y torturan y depredan al estilo del siglo v, viven, disfrutan y se divierten al estilo del siglo vxIII. Todavía el arte coreográfico merece en el imperio de los zares las altas consideraciones que en el resto de Europa ha perdido. Feudataria de *ballet* es la Opera, y subvencionados por la corte están los tres teatros en que bailarinas y bailarines encantan á la aristocracia con sus anacrónicas piruetas. Con dos ó tres semanas de anticipación hay que encargar para el teatro María la modesta localidad, cuyo precio no baja de doce ó quinces rublos. Y es de ver cómo en la espléndida sala, Jengis-Khan y

Luis XV se pavonean unidos en amable consorcio. Hasta en las dentaduras de las artistas de último orden centellean los diamantes.

Los maestros de danza gozan del mismo predicamento que en los tiempos de Cassanova. Y ningún cambio hallaría si ahora repitiese su visita el célebre aventurero que se reía en la sotabarba de Catalina II al leer en el zócalo de una estatua de Sócrates, el nombre lésbico de la equívoca Safo.

Para que todo subsista, subsiste también la costumbre de trocar en azotes, prisiones y destierros, los homenajes semidivinos que á la gente de teatro se otorgan,

El 22 de Enero, una simpática actriz alemana mandó parar su troika, é increpó duramente á un oficial que ordenaba hacer fuego sobre las mujeres y los niños. El oficial la envió ejecutivamente á la cárcel.

Miguel de Kriwoschlyk se llama uno de los funcionarios más importantes de San Petersburgo. Lleva el título de director general de los servicios de la Prensa, y por su mano fiscalizadora pasa todo lo que se refiere á periódicos y libros.

Dos veces le visitamos y oimos sus originales confidencias. Es un hombre de cuarenta y un años, grueso, de alegres ojos y de saludable encarnadura, cuya manía consiste en atribuirse las aventuras de Gorky. — Yo — exclama á cada momento — yo — sí que he sido de verdad pastor, zapatero, ebanista, pintor de iconos, sacristán, cantor de parroquia, cajista y vagabundo. Los demás alardean de penalidades y romancerías apócrifas. Un enviado de Dios me ha sacado del cieno y me ha elevado á la cumbre. Por su patrocinio ocupo esta situación excep-

cional, y gracias á él me he casado con la hija del millonario Tckerepemkof, honorable tratante en joyas y ultramarinos.,.

Lleno de iconos, ante los cuales ardían innumerables cirios, estaba el despacho del director general de los servicios de la Prensa.

Y frontero al retrato del zar campeaba uno suyo de cuerpo entero, en que el buen Miguel Gregorewitch de Kriwoschlyk aparecía abrazado con el varón de Dios, á quien, según dice, ha debido su fortuna.

¿Quién era el varón de Dios que le ha amparado y por cuyos consejos se guiaba entonces el árbitro y fiscal de la mentalidad del imperio?

Un pope desastrado, ebrio casi siempre, no se sabe si de fanatismo ó de boscha, que aseguraba estar en comunicación directa con Jesucristo, con los apóstoles y con una docena de santos. El célebre Juan de Cronstadt, que á menudo congregaba en los despoblados millares de mujiks, á quienes absolvía de una sola santiguada después de hacerles confesar á coro sus culpas.

El jefe de la Prensa y director del *Diaro Oficial* de la Prefectura, se gozaba en obsequiar con copias del indicado retrato á todos los que le visitan.

Supongo que ahora se guardará de hacerlo, pues el *pope* milagroso con quien se telegrafiaban el emperador y las emperatrices, acusado y convicto de toda suerte de prevaricaciones, ha dado con sus fueros en la *cárcel*.

Con estas farsas y aberraciones espirituales, corren parejas los descarados é inmensos fraudes administrativos. En las altísimas jerarquías empieza, y en las últimas concluye el robo metódicamente organizado.

¿Quién no se acuerda de los diez vagones ricamente cargados y las 36,000 famosas mantas que en los primeros meses de la guerra sufrieron inexplicable eclipse?

¿Pues qué decir de la iglesia expiatoria de Alejandro II?

Se ha erigido en el mismo sitio donde el padre del gran duque Sergio fué destrozado por una bomba. Cuarenta años van transcurridos, y sin dorar prosiguen las cinco cúpulas. Con la enorme suma asignada á tal efecto, desaparecieron los que habían de adquirir el oro. Y no se volvió á arbitrar más dinero, en previsión de que se repitiese el caso.

He ahí la Rusia en putrefacción que por minutos se disgrega. He ahí el *lupus* asiático de que necesita raerse y curarse Europa. ¿Cuándo se desprenderá por sí misma la podre, ó cuándo se efectuará violentamente la operación quirúrgica?

No se atreve Carrillo á vaticinarlo, pero burla burlando señala las premisas y encomienda á sus lectores la deducción de las consecuencias. Él no es, no quiere ser más que un risueño desflorador de jardines.

Se contenta con apuntar la dificultad esencial que retarda las tranformaciones exigidas por el espíritu del tiempo y que granjea á la autrocracia rusa una supervivencia transitoria.

No obstante, leed con cuidado lo que esboza el artista. Cierto. En las clases educadas excede la cultura á las de los primeros pueblos de Europa, y entre los campesinos, la ignorancia y la superstición exceden á las de los últimos pueblos de Asia.

Eso ¿es por ventura una garantía?

Seguid leyendo, é inferiréis sin que el autor ponga

nada, que la inmensa solución de continuidad que separa á unas clases de otras, lejos de formar un baluarte seguro, crea ese vacío, esa diferencia de temperaturas y densidades, ese desequilibrio á la par atmosférico y geológico, bajo cuya acción espontánea se hinchan las trombas del mar, se desatan los ciclones del aire, y se descuajan las entrañas de la tierra.

¿Habrá llegado la hora, cuando salga de las prensas este libro?

Sea como fuese, él os enseñará con sus leves aromas y con sus sutiles intimidades, más que todos los cálculos é inducciones de los tratadistas lúgubres.

Carrillo es el curioso insaciable, el mago que abre puertas y fuentes con un ligero golpe de su varilla; el hombre del Renacimiento que siendo muy hombre parece haber sido mujer; el escritor ambidextro, seductor, misterioso, grácil, proteico é inquietante como el San Juan de Leonardo de Vinci.

Ayer en Rusia, luego en el Japón, mañana en cualquier extremo del mundo está siempre propicio á tender los labios á la serpiente Lango; á aquella simbólica serpiente de la isla de Cos, que entregaba á quien se atrevía á besarla todos sus tesoros y todos sus... secretos.

Dejaos acompañar por él y os sentiréis tan encantados, tan sanos, tan jóvenes como me sentí yo durante nuestra *pequeña campaña de Rusia*.

ALFREDO VICENTI.

Madrid, Octubre de 1905.

EL ZAR QUE TIEMBLA

Un ilustre periodista parisiense acaba de visitar el palacio de Zarkoe Selo, en donde Nicolás II, prisionero de su pueblo, lleva la más triste, la más lamentable existencia. La impresión es lúgubre. Oid :

« Una gran verja de hierro cuyos barrotes terminan formando puntas de lanza; un soldado que se pasea fusil al hombro y bayoneta calada... Después otra verja, otro soldado, otro fusil y otra bayoneta calada... Luego un parque rodeado de alto y espeso muro que vigila un cordón de soldados. ¿Quién es el prisionero tan cuidadosamente guardado? El cautivo augusto que encierran esas verjas y esos muros es el emperador... Así lo confiesan con resignación sus carceleros. No intenta fugarse — dicen, — y ya hace mucho tiempo que no le vemos, mas que desde muy lejos. Cuando sale al galope de sus caballos para pasearse por las avenidas del parque y olvidar su dorada prisión, todo el mundo lo vigila, su familia, sus servidores, su policía. Es un preso, empero, que no intenta romper su cadena. »

Esto es lo único que el reporter ha visto. Porque, á pesar de ser representante de un periódico mi-

nisterial del país amigo y aliado; á pesar de tener fama conservadora; á pesar de ser más rusófilo que un ruso, ninguna puerta de hierro ha querido abrirse para él. Pero todas las herméticas consignas son impotentes para ocultar la verdad. El periodista, sin entrar, sin ver, « ha sabido ». ¿Qué? « El emperador — dice — vegeta sombríamente. Desde el 9 de enero después que « le acuchillaron á su pueblo », vive en enojo terrible, tal vez producido por remordimientos. En ese palacio pasó las jornadas fatales, y allí vino á unírsele la emperatriz viuda, fugitiva de San Petersburgo en mísero coche de alquiler. Allí no va ya Pobiedonostzeff, porque Pobiedonostzeff no se presenta en ninguna parte. Allí iba todavía el gran duque Vladimiro á disculpar su responsabilidad en los sucesos del 9. Mas, Vladimiro ya no vendrá tampoco... ¿Quién es el responsable de las matanzas del 9?... ¡Oh! Ese día el emperador estuvo á punto de ir á San Petersburgo, y entonces tal vez no hubiera pasado nada... Pero, como siempre, sólo fueron propósitos y los propósitos del emperador jamás se cumplen. También tuvo propósitos de ir á la guerra; pero no fué... No dar órdenes es una responsabilidad mayor que darlas; no querer es más decisivo que querer; no saber es más terrible que saber. El general Stoessel, á su llegada á Zarkoe Selo, se arrodilló ante el emperador, y díjole: « ¡Perdón, señor, la culpa de todo es mía! » Y el emperador lo levantó, y abrazándolo, le respondió: « ¡No Stoes-

sel; la culpa es mía!» El emperador es el más desgraciado de los rusos.»

Es cierto. En aquel inmenso imperio del terror, el que más miedo tiene es el monarca. En este punto, por lo menos, su supremacía es evidente. El temblor de los demás, de los que ven la imagen de Siberia á cada paso, resulta un simple calofrío, si se compara con el perpetuo sacudimiento que atormenta al ser imperial. ¡Qué digo! El mismísimo sultán de Turquía, que ve en sueños las más atroces visiones de muerte, es un hombre heroico, comparado con su vecino. Abdul-Amid ama, intriga, desea, ordena, odia, vive. Nicolás II, lívido y quieto, apenas respira. Buscad en sus largos días una distracción, un placer. En vano. Lo único que hace es luchar contra las sombras que lo amenazan. Esas largas horas de meditación, esos conciliábulos de duques y ministros, esas lecturas prolongadas, esa sumisión á la iglesia, no obedecen sino al miedo. Cada tentativa de reforma es un producto del miedo. El miedo, sin cesar, lo mueve y lo conmueve. ¡Sólo el miedo!

Como todos los seres débiles y fanáticos, Nicolás II es supersticioso y aficionado á ciencias y experimentos ocultos. En los primeros años de su reinado su consejero íntimo fué un francés llamado Philippe, cuyo poder llegó á tal punto, que los grandes duques y los ministros temblaban

ante él. « Todas nuestras tentativas han sido vanas — escribe un noble — para desenmascarar á ese aventurero; el zar lo cubre con su protección imperial. » La influencia de este hombre funesto era tal, que antes de tomar una resolución sobre cualquier cuestión importante, el emperador le hacía evocar el espíritu de su padre. Alejandro III, ó el de su abuelo Alejandro II, ó en los momentos supremos, el de Pedro el Grande. Un día el zar tuvo la extraordinaria ocurrencia de hacerle evocar el espíritu de Pedro III, para saber si efectivamente había sido asesinado por instigaciones de Catalina II. Su respuesta enfadó al zar. Después, este Philippe ha desaparecido de la corte; pero otros han venido.

Entre los más recientes favoritos mágicos, Alard cita á uno cuya intervención espiritista determinó al zar á otorgar la concesión que ha causado la guerra rusojaponesa. La anécdota es digna de reproducirse sin quitarle ningún detalle. Hela aquí, tal como el historiador francés la refiere: « Ciertos personajes prevaricadores y concusionarios entre los que se encontraban el gran duque Alejandro Mikailovitch y el virrey Alexeieff, trataron de hacer, con el dinero del emperador, un negocio grandioso. Se trataba de crear una sociedad financiera para la explotación de los inmensos bosques del Yalú, en la Corea. Esto constituía una nueva exacción de territorio, después de la fraudulenta conquista de la Manchuria. La actitud del Japón era inquietante, por lo cual

el zar no quiso en un principio autorizarlo. Alejandro Mikailovitch vino en socorro de la empresa, y aconsejó al emperador evocar el espíritu del vencedor de los turcos, Alejandro II. Así se hizo y, naturalmente, el espíritu aseguró « que aquella empresa era necesaria para la salvación de la patria, y que la familia imperial debía protegerla, con lo que contribuiría á la conquista de Corea ». Al día siguiente el zar daba orden de comprar acciones por seis millones de rublos, y mandaba á su familia hacer otro tanto. La sociedad, en vez de dedicarse á la corta de árboles, empezó por construir trincheras y fuertes en Corea. El Japón, que vió en ello la conquista rusa de la Corea, perdió la confianza en el zar y le exigió el abandono de tal empresa. El zar se negó ; se rompieron las hostilidades : Nicolás, al saberlo, se aterró, y pidió de nuevo consejo á los espíritus de Napoleón y de Federico, y antes de que éstos contestaran, el almirante Makaroff pereció con el acorazado Petropavlosk, pero todas las santas imágenes que en las cámaras del barco llevaban los marinos, « se salvaron » : el mar las arrojó á la costa. ¡ Buen síntoma ! Entonces el emperador hizo evocar el alma del almirante, que predice la victoria y promete salir de las profundidades del mar con su acorazado, para ponerse al frente de la flota y entrar vencedor en Tokío.

Tal es la historia de la guerra. Y uno no puede menos de preguntarse, pensando en tanta ingenuidad grotesca, si realmente goza de cabal juicio

un hombre que, en pleno siglo xx, obedece á semejantes temores y á tamañas prácticas...

Uno de los episodios que más triste impresión han dejado en el alma de Nicolás II, es su frustrado viaje á Roma. El César moderno quería visitar la ciudad de los antiguos Césares. De una manera oficial todo estaba arreglado : después de una corta estancia en Austria, debía la imperial pareja dirigirse hacia Italia, tierra divina en la cual la imaginación de la zarina complacíase en colocar el Eldorado de su existencia. ¡ Venecia ! ¡ Florencia ! ¡ Ravena ! ¡ Bolonia ! ¡ Nápoles !... ¡ Nombres que cantan y que encantan ; promesas dulces de paz, de luz, de fiesta espiritual, como los pronunciaban los labios de las majestades moscovitas ! Y es de suponer que, cuando el ministro de negocios extranjeros insinuó, por primera vez, con las timideces de rigor, en palacio, que los liberales toscanos podían prepararse á recibir mal al emperador, éste debió sonreir. ¿ No le habían acaso aplaudido los republicanos de Francia, los hijos de aquellos feroces comuneros del año 70, los nietos de los que, cien años antes, guillotinaron á su monarca ? Así, pues, era inútil hablarle de renunciar á su proyecto. El itinerario fué publicado. Pero en el momento mismo de tomar asiento en el tren. Nicolás II, recibió la visita del jefe de su policía secreta, que le anunció la llegada á Rusia de tres anarquistas italianos. El

rostro imperial tornóse lívido. El espectro del atentado llenó el espacio. Veía rieles arrancados... bombas lanzadas desde el bosque... asesinos con trajes de lacayos... Sin embargo, era necesario viajar. Sólo que ¡ ay ! lo que debió haber sido un paseo de arte, trocóse en una incompleta y despavorida carrera entre soldados y espías. Uno de los historiadores de la corte lo narra en los términos siguientes : « Apenas hubimos llegado á Viena, salimos disparados como una flecha, desde la estación al castillo de Schoenbrunn, y desde allí al Mürzsteg, en donde ya el emperador podía considerarse en seguridad, pues èn este país solitario cualquier extranjero caería inmediatamente en manos de la policía. De Mürzsteg se dirigió el zar á Darmstadt, sin tocar en Viena. Durante este viaje y mientras la policía rusa tomaba sus precauciones, se recibió un aviso anunciando que los tres anarquistas italianos habían desaparecido sin dejar ninguna huella. Según la información recibida, los tres individuos debían de haberse ocultado bien disfrazados, en algún sitio seguro, pues las instrucciones del comité anarquista ruso, « eran aprovechar la estancia del zar en Roma para asesinarlo ». La corte informó al zar, con todos los detalles, de cuanto ocurría é insistió en que debía renunciar al viaje á Roma, puesto que nadie podía « responder de la seguridad de su persona ». El zar empezó por resistir á esa pretensión, porque suponía el efecto que produciría una contraorden en tan críticos momentos, y

temía las consecuencias políticas que pudieran originarse. En vista de esto, algunos personajes de la corte anunciaron que presentarían sus dimi siones si el viaje se llevaba á efecto, por no poder responder de la vida del emperador. Ante estas amenazas, el zar decidióse á enviar un mensaje á Roma, « aplazando para una fecha ulterior la visita ». Esta es la verdad, la triste, la pura verdad. La « fecha ulterior » no llegará nunca. Sus majestades morirán sin hacer imperialmente la romería soñada. El miedo los paraliza.

En todas las obras sobre la vida del zar se encuentran anécdotas que harían reir si no hicieran llorar. Una mañana que el zar acababa de entrar en su gabinete de trabajo, encontró sobre la mesa una carta lacrada. En el sobre veíase un rojo membrete que decía : « Comité central de la Unión de los partidos revolucionarios de Rusia ». El zar lo leyó y ya se disponía á abrir el pliego, cuando precisamente se presentó Plehwe. El emperador, entonces, le entregó el misterioso escrito, que era una intimación al emperador para que pusiera término al terrorismo y á la arbitrariedad de sus funcionarios, y diera al pueblo ruso su libertad y sus derechos. Los atentados contra ministros y contra gobernadores debían servirle de aviso, y en el caso que la advertencia no fuera oída, y de que continuasen las hecatombes de inocentes víctimas, el pueblo volvería sus armas

contra él. El ministro había leído el anónimo en alta voz. Al terminar, notó que su majestad había perdido el sentido y yacía, con el rostro cubierto de sudor frío, en una butaca.

Más recientemente los periódicos nos contaron la anécdota siguiente : paseábase una mañana el emperador por el parque de su palacio, cuando un hombre corrió hacia él y se arrojó á sus plantas, interceptándole el paso; este desdichado era un jardinero del palacio, que con su demostración quería implorar una gracia al emperador; pero, no bien hubo pronunciado la primera palabra, ya estaba maniatado, preso. Jamás el emperador pudo saber qué pretendía aquel hombre. La emoción de su majestad fué tan grande, que tuvo que acostarse.

Oid otra anécdota cuya autenticidad es indudable. Es una anécdota que hace sonreir — lo que es raro — y que hace ver, entre los servidores del zar, á uno digno de simpatía — lo que es más raro aún. Os la cuento como nos la contó Alexandre Ular, en un artículo. Cuando los estudiantes de Kieff, imitando á los de San Petersburgo, decidieron hacer manifestaciones contra la tiranía, Nicolás II, mal informado, creyó que aquella agitación podía amenazar su propia vida. En el acto telegrafió al gobernador militar de la plaza, que « interviniera con las fuerzas de que disponía ».

El gobernador contestó que no veía en qué podía intervenir. Un nuevo telegrama le ordenó

que « en el acto atacase á los enemigos de la autocracia ».

Era de noche cuando este despacho llegó á manos de Dragomiroff. En el acto el irónico militar hizo despertar á sus soldados y al amanecer la ciudad estaba convertida en un campamento. La artillería llenaba las calles; inmensas masas de soldados se reconcentraban hacia el centro de la ciudad. A las once de la mañana los sorprendidos habitantes se vieron rodeados por un ejército de 45.000 hombres. Dragomiroff apareció en su coche, y entre los hurras del pueblo recorrió la línea de tropas; después de lo cual se retiró, ordenando la dislocación de éstas y enviando al emperador el parte siguiente : « Reconcentradas las tropas de mi mando y no habiendo encontrado al enemigo, he dispuesto que ganen sus cuarteles. El gasto originado es de 140.000 rublos. — *Dragomiroff*. Pero ni esto, ni nada ha podido curar al imperial perseguido de su miedo sin límites.

Alguien que tuvo el altísimo honor de asistir á la última cacería de la corte, nos habla de ella como de una operación más complicada que la guerra. Oid : « Un verdadero ejército va al terreno en que la cacería debe verificarse; la policía envía sus gendarmes y sus agentes secretos, y todos juntos dan una batida por los bosques, que á veces dura semanas enteras. Después, el jefe de la policía previene al zar de que todo está dispuesto ».

El que escribe estas líneas, agrega otros detalles á cual más típicos, como los relativos á la comida. Su majestad, según parece, no puede ni viajar, ni ir de cacería, sin llevar sus cocinas, por miedo de ser envenenado. Las cocinas son transportables y se establecen en una especie de vagones tirados por caballos. Uno de estos vagones se destina exclusivamente á las provisiones. La custodia del convoy y de la despensa imperial es misión delicada que incumbe á la policía.

Pero antes de llegar al terreno de la caza, hay que pasar por las calles, hay que recorrer algunos kilómetros en ferrocarril. ¡ Oh, difíciles cosas ! Las calles por las cuales el coche regio pasa al galope de los más rápidos caballos, están ocupadas militarmente. Las puertas de la estación se cierran al público. A uno y otro lado de la vía, en fin, un cordón de tropas custodia el tren.



Este miedo perpetuo, este miedo horrible, es para los grandes duques y para los funcionarios una mina inagotable, en la cual encuentran honores y ventajas. Así, lejos de combatirlo, se esfuerzan por aumentarlo con invenciones diabólicas. La policía inventa complots ; los generales imaginan proyectos revolucionarios ; los cortesanos ven en todas partes nihilistas. El general Trepoff, actual gobernador de San Petersburgo, es en este punto un maestro. Su historia, que todo el mundo conoce, está llena de invenciones de ten-

tativas contra el césar. Pero nadie como el genial Kleigels cuyas habilidades son épicas. « Un día, dice un biógrafo suyo, hizo levantar los rieles entre San Petersburgo y Zarcoe-Selo, y cinco minutos antes de la partida del tren imperial previno al zar del incidente. Nicolás II lloró de alegría. Cada ocho días Kleigels le salvaba la vida, por lo que el emperador lo colmaba constantemente de honores y de regalos. Finalmente tuvo la idea genial de organizar un atentado tomando por modelo el monstruoso que se fraguó contra Alejandro II, y del que resultó destruído todo el primer piso del palacio de Invierno. Para aquella tragicomedia, poco conocida en Europa, Kleigels hizo minar la iglesia conmemorativa de Zarcoe Selo; practicó excavaciones, tendió redes de hilos eléctricos en comunicación con la tribuna del emperador en donde se colocó la clásica caja de conservas cargada de dinamita, clavos, balas, etc.; y la víspera de una ceremonia conmemorativa en honor de Alejandro III, « descubrió » el complot. El zar, al saberlo, se desmayó, y desde entonces Kleigels pasó á ser el más grande hombre de Rusia ». Otro gran cultivador del miedo imperial fué, al principio del reinado actual, el célebre Bezobrazoff. Era este oficial un vividor sin escrúpulos que necesitaba mucho dinero y que para conseguirlo recurría á las peores artes. Un día, pensando en el pánico de Nicolás II, antojósele que el mejor medio para ganar la confianza del emperador era fundar una especie de masonería

zarista. En el acto estableció la Santa Liga. Con rituales singulares, reuniéronse numerosos oficiales, nobles y cortesanos y juraron consagrarse á defender á su señor. Lo más importante era buscar en todas partes las ramificaciones revolucionarias. Ese fué el primer trabajo de los ligados, que, según Sidacof, se reclutaban entre los altos y bajos funcionarios de la administración de la casa imperial, de la policía y del ejército. Los miembros de la Santa Liga debían remitir diariamente á Bezobrazof, su jefe, el resultado de sus investigaciones sobre sus compañeros. Bezobrazof, á su vez, debía presentar al emperador, todas las mañanas, su *rapport*. Cuando el zar consideraba sospechoso á uno de sus dignatarios, se lo indicaba al jefe de la Liga y ésta se ponía en movimiento hasta averiguar los secretos (ó inventarlos si no los había). Sidacoff, que ha estudiado la historia de la Santa Liga, agrega : « Ahora lo mismo que antes, Bezobrazoff se pasa conversando con el zar las horas de libertad que éste se reserva para el descanso. Nicolás II se deja llevar por él á los más grandiosos proyectos para la sumisión del Asia, pero á veces, mientras Bezobrazoff desarrolla sus planes, se apodera del zar una gran melancolía ; el temor de un atentado le asalta ; interrumpe entonces la conversación y llama á su ayuda de cámara de confianza, para pedirle noticias de la zarina y de sus hijos ». Estas líneas son para mí de una intensidad melancólica infinita en su sencillez. Ni en los cuentos de Hoffmann, ni en los

relatos de Dickens, ni en las historias de Poë, he visto de tal modo el miedo. ¡Ah! ese pobre dueño de centenares de millones de hombres, ¡cuán triste aparece temblando aun en compañía de su gran defensor, temblando sin causa, temblando siempre!

LOS GRANDES DUQUES

> « El régimen por que se gobiernan, cobran y viven los miembros de la familia imperial es sencillamente monstruoso. Dentro de un estado indefinido é incoherente, la serie infinita de los grandes duques, con su lista civil, sus bienes inmuebles y sus funciones anexas, constituye otro estado. Son almirantes, son generalísimos, son superadministradores ó superinspectores, sin que los consejeros, los ministros, ni el propio zar, se enteren á veces de lo que en sus respectivos cantones ordenan y ejecutan.
>
> A. Vicenti. »

Al día siguiente de mi llegada á San Petersburgo tuve la suerte de poder asistir, gracias á la recomendación de Nicolás Notovich, á uno de esos meetings secretos que la policía trata de ignorar con objeto de no hacer más odiosa y más complicada su perpetua vigilancia y su perpetua tiranía. No se trataba de junta subterránea, no, ni de asistencia tenebrosa. La sala era amplia. La concurrencia hablaba alto sin taparse el rostro. El objeto era protestar contra los grandes duques. Y uno tras otro hasta diez oradores desarrollaron el mismo tema á saber : que los tíos, los primos, los sobrinos del césar, son los verdaderos sostenedores de la autocracia, los verdaderos dilapidadores de la fortuna pública, los verdaderos inspi-

radores de las crueldades. Al terminar el meeting, votóse por unanimidad una orden del día redactada en francés, que decía literalmente :

« *Nous soussignés, nous declarons que toute tentative de reforme será innutile si elle n'a pas comme base la suppression des privilèges et de l'influence des grands ducs.* »

Y hoy ante el cadáver del príncipe Sergio, todo aquello toma en mi memoria una importancia trágica. Palabras como las que yo escuché, fueron sin duda las que determinaron este atentado. Los dinamiteros eran quizá dos de los que oían á mi lado los discursos.

Basta con ver una lista de grandes duques para comprender el poder de que disponen y el odio que inspiran. Son más de cincuenta. Todos tienen palacios que el pueblo paga. Cada uno de ellos es como un señor de horca y cuchillo en la inmensa feudalidad nacional. Juntos, forman el consejo verdadero del emperador. Y si el pueblo — el pueblo leal, el que no quiere revoluciones sino mejoras, el buen pueblo ignorante y optimista — les perdonaría con gusto lo mucho que cuestan, en cambio se muestra y se mostrará siempre inflexible ante lo mucho que influyen. En los centros obreros, corrientemente se dice : « Sin su familia el zar nos ayudaría. » Todos, en efecto, tienen por la pálida figura imperial un

profundo cariño. Los mismos revolucionarios le consideran irresponsable de los crímenes que en su nombre se cometen. Saben lo que pasa en palacio. Saben que su majestad es un melancólico prisionero que no conoce de la vida sino lo que sus guardianes le quieren decir; que ignora en absoluto la espantosa miseria de sus campos; que apenas tiene una idea vaga de los anhelos populares y que jamás ha leído uno de esos libros en los cuales los espíritus fuertes han expresado las aspiraciones del alma eslava. A este propósito, alguien, en una redacción petersburguesa, contábame una anécdota característica.

— Su majestad — decíame — tiene entre sus innumerables camareros uno que está encargado de leerle todo aquello que pueda interesarle. Naturalmente, lo único que este funcionario recibe, es lo que pasa antes por la censura. Pero, así y todo, se ve á cada momento en los mayores apuros, pues algún gran duque asiste siempre á sus lecturas. Hace pocos días, curioso de saber quién es ese Gorky por el cual se interesa el mundo entero, dió orden Nicolás II de que le buscasen algunos de sus libros. La noticia cayó como una bomba en palacio. ¡ Un libro de Gorky ! No ; no era posible. Con su sensibilidad exquisita, casi femenina, el emperador se sentiría impresionado hasta el fondo del alma por tan intensas pinturas de miseria y quizás sus ojos querrían entonces abrirse á la luz. Sin embargo, la orden era terminante. Uno de los grandes duques,

Boris, tuvo al fin una idea. Cortó la portada de una novela de Gorky y se la puso á la traducción de un libro obsceno. El lector imperial cogió el tomo y empezó á leer las páginas soeces. Al cabo de media hora, Nicolas II le dió orden de callar y murmurando una oración, se alejó hacia su oratorio.

Otra anécdota importante es la siguiente, que Mme. Laurent refiere en su obra sobre Rusia. El emperador acababa de ser coronado en Moscú. Joven, deseoso de mejorar las condiciones políticas del país, convocó un consejo de notables. El primero que habló fué un polaco. « Señor — dijo — lo único que puede salvar al trono es una constitución. » Entonces, un gran duque se puso de pie, y gritó : « ¡ Tú mereces la horca ! » Los demás notables se contentaron con callar.

¿ Cuántos son los grandes duques ?

Yo conservo de la ceremonia celebrada en la iglesia de San Pedro y Pablo en el aniversario de la muerte de un emperador, la visión de un cortejo interminable. Allí estaban casi todos, pero este « casi », suprime la mitad por lo menos. ¡ Un « casi » ruso ! No importa. La cuarta parte basta para hacer ver que son legión. He aquí á Vladimiro. Es alto, garrido, suntuoso. Lleva la barba cortada como el emperador de Austria. Su título oficial es el de mariscal de campo, jefe de la guardia. Su uniforme brilla como una dalmá-

tica. A su lado, va Alexis, que hace lo posible por parecerse cada día más á su hermano el emperador Alejandro III. ¡ Claro !

Este parecido constituye su mayor tesoro. Cuando su sobrino trata de resistir á una de sus órdenes, frunce el entrecejo y calla. En el acto la emperatriz madre exclama : « ¡ Nicolás, contémplalo ; es como si tu padre acabara de revivir ! » Fuera de la corte, sus ojos no se enfurecen jamás. Es, en París y en Niza, el más regocijado vividor, y sus aventuras han servido á muchos fabricantes de comedias. Su palacio de Biarritz es un castillo encantado en el cual durante semanas enteras las luces no se apagan, las músicas no enmudecen y el champaña no cesa de correr en ondas alucinadoras. La historia de su perro enternece á las princesas de San Petersburgo. Un día tempestuoso, Alexis vió que un perro se echaba al agua en Biarritz y que salvaba á cuatro marineros. En el acto lo compró y desde entonces no se separa de él un instante. Sus admiradores dicen : « ¡ Qué bueno es ! » Pero hay maliciosos que pretenden que si ama tanto á su can, es porque en su calidad de gran almirante puede un día tener necesidad de echarse á nadar y entonces un compañero así es más útil que un icono. Durante la guerra actual, su intervención ha sido modesta y peligrosa. Oid esta historia inverosímil : « Habrá cosa de medio año, dos buques de la escuadra del mar Negro, violando los tratados, franquearon los estrechos, destapa-

ron los cañones que habían ocultado para tomar el aspecto de vapores mercantes, y se pusieron á ejercer el derecho de visita. Inglaterra protestó airadamente, y amenazó con perseguirlos á título de piratas. Gran consternación en San Petersburgo. ¿ Quién había autorizado aquella imprudencia, de que podía originarse terribles complicaciones? Ni él el ministro de marina, ni el de negocios extranjeros, sabían de ello media palabra. Su sorpresa era tan grande, como lo era la furia del Reino Unido.

Apuradas las cosas, porque Inglaterra no cejaba en sus amenazas, súpose al fin que había dispuesto la salida de los dos buques el gran duque, que desempeñaba y desempeña la suprema jefatura de la flota.

Dadas las explicaciones exigidas, el gobierno ruso, con infantil ingenuidad, comisionó á los ingleses para que si encontraban á los barcos autónomos, de cuyas andanzas no se tenía noticia en San Petersburgo, les entregasen una orden del almirantazgo intimándolos á regresar sin la menor dilación á sus primitivos fondeaderos. »

Después de Alexis y Vladimiro, el gran duque Miguel, tío también de Nicolás, es el oráculo militar. ¿ Acaso no fué él quien allá en la guerra gloriosa contra los turcos venció en Kaar y en Batum? Y así, cada semana, Kuropatkin recibe de su alteza luengos estudios sobre el mejor modo de destruir los ejércitos del micado. El gran duque Constantino, en cambio, desdeña la gloria de las

armas y se consagra á las letras, á las artes y al amor. Su hermano el zar Alejandro II, lo nombró presidente de la Academia de San Petersburgo. Pero sus compatriotas escritores ó pintores, le conocen menos que las parisienses de Folies Bergère y del Casino, entre las cuales pasa por uno de los más generosos protectores. Detrás de éstos, la falange de los primos y de los sobrinos se extiende á pérdida de vista.



El más detestado de todos los tíos del zar era Sergio, á quien un escritor que, por lo general, emplea un lenguaje muy suave, define del modo siguiente :

« Sergio, el desequilibrado, el beato, el que amparó al procurador del Santo Sínodo en todas sus cómicas intransigencias, había sacrificado centenares de estudiantes, entregándolos al furor de los cosacos ó deportándolos en masa á la Siberia, y recomendaba insistentemente á su sobrino, desde que se produjeron las manifestaciones escolares de 1904, el interdicto general de las universidades rusas. »

Odiado por los intelectuales y por los obreros, sabiendo que los mismos cortesanos tenían poca simpatía por él y que los ministros le eran hostiles siempre, trató de buscar en la religión un apoyo moral, y fué el gran inquisidor del imperio. Cada tres meses organizaba un viaje á Tierra Santa, obligando á formar parte de él á todos

aquellos que podían entorpecer la marcha de su política. Su mismo rostro tenía algo de ascético en su palidez, en su demacración, y, sobre todo, en el ardiente mirar de sus pupilas dilatadas. El destino habíalo marcado con un signo trágico. Donde él ponía su mano exangüe, la sangre corría en el acto. El fué quien organizó aquella fiesta popular del coronamiento de Nicolás II, en la cual el pueblo miserable, por llegar hasta el sitio en donde se repartían panes y salchichas, se amontonó en una plaza y dejó, al retirarse, cuatro mil ochocientos cadáveres. ¡ Oh, aquel día ! Con sólo ver el hacinamiento de los que habían muerto por comer, el zar nuevo hubiera podido comprender la pobreza, el hambre de su pueblo. Pero Sergio le dijo : « No es nada ; unos cuantos contusos ; borracheras » y el joven soberano fué el, dúnico que no conoció, que tal vez no conoce aún aquella matanza con que se inauguró su reinado. La policía hizo callar á los que quisieron levantar la voz hasta el trono. ¡ La policía ! En Rusia misma, que está desde hace siglos entre las garras le una policía inquisitorial, el gran duque Sergio espantó con su modo de organizar el espionaje. Su mayor trabajo, en el gobierno general de Moscú, consistió en oir á los que iban á darle cuenta de lo que se decía en la ciudad. Los intelectuales, sobre todo, eran objeto de una vigilancia especial. Cada semana, unos cuantos estudiantes desaparecían. Y resultaba inútil buscarlos. El señor de horca y cuchillo los odiaba á todos y diez-

mándolos así, poco á poco, figurábase matar la idea de libertad que germina en todo el imperio. Su fanatismo religioso hacíale odiar todo lo que es luz, estudio, libre examen. Con una crueldad sin ejemplo ni aun en la historia de España, expulsó de la metrópoli moscovita á los judíos, obligándolos á volver á pie, bajo el látigo cosaco, á sus pueblos lejanos de la Polonia natal.

Su muerte ha sido una venganza de los intelectuales. El asesino — el justiciero, como dicen los estudiantes — es un hombre instruído y patriota. Su declaración, escrita en francés, hace ver que al hacer desaparecer al tirano de Moscú no le guiaba ningún rencor personal.

El primer acto del emperador, al tener noticia del asesinato de su tío Sergio, fué llamar al gran duque Pablo, que se encuentra desterrado de la corte por haberse casado con una plebeya, y que vive en París.

Muy bien.

Pero puesto á perdonar, el césar clemente podría también acordarse de que otro tío suyo se encuentra aún desterrado, y no en París, no en un palacio de los Campos Elíseos, sino en el Asia Central, en Tachkent.

La historia del gran duque Nicolás Constantinovich es muy triste y muy novelesca. Joven, brillante, hermoso, tenía entre las damas de la corte un prestigio irresistible. La emperatriz

misma llamábale Don Juan y veía con malicioso regocijo sus aventuras. Un día, tres ó cuatro maridos ofendidos pusiéronse de acuerdo para vengarse de aquel seductor. Uno de ellos era « maestro de la policía secreta » y otro « chambelán de su majestad ». El tercero, nada menos que el yerno del prefecto de San Petersburgo. Aquí las versiones son muy variadas. Yo me limitaré á repetir la más autorizada, que es la de Sydacoff. Con el concurso de unas cuantas mujeres bonitas — dice — aquellos tres poderosos engañados se propusieron comprometer al gran duque, llevándolo á reuniones nihilistas, más ó menos auténticas. En su casa le pusieron, sin que él lo supiera, toda clase de folletos revolucionarios. El emperador comenzó por amenazarlo. Al fin, cuando un inspector descubrió enterradas en la biblioteca de Nicolás Constantinovich dos bombas de dinamita terminadas y otras cuantas en curso de fabricación, fué necesario arrestarlo y hacerlo juzgar por un jurado de nobles. Los testigos juraron todo lo que la policía quiso hacerles jurar. Su alteza fué declarado culpable y deportado.

DEVOCIONES RUSAS

No es adoración sino postración lo que hay en estas devociones rusas. Ante el icono que se yergue entre el oro del tabernáculo y el oro de las luces, ante el icono hierático y duro, San Trifón de blancas barbas, San Sergio pálido, ó San Nicolás de la hermosa frente, los cristianos se arrodillan con un temor infinito, temblando al hacer la señal de la cruz, temblando al murmurar las santas preces, temblando al golpear las losas con los rostros. Es que, sin duda, para ellos esos santos son los ministros de un Dios sin misericordia, vengador y justiciero, que azota y que destierra, y que es inexorable con aquellos que no lo adoran humillándose. El ejemplo para el pueblo viene de arriba.

Los grandes duques, en las ceremonias religiosas, oran, se estremecen y se postran como el más mísero mujik. En la calle, al pasar frente á las capillas, los militares se santiguan, descubriéndose bajo la nieve. Y las capillas abundan. En cada esquina hay dos ó tres consagradas á los santos del barrio. De lejos lucen, cual kioscos incendiados, en la apoteosis perpetua de los cirios y de las lámparas. La riqueza de las imágenes es extraordina-

ria. En todos los marcos brillan los esmaltes y radian las pedrerías. Coronas diminutas hay de vírgenes tutelares, coronas de vírgenes, y nimbos de apóstoles, y mitras de obispos canonizados, que no tienen nada que envidiar á las guirnaldas imperiales. Pero los iconos y sus joyas no bastan. Ante ellos, colgando del techo ó suspendidos en las columnatas, vense multitud de exvotos rutilantes, piernas de oro, brazos de plata, pies de ónice, bustos de alabastro. Los fieles saben que los iconos aman el lujo. Son iconos suntuosos y crueles, representantes de un cristianismo asiático, aun emparentado con las misteriosas teogonías de la India. De ahí sin duda que junto á la ortodoxia oficial, florezcan en el vasto territorio ruso infinidad de sectas más ó menos singulares; de ahí también que el cristianismo evangélico, sin pompa ni procesiones, como lo comprenden los tolstoístas, sea visto cual un peligro para la iglesia del Santo Sínodo.

Hay una obra de Tolstoi que pocos han tenido la paciencia de leer y que se titula *Crítica de teología dogmática*. Para los que estudian la religión en Rusia, esta obra es de gran importancia por su franqueza. En ella se pregunta el gran escritor: «¿Qué es la ortodoxia moscovita?» Y, sin preámbulos ni paliativos, se contesta: « Esa palabra no evoca en mí sino unas cuantas figuras de hombres de largas melenas, muy arrogantes y muy poco

instruídos, con hábitos de seda ó terciopelo adornados de piedras preciosas; unos hombres á quienes llaman obispos ó metropolitanos, y otros miles de hombres, también de largos cabellos, que bajo la servil férula de los primeros, tienen por ocupación engañar y saquear al pueblo, con pretextos de cosas santas. ¿Cómo he de tener yo confianza en estos dueños de la iglesia, ni creerles, cuando, si desde el fondo de mi alma los interrogo, sé que me responden con las más miserables mentiras, afirmándome que no tengo derecho á investigar los sagrados misterios y que mi único guía en la vida deben ser sus consejos?... Yo puedo elegir el color de mis vestidos, escoger la compañera de mi existencia y tomar á mi capricho los alimentos que deseo; mas las acciones de mi vida, eso ya es distinto, pues para ellas, para guiar mi vida desde las intimidades de mi alma, tengo al pastor, al padre de la parroquia, á ese padre espiritual que siendo joven, superficial y casi sin instrucción, salió del Seminario para convertirse luego en perpetuo borracho, sin otro deseo que cosechar muchos diezmos y mucho dinero. Así, cuando el diácono nos dice que debemos orar por la lujuriosa y devota Catalina II, ó por el bandido Pedro, el asesino que blasfemaba del Evangelio, no debemos hacerlo.» Lo único que consuela al apostólico escritor cuando piensa en esto, es su íntima convicción de que el pueblo es cada día menos crédulo. «Los hombres instruídos y de experiencia—dice—no sentimos ni aun desprecio

por todo eso, nos contentamos con no prestarle ninguna atención y ni aun tenemos curiosidad por saber lo que dicen ni lo que escriben. Llega el pope y le damos unos cuantos rublos. Después vemos una iglesia construída. Para inaugurarla gloriosamente, se envía un arzobispo de luenga melena y se le gratifica con algunos centenares de piezas de oro. » Y luego, hablando del pueblo, de ese pueblo que tiembla ante los iconos, agrega : « El pueblo, todavía les presta menos atención que nosotros. Él sólo sabe que en carnaval debe comer *crêpes* y orar durante la Semana Santa. Si nosotros tenemos que resolver una cuestión espiritual, acudimos á los pensadores, á los sabios ó á las escrituras de los santos, pero jamás al pope. Las gentes del pueblo, al contrario, desde que nace en ellas el sentimiento religioso se vuelven hacia el viejo creyente, convirtiéndose en « stundistas » ó en « molokhanos », de lo cual resulta que el pope sólo es útil á sí mismo, á los imbéciles, á los bribones y á las mujeres. Mas ¿ por qué hay gentes inteligentes que viven en el error ? ¿ Qué significa para ellas esa iglesia que los conduce por los escuetos campos de la tontería ? Según la definición de los padres, la iglesia es la reunión de los creyentes, de los popes infalibles y santos. Ellos nos afirman que son los verdaderos sucesores de los apóstoles, y que sólo ellos recibieron su inspiración. También se proclaman los intérpretes de la divina revelación. Los fieles deben escuchar la voz de esos pastores, sin tener derecho á discu-

tirla. » Pero cuando Tolstoi se muestra más fuerte, más grande, más heroico, es al dirigir al Santo Sínodo, ante el cual el mismo emperador tiembla, su famoso apóstrofe : « Vuestra religión sólo está en las casullas, en las procesiones y en tantas otras tonterías ; pero la fe, esa fe de los creyentes que esparce en el hombre la luz y la vida, esa os sería difícil decir con certeza dónde está y en qué grado la poseéis. ¿ La iglesia ? Esa palabra sintetiza todas las mentiras, todas las falsedades con que los unos quieren dominar á los otros ; esa es la iglesia, esa es la sola iglesia. Y únicamente bajo esa falsedad, basada en la doctrina verdadera, y transmitida por todas las iglesias, es como se han podido fundar esos dogmas ineptos que desfiguran y ocultan la verdad : la divinidad de Jesús y del Espíritu Santo, la Trinidad, la Inmaculada Concepción y todas esas bárbaras costumbres que se llaman sacramentos, que no tienen razón de ser, ni reportan utilidad á nadie más que á las gentes de iglesia á quienes son necesarias para poder vivir. » Y á los que, cuando estas valientes palabras fueron publicadas preguntaron qué sería de la fe sin una iglesia, el apóstol libre les contestó : « Será lo que debe ser ». En este punto, en efecto, Tolstoi es lógico con sus principios evangélicos ; y por amor de la religión, tiene odio al clero. Según su modo de pensar, todos debemos decirnos á nosotros mismos. « No solamente yo no puedo disponer de las almas de los demás, sino que tampoco sabré comprender-

las. ¿ Cómo, entonces, he de poder corregirlas y enseñarlas? Jesús, con su doctrina, con su vida, nos demostró la falsa organización de este mundo, en el que todos parecen ocuparse del bien de los demás, cuando su solo objeto es el lucro y el amor al obscurantismo. Fijaos en una maldad cualquiera y veréis que el que la ejecuta toma siempre por pretexto el bien de otro. »

Hablarnos así, á su entender, no basta. Es necesario que, precisando, digamos : « La iglesia no es sólo inútil ; es dañosa. » Pero ¡ ay! los pobres rusos no pueden decirlo en alta voz. La inquisición del Santo Sínodo es implacable y el ojo de la policía lo ve todo. Cuando los servidores del zar ven que alguien no ora, que alguien no tiembla ante los iconos, que alguien no golpea las losas de la iglesia con la frente, lo tratan lo mismo que Torquemada á los herejes, condenándolo al hielo de Siberia que quema y consume tantas vidas como las hogueras de los autos de fe.



A pesar de lo que Tolstoi dice en alta voz y de lo que el resto de los rusos intelectuales murmuran con más ó menos misterio, el clero ortodoxo (el clero regular especialmente) sigue siendo todopoderoso para el mal. Su mano aparece cada vez que hay sangre. En las matanzas de judíos, en las hecatombes de estudiantes, en las persecuciones contra los intelectuales, en la guerra á los obreros, se le ve siempre irritado, siempre inexo-

rable. Su mentalidad, educándose en la escuela inquisitorial del procurador Pobodonostzief, acepta las ideas más rancias y más crueles. Cada convento es una fortaleza reaccionaria dispuesta á todos los crímenes, á todos los horrores, á todos los heroísmos, por defender las ideas de la Edad Media.

Para formarse una idea del intelecto eclesiástico ruso, basta con leer la circular que el Santo Sínodo dirigió á los obispos de Rusia en diciembre de 1904.

Hela aquí literalmente traducida :

« Señor obispo : El espíritu malo ataca de nuevo á la Santa Cruz ortodoxa. Una agitación impía se levanta contra nuestro gracioso soberano y señor. Bajo el imperio del Mal todas las potencias de las tiniebles se han unido para destruir la Verdadera Fe, y hasta han osado acercarse á la Santa Persona del jefe de la Iglesia, nuestro soberano y señor. Ellas quieren también abiertamente que rompa el muy santo juramento que pronunció al subir al trono como el ungido del Señor, y por el cual hizo voto de defender, contra todo ataque, la verdadera fe y los principios por que sus antepasados gobernaron la Santa Rusia. La fuerza del Mal es grande ; pero la verdadera fe puede aniquilarla, si todos los creyentes se unen para apartar los males que amenazan á la religión y al imperio. Así, ordenamos á todos los obispos que transmitan á todos los párrocos de sus diócesis respectivas esta orden : que convoquen á todas sus ovejas en la iglesia para pedir al Todo-

poderoso y á la Santísima Madre de Dios, que dé á nuestro soberano la fuerza de alma necesaria para resistir á las influencias del Mal, para evitar el perjurio, para continuar su reinado como la verdadera fe le ordena y conforme á la voluntad de sus antepasados. »

Esta pastoral, que parece encontrada en archivos del siglo XIII, ha hecho creer á algunos jefes del partido revolucionario, que el clero ruso tiembla de miedo.

¡ Error ! En todo el imperio de los zares, no hay un solo convento capaz de figurarse que su reinado va á terminar. Los únicos que á veces logran ver en su realidad amenazadora la situación, son los popes. Pero los popes no significan gran cosa al lado de los monjes.

En efecto ; el clero ruso se divide en dos clases : el clero « blanco » ó secular, y el clero « negro », ó regular sometido á la vida monacal y del que salen, sin excepción, los altos dignatarios, obispos y metropolitanos. El clero « blanco » comprende los popes, los diáconos y toda la jerarquía inferior encargada de servir el culto : el matrimonio es « obligatorio » para todos sus miembros ; un diácono no logra recibir las órdenes mientras no toma mujer; y cuando se queda viudo pierde el derecho de ejercer su ministerio. Hay que advertir que la iglesia le impide contraer segundo matrimonio, con lo que fatalmente, después de la muerte de su « popadia », se ve forzado á entrar en un monasterio. Durante mucho tiempo el « clero

blanco», secular y casado, formó una casta destinada al reclutamiento exclusivo de curas. El siervo no pudo jamás penetrar en las órdenes, pues tal cosa hubiera significado «frustrar» al señor de una «cabeza sierva». Los nobles tampoco pueden ordenarse sin renunciar antes á sus bienes. «Así, pues —dicen los rusos— el clero sólo se recluta entre el clero mismo.» Existe una clase apegada á los altares, como existe una clase apegada á la gleba. Las hijas de los popes son las mujeres obligatorias de los popes célibes.

De esto resulta que el sacerdocio se convierte en hereditario; su acceso es imposible á los no privilegiados, y los hijos de los curas se ven impedidos de apartarse de la carrera eclesiástica. En 1864 el zar Alejandro II, libertador de los siervos, abrió á todo el mundo la carrera sacerdotal, haciendo al mismo tiempo accesibles las demás carreras á los hijos del clero. Tiene en Rusia el clero parroquial 500.000 miembros, en su mayoría pertenecientes al clero inferior. La palabra «pope» empleada para designar al sacerdote, se toma por lo general en mal sentido. La razón de ello es que esa clase del clero es miserable, ávida y sin instrucción alguna. Los popes de las aldeas no tienen sueldo, ó si lo tienen es ilusorio. Para vivir comercian con la iglesia, y mendigan las ofrendas. Pero el clero poderoso no es este, sino el otro, el «negro», el de los millares de conventos, el que produce los obispos, los consejeros imperiales, los doctores del Santo Sínodo, los rec-

tores espirituales de las grandes duquesas. Un sacerdote blanco que llega á una situación encumbrada, es cosa rara. Actualmente, sin embargo, hay uno cuyo poder es sin límites: el padre Juan de Cronstadt, taumaturgo y apóstol, señor de todas las conciencias y dueño de muchos millones de voluntades. Los viajeros con fe, van á verlo desde los confines del mundo. Sus milagros son universalmente conocidos. El mismo Alejandro Hepp, turista escéptico, nos habla de uno que él presenció. ¿Queréis conocerlo? Como el escritor francés lo cuenta, lo cuento yo... Un puente de navío en el cual se amontonan seres de todas las razas. Es el buque que va de la capital al puerto de Cronstadt. El padre Juan está sentado en la popa y contempla la estela blanca con ojos de santo de misal. De pronto una mujer se echa á sus santos pies gimiendo y llorando. « Mi marido ha matado — dice — pero se arrepiente con toda su alma... y mañana lo juzgarán... y si lo condenan es como si me condenaran á mí. » — « Espérame ahí — respóndele el padre Juan » — y dejándola arrodillada ante el banco en que estuviera sentado, desapareció por la escotilla que desciende al salón. Momentos después el padre Juan aparece, radiante y sonriente, y golpeando sobre los hombros de la mujer, dícele:

« La paz sea en tu ánimo. Dios ha atendido mis súplicas. Tu marido estará mañana en libertad. »

Al día siguiente todos los cargos aparecen contra el delincuente. El jurado delibera. La condena

parece cierta; pero he aquí que sobre un punto de detalle se entabla acalorada discusión. Se piden aclaraciones al presidente, y éste las niega. Para vengarse, el jurado absuelve. Tal es el milagro... Yo os repito que como me lo contaron os lo cuento... En todo caso, el poder del pope Juan es infinito.

El emperador mismo lo consulta. Pero, por lo general, las influencias de esta magnitud las monopolizan los clérigos « negros » de los conventos.

Tanto poder tienen los monjes, en efecto, que hasta trabajan, no sin esperanzas de éxito al parecer, en favor de la resurrección del patriarcado moscovita que fué suprimido por Pedro el Grande después de una época de luchas terribles entre los partidarios de la iglesia nacional y los fervientes de la iglesia griega. ¡Ah! ¡Y si supierais lo que originaba, lo que origina aún hoy, tamañas luchas! Los patriarcas rusos, que habían sido tributarios de los patriarcas griegos de Bizancio, durante varios siglos, decidieron hacerse independientes no sólo en lo material, sino también en lo espiritual. En el acto comenzó en los innumerables conventos el gran trabajo de exégesis necesaria para la proclamación de la libertad. Al fin de muchos años, la teología publicó sus celebérrimos « nueve puntos » que todavía tienen una importancia considerable. Estos nueve puntos, en los cuales está vinculada la

división de la gran iglesia ortodoxa, són los siguientes:

1.° La confesión griega exigía en honor de la Trinidad, un triple *Aleluya* ; — según la doctrina rusa, el *Aleluya* no debe decirse más que dos veces, en honor de la doble naturaleza de Cristo.

2.° Los griegos, en honor de la Trinidad, hacían el signo de la cruz con los tres primeros dedos de la mano derecha; los rusos no elevan más que el índice y el dedo del medio, bajando el pulgar y los demás dedos hacia la palma de la mano, por considerar el pulgar, el anular y el auricular, como símbolos de la Trinidad, en tanto que el índice y el dedo medio representan las dos naturalezas de Cristo.

3.° Los griegos sacaban sus procesiones en torno de las iglesias en sentido contrario á la dirección del sol, y los rusos en la misma dirección del sol.

4.° Se prohibe afeitarse á los rusos, al contrario de los griegos, en señal de que fueron creados á imagen de Dios Padre.

5.° Los griegos, en su confesión de fe, dicen: « cuyo reino es eterno », y el misal ruso dice: « cuyo reino será eterno. »

6.° Los griegos sólo exponían un pan sobre el altar; los rusos exponen siete.

7.° Los griegos en sus oraciones, decían: « Jesucristo, Dios nuestro »; los rusos dicen: « Jesucristo, hijo de Dios ».

8.° Los griegos escribían el nombre de Jesús: *Jissos* ; los rusos lo escriben *Jssos*.

9.° Los rusos no admiten más cruz que la de nueve puntas y consideran las de cuatro ó seis puntas como latinas y, por consiguiente, heréticas.

...Y uno recuerda (á su pesar; por lo que esta memoria tiene de irreverente) á aquellos épicos discutidores que, según Guillebert, desencadenaban cruentas guerras entre los liliputienses para decidir si los huevos debían cortarse por el extremo ancho ó por el extremo opuesto.

Las sectas religiosas son en Rusia infinitas é infinitamente variadas. Las hay evangélicas y humanitarias, hijas de la piedad y del amor. Las hay tradicionales, duras, incapaces de raciocinio. Las hay, en fin, misteriosas y mágicas, como si hubieran sido inventadas por Baudelaire.

Citarlas todas sería imposible, aun recurriendo al estudio en que Lejeal analiza con tanta sabiduría las religiones moscovitas. Por mi parte me contentaré con apuntar los caracteres principales de algunas de ellas. Una especie de maltusianismo pesimista creó á los « fedossuvetzys », á los « straniski », á los « dietoubutsys » y á los « douckilstchikys ». Todos ellos dicen: « Habiéndose inaugurado el reino del Anticristo sobre la tierra y estando todo sometido á su poder, ¿por qué propagar la especie? Y sobre todo, ¿para qué el matrimonio con todos sus deberes? Crear nuevos prosólitos de Satanás es inútil. »

Los « fedosseevetzys » viven en absoluto concu-

binato; los « stranniki » no cuentan nada menos que tres Anticristos: el papa, el patriarca Nicone y Pedro el Grande. Estos huyen de la vida civilizada y habitan los bosques en completa promiscuidad, buscando al Cristo nuevo, que debe aparecer para salvar al mundo de su completa perdición. Los «dietouboutsys» tienen el deber de «enviar al cielo» por lo menos á uno de sus hijos antes de que sea «sellado por el pecado terrenal». Los «douchilstchikys» consideran que prestan un gran favor á sus familias y amigos «apresurándoles la muerte» cuando se encuentran enfermos. Hay otra secta, en la que los niños deben ser bautizados y alimentados con la sangre de sus madres. Todos los fieles de estas religiones se consideran cristianos. También los molokanis se dicen «reformadores del protestantismo, según Cristo», asegurando que personifican la reacción de la razón y de la conciencia contra el formalismo ortodoxo y el exceso de ritualismo. Rechazan al clero; son iconoclastas; ven sólo alegorías en los sacramentos, y admiten que la verdadera comunión en Cristo consiste en la lectura y la meditación de su palabra. Los molokanis, comen el pan en comunidad, en recuerdo del Salvador; pero no aceptan ningún misterio. En otro tiempo, esta secta fué muy perseguida, mas en 1800 se les concedieron á sus afiliados algunas tierras en las orillas del Molottchna, al norte del mar Azof, en donde se encuentran hoy más de cien mil adherentes. Los «luchadores del espíritu», son más místicos aun

que los anteriores; esta secta sólo cuenta algunos miles de devotos. Sus creencias se fundan «en la inspiración, en una palabra que habla en el interior de cada hombre». Niegan el pecado original; dicen: «Cada uno responderá de sus faltas»: según ellos, Cristo fué el primero que prefirió la tradición oral á la escritura. Los *molokanis* tienen por ideal una especie de teocracia democrática: la iglesia y la sociedad civil — dicen — son una misma cosa, y, por tanto, toda sociedad debe estar basada en los principios evangélicos del amor, de la libertad y de la igualdad. En los comienzos de la organización de esta secta sus adeptos se negaban á ser soldados; después transigieron. Más numerosa que todas estas religiones es la que fundó hace unos treinta años un campesino llamado Sutaief, gran lector de los evangelios. Sobre esta secta hay una infinidad de estudios recientes que nos permiten conocerla á fondo. «Tomando á la letra el sermón de la Montaña — dice Leroy-Beaulieu — Tolstoi como Sutaief, como los *molokanis*, son á su modo racionalistas. Sutaief se preocupa poco del dogma. Su religión no tiene más punto de vista que la vida. Sutaief ignora lo que existe allá, detrás de los cielos. Tolstoi niega categóricamente la vida futura.

Siendo cristiano, Sutaief permanece nihilista. No admite para el hombre otra inmortalidad que la de la humanidad. «Jesús — dice — nos ha enseñado á renunciar á la vida personal. Ahora bien, la doctrina de la inmortalidad individual, que

afirma la permanencia de la personalidad, está en oposición con esa enseñanza. La supervivencia del alma á la muerte no es, como la resurrección del cuerpo, más que una superstición contraria al espíritu del Evangelio.» De acuerdo con Sutaief, Tolstoi coloca la salvación en esta vida. Y es aquí, abajo, donde pretende construir la Jerusalén divina. Para ello sólo espera que Cristo descienda. No cree ni en profecías ni en milagros. Es milenario, pero á lo Comte ó á lo Fourier. Se diferencia de éstos en que no pide la llave de su Paraíso ni á la ciencia, ni á la riqueza, ni á la política por creerlas impotentes para la dicha. La transformación de la humanidad, sólo la espera de la transformación interior del hombre. Como Rousseau, cree que para ser dichosos, los hombres no tienen más que emanciparse de las necesidades engañadoras de la civilización. Y no le objetéis: progreso, ciencia, industria, arte... ¡ Palabras vanas!... Todos los hombres deben vivir del trabajo de sus manos, del sudor de sus frentes. Consecuente con sus ideas puso siempre en práctica éstas. Vivió en el campo, se dedicó al trabajo manual, tuvo, como buen mujik, un oficio y se esforzó en sus ocios en propagar las verdades que descubrió. Otra nueva secta que menciona en una de sus últimas obras el gran escritor de « La Sonata de Kreutzer », no deja de ser interesante: sus afiliados, todos personas ricas é instruídas, abandonaban sus brillantes posiciones para dedicarse á un trabajo manual. Cediendo á la obsesión del Anticristo, consideran que la co-

rrupción de la raza humana es tan profunda, que no tiene más remedio que la destrucción completa de la humanidad. Para llegar á ella por el camino más corto, suprimen el matrimonio, y, en su culto, el suicidio es un acto religioso.

Enteramente diferente de la anterior es la secta de los Klistis. Estos son los adoradores del misterio. Lo más raro, lo más extraordinario, lo más obscuro, es lo que más los conmueve. Según ellos, la verdadera fe fué revelada en Rusia por el Padre Eterno en persona. Predican que éste descendió al monte Gorodine, tomó forma humana y les enseñó la buena doctrina. Damilo Philippovitch fué el nombre que la encarnación divina llevó entre los hombres. Damilo engendró en una mujer de cien años de edad á Ivan Timofeevitch Souslof, que fué crucificado en Moscú, resucitando al tercer día y subiendo al cielo como el verdadero Hijo de Dios. « El Espíritu Santo — dicen — puede descender sobre todos y crear nuevos Cristos ». Así, no es raro encontrar en Rusia parajes en que estos sectarios se adoran unos á otros, rindiéndose una especie de culto mutuo. Estos Klistis son los que practican el culto de los tourneurs, culto misterioso al cual ningún profano puede asistir. Una dama francesa, sin embargo, la esposa del periodista Charles Laurent, tuvo una noche la osadía de entrar en un templo secreto en que se celebraba la gran ceremonia del rito. Su relato es curiosísimo. « Los tourneurs colocados en corro parecen obedecer á una señal convenida y entonces co-

mienzan á girar vertiginosamente. De pronto se paran y entonan un cántico ronco, apenas perceptible para los profanos. Los iniciados oyen terribles y sangrientas profecías en esos gritos con que los tourneurs anuncian las desgracias que amenazan á los fieles, al pueblo ruso y á la humanidad. A cada amenaza de un nuevo cataclismo elévanse en la asamblea otros gritos, ayes, desgarradora súplica, con exclamaciones y estremecimientos de terror. Cuando han terminado las profecías de tantas desdichas, uno de los sectarios entona un canto de gloria y designa entre la multitud á la virgen que dará á luz el nuevo Salvador. A sus palabras se elevan clamores de salvaje alegría. De nuevo comienza el corro á girar vertiginosamente; los gritos se convierten en estruendoso vocerío, y de pronto las luces se apagan.» Lo que pasa cuando las luces se apagan, la señora francesa no se atreve á decirlo...

Más importante que todas estas sectas, es la llamada de los Viejos Creyentes. Tiene de diez á doce millones de fieles. ¿En qué consiste la fe de estos hombres? En una pura cuestión de fórmulas que no sólo los separó en la Edad Media del cristianismo puro, sino que los dividió más tarde en dos ramas, á saber: los popovtzys, que tienen sacerdotes, y los bezpopovsky, que no los tienen. Los primeros aceptaron la disciplina del Santo Sínodo hasta mediados del siglo XIX, en que crearon su clero especial con el apoyo de un arzobispo bosniaco llamado Ambrosio, que consintió en orde-

nar á sus popes. Este patriarca, según su biógrafo Lejeal, estableció su sede apostólica en Bukovine, cerca de la frontera rusoturca, y convocó un concilio ecuménico que consagró su jerarquía. Pero esto dió origen á un cisma nuevo dentro de la gran especie de los Viejos Creyentes : unas cuantas familias se negaron á aceptar al patriarca y formaron una nueva secta con el nombre de yedinovertzys — (identidad de creencias) — que continúa haciendo consagrar á su clero por los obispos ortodoxos. Las diferencias de culto sólo consisten en ciertos detalles.

Los bozpopovtzys — sin clero — al abolir el ministerio del pope y del servicio divino, renunciaron á todos los sacramentos, excepto al bautismo, que entre ellos puede administrarlo cualquier creyente. Para remediar la falta de sacramentos, esta secta ha abierto las puertas á toda clase de fantasías espirituales : unos comulgan con pasas distribuídas por una mujer virgen : otros, sosteniendo que Cristo no puede privar á los fieles del cuerpo y la sangre inmolada por los hombres, permanecen durante los oficios con la boca abierta esperando que los ángeles, ministros que permanecen fieles á Dios, vengan á verter entre sus labios un cáliz imaginario é invisible. Otros se limitan á confesarse mentalmente ante la imagen del Salvador, ó de la Virgen. Esta es la secta de los spassvotzys.

EL GRAN INQUISIDOR

Desde hace unos cuantos días circula un rumor que hace palidecer á los funcionarios y que llena de inquietud el alma de los cortesanos. « Entre el procurador del Santo Sínodo y el zar, ha estallado un conflicto grave » — esto es lo que se dice. Esto es lo que se comenta. Y esto, que para nosotros, ciudadanos de países libres, no tiene sentido ninguno, es lo que preocupa actualmente á la Rusia, burocrática, imperial y santa. El motivo del conflicto, según parece, es el proyecto de reformas. Para la autoridad eclesiástica, toda tentativa progresista es un crimen. Diez veces Nicolás II ha sometido los apuntes de sus ministros á Pobiedonostzeff, y diez veces ha oído los mismos amargos reproches, el mismo duro *non posumus*. Ante la voluntad del gran inquisidor, la voluntad del César es débil.



Para formarse una idea exacta del poder, del prestigio, del carácter de Constantino Pedrovich Pobiedonostzeff, es necesario evocar aquellas siniestras figuras de grandes inquisidores españoles de los tiempos de la locura religiosa. Es

un Torquemada ortodoxo. Su fe, razonadora y cruel, no admite contradicciones. En su orgullo infinito, siéntese dueño de la única verdad verdadera y por hacerla triunfar lucha con todas las armas que la legislación moscovita pone en sus manos y que él, mejor que nadie, conoce. Porque este furioso defensor de la Iglesia no es un sacerdote sino un jurista. Su biógrafo oficial nos lo presenta como el más sabio de los hombres de ley. En el senado de Moscú, si hemos de creer á Muzet, dió tales muestras de sabiduría, que cuando, en 1861, se trató de hacer un código ruso, todos los jurisconsultos lo indicaron como único capaz de llevar á cabo tal obra. Entonces comenzó su fortuna.

« El zar — dice Muzet — le encargó de inculcar á su presunto heredero Nicolás Alexandrowitch los principios del derecho ; Pobiedonostzeff, que vió en ese empleo una buena ocasión de influir directamente en la política de su país, aceptó con entusiasmo y comenzó á formar á su imagen el espíritu del joven príncipe. Murió éste en 1866, y Pobiedonostzeff reanudó su tarea con el nuevo zarevitch Alejandro Alexandrovitch, que reinó con el nombre de Alejandro III. » A su advenimiento al trono, el joven emperador continuó oyendo los consejos de su maestro con gran predilección. Poco después confióle también la educación de su hijo el zar actual. Así, pues, los dos últimos soberanos rusos son, en política, verdaderos hijos espirituales del ilustre jurisconsulto, de este hombre que ha

ejercido en la Rusia contemporánea una influencia tan inmensa. Se dice, sin embargo, que Nicolás II se ha libertado algo de esa tutela, pues sus instintos liberales concuerdan mal con ciertas pretensiones de su maestro. Mas éste no deja por eso de desempeñar altas funciones que le dan un poder casi ilimitado. Después del emperador, no existe en Rusia un personaje más poderoso.

En varias ocasiones quiso Alejandro III nombrarle ministro ; Pobiedonostzeff siempre rehusó el honor. Se reservaba para otras funciones á que él se creía predestinado : para la presidencia del Santo *S*ínodo, es decir, para la más alta de las jurisdicciones. Y cuando en 1881 Alejandro III le concedió el tan ambicionado título, su satisfacción y su alegría fueron inmensas. Tomó posesión de su cargo con la convicción de que su misión es de origen divino. Su predecesor Protassof habíale mostrado el camino, organizando sin desfallecimientos la policía espiritual del imperio. Sin embargo, el celo de éste resultaba tibio comparado con el desplegado por el nuevo procurador general, cuyo sólo programa es : conservar intacta la religión ortodoxa, impedir á todo trance que el « rebaño de los buenos » se descarriara ante el ejemplo de los revoltosos y de los soberbios. « La presencia en el imperio de numerosos católicos y luteranos — dice Muzet al terminar su biografía — y los incesantes progresos del espíritu de secta, hacían difícil el cumplimiento de esa misión, cuya paternidad está fuera de toda duda. Poco

importaba esto al celoso procurador general, que no pensó nunca retroceder ante los obstáculos. Se le recrimina con sobrada razón por haber empleado la violencia. Y en efecto, Pobiedonostzeff, si no inventó las persecuciones contra los no ortodoxos, por lo menos las aumentó; y católicos romanos de Polonia, luteranos de las provincias bálticas, ortodoxos disidentes, panchkovistas y stundistas, todos, todos han sentido pesar sobre ellos la pesada mano del procurador general. »

A veces esta mano no es pesada : es hábil y recurre á expedientes novelescos para suprimir á los enemigos. El barón Sidadoff que conoce los misterios rusos á fondo, asegura que el veneno y el puñal son dos de las armas que con más frecuencia ha empleado el gran inquisidor para castigar á los enemigos de su iglesia. Por eso, en la corte misma, al pie del trono, se le teme como á un mago. Por eso tal vez el tímido emperador que no puede tener por él simpatía ninguna, soporta su siniestro despotismo.

Como los grandes inquisidores españoles, Pobiedonostzeff es un monstruo de orgullo y de crueldad. La historia de sus crímenes políticos es siniestra. Por centenares se cuentan los que, á causa suya, han ido á acabar sus vidas miserables en las minas de Siberia. Los obispos mismos tiemblan ante él y evocan, contemplándole, el

recuerdo de Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo y víctima de la inquisición. ¡ Pero qué digo ! El zar mismo no oye jamás sin cierto temor su voz irritable de consejero bíblico, de áspero defensor, de despiadado guía ! Cuando se habla de reformas liberales, él es el primero en presentarse en palacio y en decir á su soberano :

— ¡ No tienes derecho á renunciar á todo tu poder ! Eres el brazo de la Iglesia. Si te debilitas, si te doblegas, Nuestro Señor Jesucristo te pedirá cuenta estricta de tu cobardía.

Su lenguaje tiene la rudeza peculiar á los profetas de Israel. El carbón ardiente de Isaías quema sus labios rencorosos. Las más remotas imágenes le sirven en sus pláticas teológicas. Su elocuencia está llena de llamas, de llagas, de plagas, de espadas. ¡ Y nada de paliativos ni de hipocresías, nada de tratar de hacer creer que la Iglesia es una dulce madre ! Cada vez que puede, repite las máximas célebres de Joseph de Maistre, según las cuales sólo las hogueras y los tormentos pueden mantener constantemente viva la fe. Su libro titulado *Páginas Moscovitas*, es una de las obras más características de la Rusia contemporánea. Yo no conozco sino extractos traducidos al francés, pero eso me basta. En ellos está la esencia de su doctrina política. « Hay personas — dice — que aseguran que Rusia está cansada del régimen autocrático. Son locos inmundos. Pero aunque tal cosa fuese cierta, ¡ qué Dios todopoderoso y todo misericordioso nos guarde del remedio, que se

nos ofrece y que es, en el fondo, la más horrible de las tiranías, la tiranía de la masa!

Europa entera está harta del régimen representativo. En todas partes los espíritus reflexivos protestan contra el despotismo de los parlamentos turbulentos. Francia, Austria, Italia y Alemania se encuentran incapacitadas de trazarse sus caminos políticos á causa de ese inútil mecanismo constitucional. Puede afirmarse que el abandono del régimen representativo es una de las cuestiones más importantes de la ciencia política, uno de los problemas fundamentales cuya solución se impone en este siglo. Y es sorprendente que algunos persistan en defender una doctrina pasada de moda, una superstición de los pedantes de hace cincuenta años.» Luego, sosteniendo que del parlamentarismo no saldrá sino el despotismo absoluto, dice:

« Una mayoría puede permitírselo todo. Lejos de seguir al parlamento, como lo aconseja la lógica parlamentaria, los ministros le son hostiles. En principio, es la mayoría la que debe dominar; en práctica son cinco ó seis jefes de partido los que gobiernan y los que por turno se hacen dueños del poder.»

Y naturalmente, concluye proclamando la supremacía del sistema ruso. Oid:

« Rusia ha gastado todo su principio vital en la fe ortodoxa; descartar de la Iglesia ortodoxa, todo aquello que pueda amenazar á su seguridad, es el sagrado deber que la historia ha legado á

Rusia; este deber es la condición esencial de su existencia nacional. Rusia no puede admitir la libertad de propaganda de sectas que atacan á la unidad de la patria. »

Si, como hombre político Pobiedonostzeff proclama la necesidad de la autocracia, como teólogo combate las teorías de todos aquellos nobles filósofos del siglo XVIII, que creyeron en la bondad del ser humano cuando no se ha pervertido en la lucha social. « ¡ Bondad ! — exclama — ¡ mentira, mentira ! » Y luego explica :

« La Sagrada Escritura, fuente de sabiduría y de verdad, nos demuestra una doctrina contraria.

Según ella, por el pecado de Adán todo hombre nace en pecado y sólo por el esfuerzo incesante y por la práctica de todas las virtudes puede lavarse de culpa. El dogma del pecado original domina la sociología y la política de los ortodoxos. » También reprueba á cuantos defienden la natural sabiduría del hombre. « Esos son — dice — dos errores conexos : desde que el hombre ha dejado de creer en Dios, se ha consagrado á creer en sí mismo con un fervor idólatra, y su razón la considera como una antorcha capaz de conducirle entre las tinieblas de la vida. » El procurador del Santo Sínodo ve en esa teoría una manifestación nueva del orgullo que domina á los hombres de nuestra « odiosa época ». A los liberales optimistas que se

figuran poder gobernar el mundo de un modo racional gracias á sus sistemas humanitarios, les grita : — ¡ *Vade retro* !... Porque á su modo de ver, toda idea humana que no se inspira humildemente en las doctrinas ortodoxas es una locura; y todo individuo que pretende pensar de un modo libre, sin someterse á los libros sagrados, es un criminal.

¿ La consecuencia ? Hela aquí :

« Todo poder — dice — emana de Dios, y el pueblo blasfema cuando se atribuye ese título de soberano que sólo pertenece al monarca consagrado. »

Y esto nos hace ver que en el santo imperio ruso la filosofía y la religión oficiales, todo lo que se propaga, tiene un único y verdadero objeto, á saber : la consolidación moral del trono autocrático. Por eso cuando algunos ingenuos aseguran que el zar desea, desde que subió al trono, libertarse de la tutela de Pobiedonostzeff, los que conocen bien el alma rusa, llena aún de arcanos asiáticos, se contentan con reir irónicamente.

Los partidarios del gran inquisidor ruso dicen que es bueno y que adora al pueblo tanto como aborrece la democracia. Puede ser. Pero el pueblo, en cambio, parece no corresponder á tanto cariño. Los fanáticos mismos, los ignorantes ortodoxos del fondo del imperio, los que consideran al zar como un hijo de Cristo y encienden velas ante su

imagen, tienen por el procurador una adoración igual á la de los cartagineses por Baal. Lo reverencian temblando. Es una divinidad, sin duda, pero es la divinidad sanguinaria, que sólo recibe sacrificios, que sólo oye alaridos, que desconoce la ternura. Unos le llaman « el ojo irritado de Dios ». Otros : « La espada del cielo ».

Y las historias de sus crueldades alimentan en las largas noches de invierno la elocuencia popular de los narradores trágicos.

¿Qué de extraño tiene, pues, que los revolucionarios le hayan jurado un odio inmortal?

En todos los conciliábulos, lo primero que se pide es la cabeza del inquisidor. Pero no solo encontrarle, sino hasta verle es imposible. Muy anciano ya y muy medroso siempre, no sale sino rodeado de guardianes. Sus ayudantes son los que pagan por él.

Beguelopoff fué asesinado por haberle servido de instrumento en el ministerio de instrucción pública. « ¡No pude matar al amo — exclamó Karpovitch ante el tribunal — y maté al criado! ». El amo mismo ha visto en muchas ocasiones pasar la muerte cerca. La última vez fué cuando Nicolás Langovsky, hijo del consejero de Samara, le disparó á través de los cristales de su despacho tres tiros de revólver. El ejemplo de miedo y de espanto que el tirano dió en aquella circunstancia fué inverosímil. Durante varios días permaneció encerrado, temblando, sin querer recibir á nadie. Sus órdenes las daba por escrito. ¡Y qué órdenes! En

una semana centenares de estudiantes fueron presos y torturados. Todo el mundo le perecía cómplice de « ese asesino ». Y pensando quizá que un atentado contra Pobiedonostzeff no debe costar menos vidas que un crimen contra un inquisidor del siglo xv, hizo condenar no sólo á su frustrado Esperaindeo, sino también á otros dos muchachos que no eran más culpables que aquellos pobres Vidal de Urazno y Juan de Abadía, que pagaron con sus cabezas la muerte del sombrío Espilo.

GAPÓN Y SUS AVENTURAS

— ¿Y Gapón?... ¿Se sabe algo?...

Es lo primero que se preguntan al encontrarse en la sala de lectura del hotel de France los corresponsales de los periódicos. Y como en los países en que los gobiernos matan toda libertad de información las ficciones llenan el espacio, aquí nos encontramos cada semana ante una nueva « verdadera historia » del famoso pope.

— Gapón está en un convento de las inmediaciones de Moscú — nos aseguraban ayer.

Hoy nos dicen al oído :

— Gapón está en Ginebra, organizando una revolución.

Los periodistas ingleses son los que más interés prestan al asunto, habiendo entre ellos cuatro ó cinco que no han sido enviados sino para tratar de averiguar el paradero del reverendo agitador.

— Los diez mil rublos que el gobierno ruso ofrece al que lo encuentre — decíame anoche mi amigo Coulander, del *Daily Chronicle* — no son nada, si se comparan con lo que daría *The Times* por una entrevista suya.

Por mi parte, debo confesar que el asunto me interesa relativamente poco. La figura de Gapón,

que primero nos apareció envuelta en una aureola de fanatismo popular, comienza á dibujarse de manera sinuosa y equívoca. Los hombres serios, los que como Korolenko y Souvorine (hijo), tienen derecho á dudar de casi todo, conociendo cual conocen á sus compatriotas, no están lejos de creer que el pope ilustre es un hábil farsante que, de acuerdo con la policía, tomó parte en el movimiento obrero con el objeto de descubrir sus verdaderas raíces revolucionarias. Y si pensamos que en este país, donde nadie puede cambiar de casa sin pedir permiso á la prefectura, el pope ha viajado libremente, después de las matanzas, y si recordamos sus relaciones con Plehwe, no podemos menos que pensar como los que piensan mal, aun sin llegar á la violencia de aquellos que, á voz en cuello, gritan :

— ¡ Gapón es un policía !

Un amigo suyo nos dice :

— En efecto, hay apariencias sospechosas. Pero no son más que apariencias. En el fondo, el hombre continúa siendo un purísimo pastor de almas, ansiosas de libertad, hambrientas de justicia. No hay más que verle. Su rostro indica la honradez y en sus pupilas arde la fe apostólica. Nos hablan de sus relaciones con la policía.

Es cierto que las tuvo. Hombre muy instruído, *causeur* elegante y fecundo, supo envolver á Plehwe en las redes de su fina diplomacia, hasta

el punto de que el « primer policía » del imperio no veía absolutamente nada... Gapón se había convertido, en apariencia, en una especie de agente provocador. Con el concurso del gobierno, organizó su partido tomando por modelo las asociaciones sociales policíacas organizadas en Moscú por Trepoff y Zubatoff. Ayudado por su mujer, disciplinó á los obreros imponiéndoles una línea de conducta rigurosa. Con el dinero del gobierno creó una caja secreta á la que muchos comités acudieron en momentos de apuro. En el desempeño de su doble papel, tan difícil como delicado, demostró tener siempre la fe de un héroe, y la ciencia de un diplomático consumado. En una palabra, con su refinada astucia llegó á engañar al hombre más desconfiado de la tierra. ¡ Plehwe sólo veía por sus ojos ! El partido poco á poco, y siempre con la máscara del socialismo gubernamental y policíaco, se organizó al fin. Veinte mil obreros formaban sus legiones, á las que Gapón impuso la más estrecha disciplina y sobre las que llegó á ejercer tal imperio que consiguió de ellas lo más imposible : ¡ que no bebieran aguardiente ! Llegó el momento en que era necesario obrar. Fiel á su doctrina y creyendo tener el medio de impresionar los espíritus, Gapón se multiplicó, sublevando como un solo hombre, á toda la masa obrera... La huelga de la fábrica Putiloff fué el pretexto inesperado é imprevisto del movimiento. Gapón entonces organizó esa grandiosa manifestación obrera, que tan trágicamente terminó. La

idea era bella y generosa, sí, sí... Porque es imposible no encontrar imponentes y conmovedores á esos doscientos mil hombres que van pidiendo á su soberano el derecho de vivir libres... Gapón con su autoridad paternal y casi soberana habíales hecho jurar que irían sin armas, que respetarían las personas y los bienes de sus conciudadanos y, sobre todo, que no se emborracharían. La cruel matanza á que se libraron las tropas sobre aquella masa de hombres indefensos volvió á Gapón loco de indignación y de dolor, y á no impedírselo algunos de sus fieles amigos, hubiérase lanzado entre el pueblo y la tropa, para morir bendiciendo á sus hermanos.

En esos tremendos momentos fué cuando, queriendo proteger á Gapón, recibió la muerte el pope Schliepane. El rumor de la prisión de Gapón comenzó á circular. La noche misma de la trágica jornada, y en los momentos en que parecía que la maldición de los muertos caía sobre las cabezas de sus asesinos, Gapón, después de orar largamente, reunió á sus amigos : « ¡Me he equivocado — les dijo — y os he engañado !... ¡ Perdonadme !... En la oración busqué la luz. ¡ Dios ha juzgado al emperador ! Ya puede escribirse sobre los muros de su palacio el « Mane Thesel Phares » del festín de Baltasar. Yo voy á preparar vuestro desquite ».

El que así nos habla es un escritor francés que vive en Rusia desde hace años y que ha estudiado muy de cerca el movimiento actual.

En todo caso no hay entre las figuras del día en Rusia una sola tan misteriosa, tan enigmática, como la de este Savonarola socialista. Todo en su vida está envuelto en bruma. Sus biógrafos no nos aseguran sino una cosa, á saber : que nació en el seno de una familia campesina en la provincia de Poltava.

Luego comienzan los « se dice... » Se dice que fué pastor de cabras en su niñez y que antes de saber leer tenía ya ideas exactas sobre la vida de las grandes ciudades... Se dice que en una escuela de aldea llamó tanto la atención del maestro, que éste habló de él al director de un seminario... Se dice que si aceptó la carrera eclesiástica no fué por exceso de entusiasmo religioso, sino con objeto de ver de cerca á los obreros, de influir en ellos, de guiarlos, en fin, por la ruta nueva... Se dice que su mujer es una encantadora nihilistas, una de esas nihilistas novelescas que pasan por la vida soñando ensueños grandiosos y sanguinarios... Se dice que ha creado un socialismo extraño, en el cual se funden las teorías de Marx y de Tolstoi. Y todo esto, como es natural, aviva la curiosidad del mundo entero, que querría saber lo que hay realmente en ese arcano vivo.

Un punto que parece aclarado es el de la huída. Con el apoyo de la policía, ó burlando su vigilancia, el pope no está ya en Rusia. En los cen-

tros oficiales, por lo menos así lo aseguran y desde ayer circula con « relativo secreto » un relato manuscrito en el cual un anónimo da detalles preciosos sobre la evasión. Helo aquí. Es una página romántica. Leedla como se lee un cuento :

« Cuando decidí á mi amigo Gapón á que abandonara San Petersburgo, — dice el anónimo narrador, — lo primero que le indiqué fué la necesidad de cambiar de aspecto. En seguida se afeitó la barba, cortóse las melenas y los bigotes, y vistióse de campesino con una amplia blusa, un pantalón de gruesa pana, un gorro de piel de carnero y unas enormes botas altas, todo ello sumamente sucio y deteriorado. Terminado el disfraz, condújelo á un trineo de carga que de antemano tenía preparado, y encargándole que se fingiese borracho, de un empujón lancélo al fondo del trineo y tomé las riendas. Salimos de San Petersburgo para Cronstadt en la noche del lunes 23. Entre Gapón y yo llevábamos cuatro mil rublos escondidos en nuestras fajas; además yo tenía una pequeña cantidad en los bolsillos. Durante el camino por tres veces nos dieron los gendarmes el alto y nos preguntaron adónde íbamos. Pero Gapón, siempre roncando, seguía tendido entre la paja. A su lado, dos botellas vacías de vodka era un pasaporte que inspiraba cierta confianza. En Cronstadt, adonde llegamos á las dos de la mañana, los soldados de la guardia ni siquiera nos miraron... En la noche del siguiente día, y siempre en el mismo trineo aunque habiendo cambiado

dos veces de caballos, llegamos á Wiborg. Imposible describiros las angustias que allí pasamos. En el momento en que franqueábamos las puertas de la ciudad un oficial de gendarmes fijó su mirada en nosotros con insistencia tal que nos creíamos perdidos, denunciados, presos...

— ¡He, « lamocoi » !... (carretero). ¿Adónde vais? — nos grita de pronto.

— A Helsingfors, si lo permite su alta nobleza.

— ¿ Y qué vais á hacer en Helsingfors, imbéciles ?...

— Vamos á trabajar en las alcantarillas, excelencia.

— ¿ Sois los dos finlandeses?

— No, alta nobleza... Pero siempre trabajamos en Helsingfors, en Abo ó aquí.

— ¿ Y siempre en alcantarillas?

— Sí, alta nobleza.

— ¿Sabes tú quién es ese Gapón ?

Yo me estremecí...

— Gapón — contestele. — ¡ Sí, excelencia !... es un pueblo.

— ¿ Y tú — dijo el oficial dirigiéndose á Gapón.

— ¿ Sabes quien es ese Gapón?

— Yo no sé. — alta nobleza, — tal vez sea alguna vaca — contestó Gapón soltando una estrepitosa carcajada.

— ¡ Valientes imbéciles !... — exclamó el oficial, dirigiéndose á sus subordinados que escuchaban distraídos este diálogo. — ¡ Id al diablo ! ¡ Fuera de aquí !... pronto !...

— Con vuestra licencia, altísima nobleza.

Y con esas palabras á medio pronunciar, salimos trotando de aquel sitio. Yo me sentía inundado de sudor frío. De Wiborg á Helsingfors, siguiendo en línea recta, hay doscientos treinta kilómetros... Pensar en el ferrocarril era una locura. La menor indiscreción podía perdernos. Afortunadamente yo había previsto el caso y un trineo de velas esperaba nuestra llegada. Tan pronto como llegamos á Wiborg, nos fuimos á casa del amigo á quien yo había encomendado ciertos preparativos, y allí Gapón se transformó en gentleman extranjero; yo en doméstico. El conductor del trineo, un verdadero finlandés, estaba prevenido de que nos alquilaba un trineo para una partida de placer. A las siete de la mañana partimos... Apenas amanecía. Sobre el hielo de la costa podíamos caminar siempre en línea recta. Un viento regular del nordeste á sudoeste soplaba en el golfo de Finlandia, es decir, precisamente en la buena dirección. A pesar del frío — ¡26° bajo cero! — la travesía fué placentera. Las nieves habían nivelado los hielos y así no teníamos que temer los contratiempos de las « quiebras » en el camino. En seis horas franqueamos la distancia... Y en un lugarejo, cerca de Helsingfors, en que algunos amigos nos esperaban y desde donde nuestro piloto podía expedir por ferrocarril su trineo, hicimos alto... Desde allí, en un confortable trineo tirado por dos briosos caballos, y como dos turistas, salimos con direc-

ción á Helsingfors y para Abo, pequeño puerto de la costa occidental de Finlandia, en el que podíamos encontrar fácilmente un vapor que nos llevara á Suecia... Pero en Abo debíamos sufrir una nueva emoción. Allí Gapón fué verdaderamente reconocido y saludado en alta voz... Un antiguo profesor, compañero de Gapón, fué el que estuvo á punto de dar al traste con todos mis planes y causar nuestra irremediable perdición. Afortunadamente, Gapón cortó por lo sano. En Abo, excepto la policía, ignoraban, como se ignoraba en toda la Finlandia, los acontecimientos de San Petersburgo. Gapón cogió de las solapas á su antiguo compañero, y acercándose á su oído, le dijo: « Silencio... no me conoces... Traigo una misión confidencial... Si hablas, estás perdido... » El amigo de Gapón, un poco desconcertado, excusa su equivocación y nosotros continuamos nuestro camino. ¡ El pobre profesor había perdido la ocasión de ganarse 10,000 rublos, prometidos por el gobierno á quien entregara á Gapón !

Al fin logramos embarcarnos aquel mismo día en un vapor inglés que debía hacer escala en Estocolmo. ¡ Nos salvamos ! Al día siguiente desembarcábamos en Suecia. Una semana después, Gapón, pasaba por París y ganaba Ginebra. »

¿ Será cierto este relato? ¿ Habrá siquiera en él una parte de verdad? Yo lo he leído con desconfianza, no sólo á causa de su tono romántico, sino

también por su origen prefectural. Pero verídico ó falso poco importa á nuestro objeto, puesto que en nada puede contribuir á aclarar la situación política y moral del enigmático jefe del movimiento obrero.

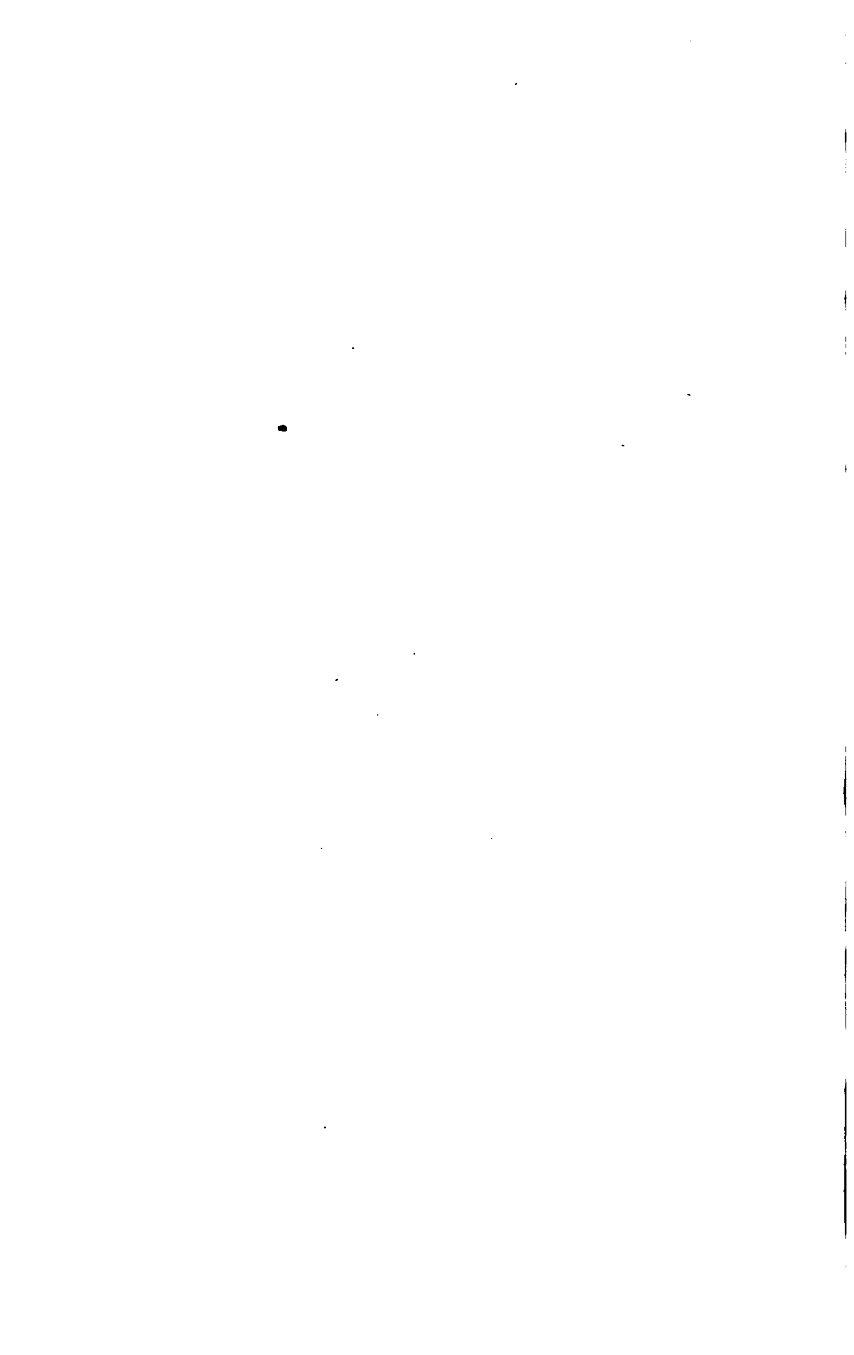
El único documento en que vemos algo, no del alma, sino de las ideas de Gapón, es una carta suya que el periódico *Iskra* publicó en su último número y que dice :

« A mis hermanos los socialistas rusos. Las sangrientas jornadas de enero en San Petersburgo y en toda Rusia, han colocado frente á frente á la oprimida clase obrera, y al régimen autocrático con el sanguinario zar á su cabeza. La gran revolución rusa ha comenzado. Es necesario vencer ó morir. Consciente de la gravedad de este momento histórico, y como revolucionario y hombre de acción, invito á la unión al proletariado y á todos los partidos rusos, á fin de dar comienzo á la revolución armada contra el zarismo. Todos los partidos deben movilizar sus fuerzas. Nuestro plan técnico de combate debe ser común : las bombas y la dinamita, el terrorismo individual y colectivo, pueden contribuir á la sublevación del pueblo. Nuestro objetivo inmediato es el aniquilamiento de la autocracia y la formación de un gobierno revolucionario provisional, que proclame inmediatamente la amnistía de todos aquellos que lucharon por las libertades políticas y religiosas ; que arme al pueblo y que convoque inmediatamente una asamblea constituyente sobre la base

del sufragio universal, igual, secreto y directo. ¡Camaradas, á la obra! ¡Al combate, y adelante!... Repitamos ahora aquel hermoso grito de unión del día 22 de febrero: — «¡Muerte ó libertad!...» En estos momentos todo retraso es un crimen. Hijo del pueblo y habiéndome consagrado á la defensa de su causa y unido mi suerte á la suya, estaré con toda mi alma al lado de aquellos que conmigo quieran sacrificar su vida por el mejoramiento de la clase proletaria y por la supresión de la esclavitud política. — *Jorge Gapón.*»

Después de leer esta carta, es difícil dudar de la buena fe de Gapón. El que así habla, el que así grita, no puede ser un instrumento de la policía.

Solo que Rusia, es Rusia...



LOS ESTUDIANTES

Claro, sin lluvia, sin nieve, casi sin frío, amaneció el 9 de febrero. Y como los trabajadores de la ciudad y los campesinos de las cercanías habían anunciado grandes manifestaciones para aquel día, el gobierno puso en pie de guerra las guarniciones de la capital. Las patrullas de cosacos atronaban las calles con el estrépito de sus carreras. Ante las puertas de los palacios ducales, amontonábanse los uniformes. Por todas partes, en fin, un rumor de peligro llenaba de inquietud el ambiente. Pero pasó la mañana, sin que la calma sufriera alteración alguna... Y llegó en paz la tarde... Y ya nos preparábamos todos á reir, cuando apareció, allá en el fondo de la Perspectiva Nevsky, viniendo de la plaza del Almirantazgo y dirigiéndose hacia el centro, una reluciente falange.

— Son los obreros de Putiloff...

— Son los socialistas de los arsenales...

— Son los afiliados al partido revolucionario...

— Son los del Bund...

En realidad no eran sino unos cuantos centenares de estudiantes que, desdeñando las amenazas de Trepoff, lanzaban al aire angustioso la protesta de todo el país contra la guerra.

El gesto pareció bello.

Pocos días después se celebró la asamblea general de los estudiantes. Ya no eran cien, ni mil. El rector, temeroso y benévolo, los había autorizado á reunirse en el gran patio de la universidad. Tratábase de saber si debía continuar la huelga escolar ó si era más conveniente volver á las aulas. Cada grupo llevaba su bandera. Unas eran rojas; otras eran negras. Los cantos que se entonaban, también eran negros y rojos. Y también los discursos.

De pronto un silencio. El presidente de la asamblea había tomado la palabra:

— Hay aquí una figura que debe desaparecer, una figura que no debe formar parte de nuestra reunión, que no debe oirnos.

Y volviéndose hacia la izquierda, había señalado la estatua del zar Nicolás.

En el acto el mármol fué roto en mil pedazos.

El presidente tranquilo continuó:

— Ahora que estamos solos podemos deliberar.

Al cabo de dos horas, votose por unanimidad la célebre acta llamada de la huelga general, acta que reza:

« Comprendiendo el valor del momento histórico en que Rusia sale del movimiento revolucionario para entrar en plena revolución, los estudiantes acuerdan suspender los estudios hasta el 1.º de septiembre, fecha en que decidirán si la situación les permite asistir á las clases. »

Estas dos manifestaciones tienen una importancia grandísima si se las considera no como actos aislados, sino como lo que son en realidad, como fenómenos naturales de todo un estado de ánimo, como dos nuevas batallas en la campaña que los intelectuales hacen á la autocracia. Porque no se trata, cual querían hacerlo creer los periódicos zaristas, de un movimiento pedagógico. De lo que se trata es de una guerra juvenil. Los estudiantes no piden cambios universitarios, sino cambios políticos. Bien claro lo proclama el manifiesto de 20 de febrero. Oid :

« El absolutismo ruso, dice, viejo y decrépito, marcha cada día, cada momento, hacia una ruina inevitable. En vano es que, queriendo desembarazarse del pueblo, ese régimen agonizante tome medidas á cual más insensata y recurra á los medios más arriesgados para contener su propia caída. Ese gobierno autócrata y tiránico, se ha lanzado en Extremo Oriente á una aventura criminal que cuesta al pueblo millares y millares de vidas humanas y cuantiosos millones, economizados á costa de inmensos sacrificios. Desde hace mucho tiempo, los estudiantes, con gran juicio y una inteligente conciencia de su misión, empeñaron una lucha tenaz para salvar los derechos naturales y más elementales atropellados por un gobierno brutal y desenfrenado. Detrás de ellos, al fin, el proletariado, consciente de sí mismo, aparece en la escena de la historia y da al zarismo el terrible golpe de muerte.

Los sangrientos acontecimientos de estos últimos tiempos, demuestran claro hasta dónde es capaz de llegar el absolutismo para defender su miserable é infame existencia. El proletariado, procediendo con fraternal solidaridad, firmó en las jornadas de enero la sentencia de muerte del absolutismo y garantizó de indubitable manera la liberación política de Rusia. Nosotros saludamos ese acto de solidaridad de la clase obrera y reclamamos las medidas siguientes : Convocación de una asamblea legislativa por sufragio universal, igual y secreto, acordado á todos los ciudadanos rusos. »

¿ Es posible hablar con más claridad y con mayor energía ?

No.

Y para que los discípulos de Plehwe no consigan hacer creer al país que son « cosas de muchachos », como desdeñosamente dicen los funcionarios, un consejo de profesores, al cual se sometió últimamente el problema, dirigió al ministro de instrucción pública una memoria en que declara sin rodeos que á su entender no existe ninguna medida por la que se pueda llegar á garantizar el orden y la calma en las universidades, mientras continúen existiendo las condiciones generales del régimen político actual, con su arbitrariedad administrativa y su desprecio á los derechos individuales. Los desórdenes universitarios se renuevan cada año, á despecho de las reformas parciales y de las mejoras particulares de cada

una de las universidades. El instituto politécnico de Kiel se distingue, con ventaja, de la mayoría de los establecimientos de enseñanza superior y, sin embargo, los desórdenes son allí tan frecuentes como en todós los demás.

La política del ministerio Vannovski fué para reprimirlos tan impotente como las medidas coercitivas de los gobiernos precedentes.

Todos esos hechos, que los profesores invocan, confirman la convicción, que desde largo tiempo es un axioma para todos los hombres que reflexionan sobre la enseñanza superior en Rusia, de que « hay que buscar la causa de los desórdenes universitarios en las condiciones generales del régimen político del país, régimen que viola los derechos cívicos fundamentales del individuo. » Así se expresa el consejo. Y en seguida agrega :

« El progreso normal de la enseñanza superior es imposible bajo el gobierno actual. La decadencia incesante de la cultura intelectual, es notoria. y nosotros vemos en ella un grave peligro para la civilización rusa, por lo que consideramos cumplir con nuestros deberes de ciudadanos y de profesores al proclamar los estrechos lazos que unen esta decadencia con el régimen arbitrario de nuestra patria. »

En seguida el consejo entra en largas consideraciones sobre la situación, para terminar asegurando con energía, que mientras la arbitrariedad gubernamental siga haciendo nuevas víctimas, ya sea entre los estudiantes, ya entre las demás

clases sociales, no hay esperanza de paz interior, ni de tranquilidad universitaria.

Así, pues, profesores y discípulos forman un solo partido que puede llamarse de los intelectuales, y que pide, lo mismo que los demás partidos libres de Rusia, una atmósfera política respirable.

El gobierno que, aunque no lo confiesa, comprende la gravedad de la situación, ha tratado á su modo, con violencias espantosas y leyes muy crueles, de ahogar las voces juveniles. El célebre « Reglamento provisional », de 29 de julio de 1899, dispone que los estudiantes que se declaren enemigos del poder, sean incorporados en las compañías de disciplina, en calidad de soldados. Un decreto anterior autoriza al ministro á nombrar rectores sin consultar á los consejos. Así á la cabeza de cada universidad se encuentra, no un sabio, no, sino un general. El régimen interior de los centros docentes, tiene algo de inquisitorial. Las prefecturas de policía delegan para vigilar las Facultades y los institutos á sus agentes más severos. Este servicio dispone de un crédito de cuatrocientos mil francos. Los estudiantes no tienen derecho á reunirse en grupos de más de diez ó doce. Las lecciones deben ser aprobadas por los rectores antes de que se dicten. En las clases de profesores libres hay siempre un policía secreto.

El régimen general es de una severidad extraordinaria. No permite nada, no tolera nada, no

perdona nada. Aun en las bibliotecas, donde no hay sino obras que ya han pasado por la censura, mete sus manos inquisidoras y suprime á su antojo lo que le parece sospechoso.

En 1885, con objeto de alejar de las ciudades universitarias á los jóvenes pobres, que son los más entusiastas y liberales, se adoptó la costumbre alemana de pagar inscripciones y derechos de examen muy crecidos. Al mismo tiempo, como paliativo, se dió la ley de las becas. Para obtenerlas, lo único que se exige es una « declaración de lealtad al régimen autocrático ».

Los jóvenes la hacen con gran repugnancia, obligados á ello por la miseria. ¡ Ah, la miseria del estudiante ruso! Es necesario leer libros moscovitas para formarse de ella una idea. « Su miseria — dice Sydakof — no se la imagina nadie en Europa. Sólo en algunos distritos orientales de la Galitzia, se pudiera, tal vez, encontrar una pálida imagen de la miseria que existe en la mayoría de la nación rusa. El estudiante está sostenido por la caridad privada ; los periódicos apelan á la compasión pública y abren subscripciones en su favor.

El compañerismo de los estudiantes alemanes no existe en Rusia. Aquí no pueden asociarse, ni unirse ; sólo se les permite estar sentados ante sus libros, y aun así, son vigilados por los « señores inspectores de la universidad. »

Los ricos, los nobles, van á escuelas especiales del ministerio de guerra. La enseñanza superior

está representada por academias militares (de estado mayor, de medicina y cirugía, y de derecho militar). Después vienen las escuelas de ingenieros y de artillería: éstas ofrecen la particularidad de comprender una enseñanza secundaria (cuerpo de cadetes y de gimnastas militares), en que son admitidos los hijos de los oficiales. Hay también escuelas de abanderados para los suboficiales, y escuelas profesionales de topografía y pirotecnia. Estas diversas escuelas no son accesibles más que á los hijos de altos funcionarios y de nobles. También dependen del ministerio de guerra el cuerpo de pajes, en que se admite, con la aprobación del emperador, á los hijos y nietos de los generales; la escuela de derecho, cuyos cursos duran siete años, y los liceos imperiales de San Petersburgo y Moscú. Del primero de estos establecimientos salen los oficiales superiores; del segundo, los magistrados; de los otros, los administradores. Del ministerio de marina y del de caminos y comunicaciones, dependen otras escuelas técnicas secundarias.

La lucha estudiantil data de una época relativamente lejana, de 1874. Antes, en efecto, la universidad, regida por el decreto imperial de 1863, tenía una autonomía relativa. Pero el ministro Tolstoi creyó que aquella libertad era peligrosa y la suprimió. En el acto, la agita-

ción se hizo sentir. Tras la agitación vino la represión. Luego una nueva reforma que daba más fuerza al gobierno, fué presentada al consejo imperial. Pocos años después el ministro Delianof, no contento con los poderes dictatoriales de que disponía para reprimir la propaganda liberal, pidió una « reglamentación severa » para las universidades.

« Desde entonces — dice Bourdon — las hostilidades se abrieron francamente. Los catedráticos, celosos de sus prerrogativas, no cesaron de reclamar la autonomía y de alentar contra el gobierno un odio sordo que, si al principio fué puramente académico, se convirtió después en político. Por otra parte, los estudiantes defendiendo los privilegios universitarios se rebelaron también contra el gobierno. » El ministro Sipiaguine, creyendo en la utilidad de la violencia, ordenó que toda manifestación escolar fuese reprimida « como motín ».

Por obedecer á estas órdenes, los cosacos, en 1891, se libraron á las matanzas de San Petersburgo ante la catedral de Cazán, en pleno centro de la capital. Después de las matanzas, un joven escribió á Sipiaguine: « Yo te mataré. Debo vengar á mis compañeros ». Y en efecto, lo mató. Se llamaba Balmacheff, y aun no era mayor de edad. Para penetrar en el ministerio, disfrazóse de oficial de la guardia del zar. « Traigo un pliego secreto », dijo, enseñando un papel. Todos los ujieres se apartaron. El ministro tomó de sus

manos el pliego y comenzó á leerlo. Entonces sonaron tres disparos. Las tres balas habían penetrado en el pecho del tirano. Pocos días más tarde, otro estudiante disparó en el teatro cuatro balazos contra el príncipe Obolensky. Los dos fueron condenados á muerte y ejecutados por orden de Plehwe. Pero éste, á su vez, murió asesinado por otro estudiante, Melnikof. Solidaridad tan heroica, que no se detiene ni ante el crimen, explica que puedan funcionar, en pleno día, infinidad de clubs revolucionarios estudiantiles. Entre los más conocidos se encuentran los siguientes : Asociación de Kharko, Asociación de los estudiantes, Sección central de Kief de los círculos asociados y de las organizaciones de los establecimientos de estudios secundarios, Grupo de estudiantes de Rusia meridional, Organización petersburguesa de los establecimientos de estudios secundarios. Además de esas cuatro organizaciones principales, en Moscú, Nijni-Novgorod, Pskof, Minsk, Irkoutsk, Yaroslav, Novgorod, Penza, Orel, Toula, Kostroma, Serpoukhof, Saratof, Tchita, Bielostok, Vilna, Varsovia, Simbirsk, Samara, Kaluga, Vitebsk y en Ekaterinbourg, funcionan círculos y grupos secundarios.

Según el estudiante que me da estos datos, todos los círculos están en constante correspondencia y tienen un comité directivo general que es el que pronuncia las sentencias de muerte.

— Además — me dice el estudiante — tenemos

periódicos de combate. En mayo de 1903, registrando la casa de un revolucionario llamado Evel Rosenver, la policía descubrió los dos primeros números de un periódico titulado *Ksvieton* y que se proclamaba « órgano de una asociación escolar ». — « ¡ Vea V. ! — exclamaba el ministro Plehwe, contemplando aquella revista. — ¡ Vea usted hasta donde han llegado !... ¡ Ya tienen un periódico ! » — En realidad, tenemos más de uno. En Nijni-Novgorod aparece el *Yunost* (La Juventud), en Moscú el *Jouvnie Slovo* (La Palabra Juvenil), en Minsk el *Vpered* (Adelante). — Y poco á poco vamos haciendo llegar estos papeles hasta el fondo de las aldeas. La lucha será cada día más vasta y más cruel. ¿ Los gobernantes nos tratan como criminales ? Está bien. Ya, desde hace tiempo, estamos aprendiendo á conocer lo que se llama « la solicitud en nuestro favor ». Nuestra historia es un martirologio.

¡ El martirologio de los estudiantes rusos !

Sería más fácil escribir el de los primeros cristianos que el de estos pobres intelectuales. A veces los martirios son ordenados por masas. A veces son individuales. Siempre el gobierno trata de mantenerlos secretos. Pero hay casos que no pueden ocultarse, hay gritos que no se pueden ahogar.

He aquí á una estudianta, la célebre Frumkine, que, acusada de haber querido asesinar á uno de los verdugos de la juventud estudiosa, exclama en pleno tribunal : « Sí, he querido matar á Novi-

tsky, y sólo siento no haberlo logrado. No me creo culpable, al contrario, considero que la muerte de ese caníbal que se llama Novitsky, será un bien para la humanidad. Desde hace veinticinco años, Novitsky es el dictador de Kief. El sistema de sus asesinatos se parece al que empleaban las autoridades en Blagovechtchensk. Y como no puede ahogarnos en el Dniepe, nos estrangula lentamente en las prisiones de Lukianof. »

La suerte de esta vengadora de estudiantes, fué espantosa. Oidla referir algunas de sus torturas: « En vez de llevarme á la prisión política — escribe á sus amigos — me han internado en una fortaleza que es prisión militar. Un oficial me dijo que yo era la primera mujer que había entrado allí. Yo sabía las torturas que me aguardaban, pero estaba decidida á todo: « nobleza obliga ». Me había mostrado ante el tribunal altiva, serena, y debía sufrir en silencio, ¡pero, imposible! Desde que me introdujeron en la prisión, se me sometió á un registro. Una mujer vino á dejarme completamente desnuda, y mi cuerpo fué sometido á un examen odioso. Yo protesté. Creí que la tortura no se renovaría más; me equivoqué: la operación se repitió dos veces al día. Entonces pensé en el suicidio y si me abstuve de esa resolución fatal, fué tan sólo por quitar á mis enemigos el derecho de decir que tengo miedo á la deportación. »

Otro caso más reciente:

El jefe de una brigada de cosacos, el general

Kovalef, invitó al doctor Z..., amigo de los estudiantes, á visitar en su palacio á un enfermo. Cuando el joven doctor se presentó para cumplir su misión, ocho cosacos se arrojaron sobre él y la emprendieron á latigazos. La resistencia fué inútil, el ataque y la ejecución fueron tan rápidos como imprevistos.

Otro documento espantosó:

El 2 de octubre 1904, un detenido político de las prisiones de Tagansky, en Moscú, el joven Nikiforof, se roció el cuerpo con petróleo y se prendió fuego. Cuando los guardianes llegaron, atraídos por los gritos de la víctima y de sus compañeros de prisión era demasiado tarde. El cuerpo del desgraciado estaba cubierto de quemaduras. Después de tres días de horribles sufrimientos, Nikiforof murió. En vano su padre suplicó que le permitieran ver al hijo agonizante. Las autoridades tenían motivos suficientes para no permitirlo.

Estos son casos aislados. ¿Queréis ahora un ejemplo de matanza épica, algo grande, algo digno de la fama de los Trepoff, de los Plehwe, de los Sipiaguin?

Pues, he aquí, tal como una de las víctimas me lo ha comunicado, el relato de la represión de las manifestaciones del 4 de marzo de 1901, en San Petersburgo. Los manifestantes habían salido de la iglesia de Kazán, entonando cantos liberales. Los cosacos se lanzaron contra ellos blandiendo sus terribles látigos. El general

Kleigels los mandaba. « ¡ Pegad fuerte — gritábales — ¡ pegad fuerte, fuerte ! »

Entonces un alto funcionario, el príncipe Viasemsky, quiso intervenir en favor de los pobres muchachos, y sobre todo de las pobres muchachas que gritaban. El prefecto le contestó : — « No se meta usted á defender á esos puercos, que merecen morir apaleados como perros rabiosos. » Alentados por aquella escena, los cosacos se encarnizaron hasta la ferocidad. Los manifestantes, tratando de huir, caían bajo los cascos de los caballos. Algunos se suicidaron ; otros muchos ; muchos, más de ciento, salieron mutilados, con heridas graves. En cuanto á las estudiantas, las encerraron en el patio de la Duma y el general, riendo, ordenó á sus esbirros que las desnudaran para azotarlas á su gusto.

Los gritos de las infelices eran desgarradores. Los cosacos, borrachos, las arrancaban los trajes y luego las golpeaban hasta hacerlas caer sin sentido, cubiertas de sangre.

LOS OBREROS

Hoy he consagrado el día al más lamentable de los estudios: á la cuestión obrera. ¡Cuánta miseria y cuánta injusticia! ¡Cuántas lágrimas! ¡Cuánto rencor concentrado! Y eso que yo no he ido hasta el fondo del asunto viendo con mis propios ojos los dolores y oyendo con mis oídos las quejas, sino que me he contentado con leer algo de lo mucho que en estos días se ha publicado sobre la vida del obrero y sobre la legislación del trabajo.

El gobierno mismo confiesa que los trabajadores tienen derecho á quejarse. « Sé que vuestra suerte no es envidiable » — dijo el zar á los delegados de las fábricas. Pero al mismo tiempo, desde el Santo Sínodo hasta el prefecto de policía, todos los magnates declaran que es inútil elaborar nuevas leyes. Los obreros no necesitan de derechos. Lo único que puede mejorar su situación es la clemencia del zar. El esfuerzo de todos, pues, debe tender á fortalecer la omnipotencia autocrática Con el objeto de sembrar estas ideas, el ministro de la industria ha publicado un folleto que se reparte en las fábricas y en los barrios pobres y que se titula: « Hojas fraternales de lectura obrera ».

Queréisoir lo que en él se dice. Oid:

«..., En Europa los socialistas revolucionarios son algunas veces los defensores sinceros de los intereses de las clases obreras, cuando estos reconocen que la famosa libertad parlamentaria no es útil mas que á la burguesía y sólo sirve para aumentar la explotación y la opresión de la clase obrera.

« El célebre jefe revolucionario, Karl Kaustky, ha declarado formal y muy francamente, hace dos años, que la mejor forma política para la clase obrera era el régimen autocrático » y que el régimen democrático no conducía más que á la dominación de la plutocracia y á la opresión de las clases trabajadoras... Nuestros revolucionarios tienen una mentalidad extraordinaria... No son, en realidad, tales defensores de las clases obreras sino simplemente los representantes de la burguesía intelectual.

Sus sueños son la transformación de las masas obreras en instrumento de sus fines particulares. Esos revolucionarios no quieren sino la sumisión de la clase obrera á la burguesía financiera, comercial é intelectual. En estas condiciones, todos los rusos deben unirse y estudiar las verdaderas bases de la cuestión obrera...

... Hay que proclamar esta gran verdad : « que el bienestar de los obreros depende de su unión estrecha con el régimen zarista » y que los socialistas revolucionarios que exigen el régimen parlamentario y constitucional no intentan, ni más ni menos, que la esclavitud de las clases trabajadoras bajo el yugo de la burguesía. »

Tal es la teoría gubernamental.

Ahora escuchemos á un obrero cualquiera, huelguista ó no, socialista ó no. Todas sus frases denotan no sólo miseria material, sino miseria moral. Tiene hambre y sabe que hasta quejarse puede ser peligroso.

— La casa sólo — exclama cualquier trabajador — me cuesta en San Petersburgo la mitad de lo que gano.

Esto obliga á los que no tienen familia numerosa á alquilar una ó dos habitaciones. ¡Peor para la higiene!

Veamos un presupuesto medio de una familia obrera, compuesta de padre, madre y dos niños. Los datos de Dru son precisos :

Pan, leche y alimentación para sus dos hijos pequeños; rublos por mes........	5 »
Pan para el matrimonio (4 libras por día).	2.40
Berzas y un cuarterón de carne cada dos días; al mes........................	4.50
Harina de avena y aceite, 8 kopeks por día; al mes..........................	3.90
Te (20 kopeks por semana), al mes......	0.80
Azúcar..	1.60
Tabaco, cerillas, etc.....................	0.90
Gastos de iglesia, velas, etc.............	0.40
Un baño cada mes........................	0.40
Jabón..	0.40
Aceite para el icono.....................	0.30
Total por mes, rublos :	21.80

Su vestimenta le cuesta:

Dos gabanes al año para el marido y la mujer, 40 rublos ó sean al mes........	3.41
Botas y zapatos para toda la familia, 20 rublos al año, ó sean por mes...........	1.70
Grasa para los zapatos....................	0.10
Una blusa al año, 2 rublos, representan al mes................................	0.17
Dos vestidos para la mujer, 18 rublos, ó sean al mes...........................	1.50
Un terno para él al año, 13 rublos, al mes	1.10
Ropa blanca para toda la familia durante el año, 24 rublos, por mes.............	2 »
Gorros de piel para la familia al año, 5 rublos, al mes..........................	0.42
Total, rublos:	32.00

bien contados,

Y como el salario medio no llega á un rublo diario; y como en Rusia los días de fiesta son muy numerosos; y como los paros no son raros, encontramos que el obrero no puede pagar lo que come y lo que viste.

No importa. A pesar de eso el gobierno le exige sin piedad, una serie de contribuciones inconcebibles.

He aquí la lista:

Contribución de hospital, 1 rublo, 10 al año; timbre de su libreta de obrero, 40 kopeks al año; contribución por alquileres, 40 kopeks por cada 100 rublos, ó lo que es igual, cerca de 80 kopeks

al año. También tiene que pagar crecidos derechos por su pasaporte. Si es de una provincia el obrero ruso tiene que hacer « visar » todos los años su pasaporte en el lugar de origen, para lo cual se ve obligado á enviárselo á un agente que le cobra por la molestia 1 ó 2 rublos. Si no envía la cantidad, corre el riesgo de no recibir el pasaporte visado y en ese caso la policía se encargará de recordarle el cumplimiento de la ley. El « visa » del alcalde le cuesta además 10 kopeks.

¡El déficit aumenta!

Para llenarlo es preciso que la mujer trabaje. ¡Y trabaja, gana, matándose 10 ó 12 rublos al mes!

Además de los gastos materiales, toda familia por miserable que sea, tiene otros indispensables: enfermedades, partos, bautismos, entierros. El parto, aun en el hospital, cuesta siempre, según las estadísticas de Dru, 1 rublo; por el bautismo se pagan 55 kopeks para el pope, 5 para la cera, 10 por derechos de inscripción del bautizado, 15 por la cruz de metal que se cuelga al cuello del niño, 15 para limosna á los pobres de la parroquia, y eso sin contar la canastilla de la criatura que cuesta, por lo menos, 1 rublo.

Morirse es más caro.

Los sepelios son más dispendiosos. Oid hablar á las estadísticas:

El féretro cuesta 2 rublos; el hábito del cadáver, 50 kopeks; el servicio fúnebre, 50 kopeks; el cura cobra por sus derechos, otros 50 kopeks;

hay que dejar una limosna también de 50 kopeks; la sepultura, 2 rublos 50 kopeks; la conducción del cadáver, — imposible de verificarla á brazo por las grandes distancias á que están situados los cementerios — 2 rublos, y el arroz y las pasas con que se obsequia, según la tradicional costumbre al acompañamiento, 15 kopeks, ó sean 8 rublos 95 kopeks.

¿No os parecen estos datos dignos de la imaginación siniestra de un humorista discípulo de Swift? En todos los detalles hay, en efecto, algo que ríe y que llora al mismo tiempo, algo que sería grotesco si no fuera cruel, algo que parece mentira cómica, pero que es, ¡ ay ! la más amarga, la más palpable de las verdades. Con ver á los pobres obreros, basta. ¡ Qué aspecto tan lamentable tienen ! Y con cuánta ternura miran, con cuánta humildad hablan ! De los proletarios que allá, en tierras libres, en Francia, en Italia, en Bélgica, exigen, á éstos que imploran, hay un abismo. Estos son aún los siervos de épocas obscuras é inconscientes que no piden sino una cosa, la misma que piden las bestias : comer, no morirse de hambre, tener un nido, vivir, en fin, ¡ nada más que vivir !



Ahora bien : por más que las publicaciones oficiales proclamen la excelencia del régimen autocrático desde el punto de vista obrero, las clases trabajadoras de Rusia no pueden esperar un

mejoramiento de su condición, si antes no se opera un cambio radical en el sistema que legisla la industria. Hoy por hoy, el contrato de trabajo ruso, como en términos de sociología se dice, es de una injusticia absoluta. Los obreros no tienen sino deberes. Los derechos están reservados al patronato. « El patrón — escribe M. Yory en un estudio sobre el asunto que va á servirnos de guía — se arroga conforme á la ley, una especie de poder absoluto. » En efecto, las causas por las cuales puede echar á un obrero son tan numerosas como elásticas. Helas aquí expresadas en estilo de reglamento interior : « Será expulsado todo obrero que falte al trabajo tres días consecutivos sin motivo justificado, ó si no respondiese á las listas seis días al mes : si abandonare el trabajo durante quince días, aunque la causa sea producida por enfermedad; si observase mala conducta ó sufriese condena judicial. »

Por mala conducta se entiende también la pereza, la embriaguez, aunque no sea habitual, la desobediencia, la grosería y, en general, todo cuanto pueda impedir el buen cumplimiento de la labor diaria del obrero y perjudicar á los intereses materiales de la administración industrial.

En cambio, el obrero no puede abandonar la fábrica, según los términos de la ley de 3 de julio de 1886, sino en los casos siguientes : « Por malos tratamientos, por falta de observancia de las cláusulas relativas á su entretenimiento ó si el trabajo fuese verdaderamente nocivo á su salud y,

por último, si cualquier miembro de la familia que sostiene, falleciera ».

La misma ley niega á los obreros el derecho de faltar al trabajo para asistir á los entierros de sus padres, hijos ó demás personas de su familia. Las mujeres encinta y los obreros que se ausentasen de las fábricas, aun cuando la ausencia fuere motivada por indisposiciones momentáneas, se considerarán como habiéndose ausentado legalmente del trabajo y condenados á un mes de prisión, quedando sujetos á la vigilancia de la policía.

La legislación rusa no habla de la responsabilidad del patrón en caso de accidentes del trabajo. Un proyecto de ley redactado en ese sentido fué presentado dos veces al consejo de estado, y dos veces fué rechazado por la tenaz oposición de Pobiédonostzev. Igual suerte corrió una petición de algunos fabricantes que reclamaban, en el interés mismo de la industria, el derecho de asociación para sus obreros. La única arma de que el obrero dispone, pues, es la huelga; pero es un arma ilegal. La ley es terminante:

« Toda cesación de trabajo — dice — que sea consecuencia de un acuerdo entre los obreros con objeto de forzar á los fabricantes á un aumento de salarios, ó que trate de hacer cambiar las condiciones de sus contratos antes de su terminación legal, será castigada con una pena de prisión, de cuatro á ocho meses para los instigadores á la huelga y de dos á cuatro meses para los que tomaren parte en ella. Los que tomando parte en una

huelga volviesen al trabajo á la primera intimación de las autoridades quedarán exentos de toda pena. Los instigadores después que hayan purgado sus condenas serán relegados á sus pueblos natales ó á los gobiernos de Arkhangel, de Viatka de Olonetak. »

Además, una circular del ministro del Interior, de 12 de agosto de 1879, ordena á las autoridades la prisión de todo obrero que haya sido instigador de una huelga, aun en el caso que no deba comparecer ante los tribunales. Esto es lo que el gobierno llama régimen patriarcal. Porque cuando un ministro habla, diríase que los demás países deben envidiar la suerte del proletariado ruso. Oid á Witte:

« Nuestra industria — dice el ministro — ha guardado siempre en las relaciones de las dos clases, patrones y obreros, un carácter casi familiar. Esto se manifiesta claramente en el cuidado que los fabricantes tienen para que nada falte al bienestar de cuantos están á su servicio, en los laudables esfuerzos que realizan para que el mejor acuerdo reine entre ellos y en la sencillez y equidad á que ajustan todos sus actos.

Allí donde la ley moral y los sentimientos cristianos son la base de las relaciones recíprocas de patrón á obrero, es inútil recurrir á las leyes escritas. » Pero es tan numeroso el elemento obrero, que algún respeto impone. Porque eso de pretender que en el vasto imperio del gran zar los trabajadores son un puñado, es una tontería.

¡Puñado diez millones de hombres! Me diréis que la estadística corriente no habla sino de tres millones. Es cierto: la estadística no cuenta sino á los que trabajan en las grandes fábricas, haciendo caso omiso de « la pequeña industria », llamada de « kustaris », que ocupa cuatro millones, y de los nómadas ó trashumantes, que van de pueblo en pueblo empleándose en trabajos de albañilería ó de *terrasement*, y que son hasta tres millones.

Las huelgas tienen su influencia y preparan un porvenir mejor á los que sufren en Rusia.

La conquista de alguna justicia se hace poco á poco, á pesar de todas las tiranías amontonadas para combatir á la clase obrera. Pero ¡cuánta sangre habrá costado esa conquista!.

LOS CAMPESINOS

> No debemos olvidar que el pueblo ruso ompone de 120 millones de labriegos, á quienes preocupa poco que la jornada sea de ocho ó de diez horas, que se creen ó no cajas de retiro, y que apenas saben lo que son las reivindicaciones sindicales. En lo único que piensan esas enormes masas de millones de hombres que laboran la tierra, es en que esa tierra, manantial de su trabajo y de sus privaciones, llegue á pertenecerles. Sí; el labriego ruso sólo vive con un deseo : que la tierra deje de ser motivo de tráfico, de compraventa, que no pertenezca al Estado, sino que sea la propiedad común y absoluta de aquellos que con el sudor de su frente la hacen fecunda... — L. Tolstoi. »

Después de los intelectuales, después de los obreros, he aquí á los campesinos en abierta rebeldía. El gobierno trata de ocultarlo. Pero es en vano. De todas partes del imperio llegan al palacio de Sarkoe-Selo ecos alarmantes. El mismo *Tzer-Kovni-Vietnik*, monitor oficial del Santo Sínodo, ha tenido que publicar hace pocos días una carta del pope Tchelzof en la cual hace ver que la idea tan arraigada en el cerebro de la aristocracia, de que el mujik es un ser incapaz de rebelarse contra el zarismo, resulta hoy una idea muy falsa. « ¿ Habéis olvidado ¡ oh rusos! — dice el sacerdote escritor, — los motines agrarios de Poltava y de los gobiernos vecinos? Y, sin em-

bargo, estas regiones son las de tierra fértil por excelencia. Por lo demás, todo aquel que ha vivido en la región que se extiende desde Liverskaia y Terioki hasta las fronteras, ha podido observar el estado de exaltación profunda de nuestras clases rurales. Todos los veranos paso dos ó tres meses en uno de los más apartados gobiernos del imperio, en regiones donde el pope y el comisario de policía representan toda la intelectualidad de la comarca, en que las tendencias y teorías subversivas todavía no habían penetrado. Pues bien, en estos últimos años he encontrado esas regiones completamente desconocidas. La inteligencia de los campesinos se ha desarrollado considerablemente, el círculo de sus ideas se ha extendido, al mismo tiempo que sus facultades de discernimiento y observación. Hoy el campesino tiene un sentimiento más neto de las injusticias de la vida y por eso las soporta con menos resignación. Si se subleva contra los señores no es ciertamente por la diferencia social que los separa, sino porque se siente víctima de sus iniquidades y de sus injusticias. »

Estas líneas, por ser de quien son, han causado en los círculos oficiales rusos una impresión muy penosa y muy profunda. El ministro de agricultura, partidario sincero de las reformas, las leyó á Nicolás II sin omitir una letra.

— Cuando terminé mi lectura — dice — vi que los ojos de su majestad estaban llenos de lágrimas.

Lo que el sensible emperador llora en la pérdida

de la lealtad ciega del mujik es la muerte de su última ilusión. Del amor de los trabajadores de las ciudades y de los intelectuales en general, ha dudado siempre. ¡Pero del campesino!... ¡De su mujik!... Y esta extrañeza dolorosa se comprende cuando se tiene en cuenta que los antiguos siervos, los lentos y melancólicos cultivadores de la ingrata tierra, no han dejado nunca de ser considerados como fanáticos del absolutismo. En todos los libros rusos se nota esto. Las descripciones poéticas de las islas hacen ver al mujik arrodillado ante un altar en el cual un retrato del zar ocupa el sitio del icono, entre dos lamparillas siempre encendidas.



Los rusos de las ciudades habían creído en épocas anteriores que una revolución campesina sería siempre imposible á causa de las pocas relaciones que existen entre aldea y aldea. La historia del levantamiento agrario de los gobiernos del mediodía debe haberlos convencido de que se equivocaban. En el espacio de diez días, cerca de cien mil mujiks lograron ponerse de acuerdo para rebelarse contra el régimen del príncipe de Mectlemburgo Strelitz, el movimiento revolucionario pasó rápidamente á toda la comarca comprendida en los gobiernos de Constantinograd, Poltava y Karkof. La idea que guiaba á aquellos rebeldes era que la tierra les pertenecía y que tenían derecho á conquistarla por la fuerza, pero sin violencia.

Los jefes decían : « No hay necesidad de ser crueles, seamos, al contrario, humanos y bondadosos ». Esto, en el momento en que se prepara una revolución, puede parecer irónico. En aquella circunstancia, empero, fué una norma de conducta. Basta con leer una relación cualquiera de los acontecimientos, para convencerse de ello. Seguros de sí mismos, los rebeldes obraban con prudente equidad y antes de presentarse ante los señores, se reunían en junta comunal (*skhod*), lo mismo que si se tratara de resolver una cuestión de la competencia del *self-gouvernement* local. En aquellas reuniones se tomaban acuerdos que confirmaba por escrito el jefe de la ciudad (el *starostata*), y en los cuales demostrábase la necesidad en que se veían los labriegos de apoderarse de las cosechas de los señores. Sólo aquellos que no se conformaban con la decisión tomada por el *mir* eran obligados á ello por fuerza. Todo acto de robo ó pillaje se prohibía bajo penas severas. Los *starostatas* ó autoridades locales, debían presenciar el reparto de los bienes señoriales y cuidar de la igualdad de las reparticiones. Cosa sorprendente, los revolucionarios sólo se apoderaban de los productos agrícolas y del ganado, sin tocar á los demás bienes. « Nosotros — decían — no tenemos necesidad de los bienes de otro. » Es decir, que sólo tomaban posesión de aquello que consideraban como producto de su trabajo. Y agregaban : « Nuestros antepasados trabajaron para que los vuestros acumularan todas esas ri-

quezas; hoy que nuestros hijos perecen de hambre, hora es ya de que el bienestar se reparta entre todos.» Después de esta argumentación, los labriegos exigían que los propietarios les entregasen las llaves de todos los edificios agrícolas y que se alejasen con sus familias para no volver jamás. «Si volvierais —les decían— aun cuando hubieran pasado treinta años, os mataríamos.» Cuando los señores habían desaparecido, los campesinos entraban sin desorden en las propiedades, apoderábanse del trigo, de la avena, de las patatas y de los ganados, para repartírselos según las necesidades de cada familia, pero sin cometer ni un solo acto de violencia contra las personas. Ellos mismos enjaezaban los caballos de los propietarios para que se alejaran lo más pronto posible. En algunos casos los campesinos incendiaron los edificios, pero esto lo explicaban así: «Tenemos necesidad de la tierra para labrarla; por eso la limpiamos de estorbos.» Los rebeldes procedieron también con equidad, pues no sólo tomaban las tierras de los señores, sino las de los grandes propietarios agrícolas. Y si entre los primeros se encontraba alguno que había sido justo y caritativo con los colonos, sus bienes se respetaban, previniéndoles que «el día del reparto general de la tierra, esos bienes correrían la misma suerte que los de los demás, y se reducirían á siete hectáreas por cada miembro de familia».

Cuando se trató de reprimir con las armas este movimiento evangélico, los campesinos vieron

llegar á los cosacos sin espanto, creyendo que no tirarían contra ellos en cuanto supieran la manera justa con que habían ejercido sus derechos. « ¡ Les hablaremos! » decían. Pero ¡ ay! los soldados contestaron con los fusiles, con los látigos. La represión fué horrible. No sólo se asesinó en masa, á tiros, sino que en cuanto se logró dispersar al pueblo, principiaron los actos de venganza. Los señores ó sus intendentes designaban á la policía á aquellos que habían provocado sus enconos, para que se les aplicaran los más atroces castigos. Los gobernadores convocaban para celebrar reuniones á los vecinos de cada pueblo y cuando las asambleas estaban completas, surgían los cosacos y asesinaban colectivamente á los desdichados campesinos. Estas ejecuciones tenían un carácter de extraordinaria crueldad : fueron muchos los hombres que perecieron á fuerza de recibir latigazos. El más cruel de todos los propietarios fué el príncipe Obolensky, que llevó su maldad hasta ordenar á los cosacos que empaparan sus látigos, antes de emplearlos, en una disolución de sal y vinagre, y que asistía en persona á esas sangrientas escenas. Después de las ejecuciones, los pocos que sobrevivían eran trasladados á los pocos hospitales. El escritor ruso que nos da estos detalles termina diciendo : « Los europeos no podrán figurarse nunca el grado de barbarie asiática á que se entregan las autoridades rusas contra los labriegos. Después de esas salvajes represalias, después de haber fustigado,

apaleado hasta matar, en presencia de sus hijos y mujeres, á las desgraciadas víctimas de una falsa denuncia, los gobernadores dejaban los pueblos á la merced de la soldadesca ebria y desenfrenada. »

Desde que esta revolución agraria fué ahogada en sangre, ningún movimiento de verdadera importancia ha vuelto á estallar, pero las ideas socialistas han ido ganando terreno en los campos, como nos lo prueban mil actos locales. No hay día, en efecto en que los periódicos de San Petersburgo dejen de dar cuenta de algún movimiento significativo. Yo he conservado algunos recortes que quiero reproducir : He aquí uno :

« Los campesinos de las aldeas Bolchié, Malyié, Kurliaki, del distrito de Brobrof, encontraron en los archivos de una iglesia documentos y planos que probaban que un aristócrata de aquellas cercanías se había apropiado sin derecho todas las tierras que poseía. De aquellos viejos papeles resultaba que la emperatriz Catalina se las había regalado con los centenares de siervos que las habitaban, al príncipe Bezborodko y que éste se las había vendido más tarde al padre de su actual propietario, que, después de la liberación de los siervos, sólo les había entregado una parte insignificante de las inmensas propiedades que Catalina II regalara á Bezborodko. Vendió más tarde el último propietario gran parte de sus bosques á un negociante en maderas, pero cuando llegó el momento de la corta, los campesinos de Kurliaki

se opusieron, alegando que la tierra cultivada por sus abuelos, sólo á ellos les pertenecía... Y como siempre, el gobernador envió al lugar del suceso sus escuadrones de cosacos y las terribles ejecuciones comenzaron. »

La siguiente carta de Voronoje es deliciosa : « Cierto domingo, al final de una misa, el pope dirige á sus feligreses este sermón : « ¿Sabéis, buenos viejos que vuestros hijos frecuentan los círculos políticos más que la iglesia, que leen los libros de ese hereje que se llama Tolstoi y que ni creen en Dios ni en el zar?... ¿Sabéis quién es ese impostor, blasfemo y herético Tolstoi?— « No *batiouchka* — contestole un anciano, — no hemos observado en nuestros hijos nada contrario á la religión ni al zar; en cuanto á Tolstoi, Dios lo bendiga, ya que pide para nosotros lo que de justicia nos corresponde. »

Otra correspondencia habla de la propaganda impresa en los campos y da detalles muy interesantes. Oid : « En los comienzos del mes de febrero los labriegos de las aldeas del distrito de Constantinograd y de Poltava observaron un fenómeno extraordinario: en los bordes de los caminos y otros sitios poco visibles, se encontraban de vez en cuando algunos libros de títulos muy significativos, sujetados con piedras para evitar que el viento se los llevara. El campesino que encontraba á su paso uno de esos ejemplares, lo recogía cuidadosamente, lo leía y después se lo entregaba á su vecino; éste repetía la misma operación, y

de tal modo los ejemplares iban pasando de mano en mano para volver á poder de su primitivo propietario después de leídos por todos los habitantes de la comarca. Pero la estratagema duró poco. El pope de una de esas aldeas, descubrió el enredo y lo denunció á la policía que, creyendo se trataba de una propaganda del *stundisme* intervino inmediatamente. Mas, ¡ oh sorpresa ! los libros estaban impresos en lengua *ukrainiana* (pequeña Rusia), y eran obras revolucionarias y socialistas. Cada una de las veintidós aldeas que componen el distrito, tenía su ejemplar, un ejemplar solo, único, pero que había sido leído por cientos y cientos de campesinos, y que había esparcido la buena semilla. Para castigar al pope delator, los labriegos tuvieron una idea peregrina. Acordaron disminuir la mitad del precio de todos los servicios espirituales de la iglesia. En otra aldea, en Saratof, existía uno de esos ejemplares clandestinos, escrito y publicado por los socialistas revolucionarios de San Petersburgo ; se titulaba « El 19 de febrero ». Los labriegos sabían que el libro era prohibido. Sin embargo, después de decretar severas penas para los delatores, decidieron que se leyese en todas las reuniones comunales que se celebrasen.

Pero, el más importante de mis recortes de San Petersburgo, es una carta muy breve, escrita por un tolstoiano que hizo un viaje de propaganda con objeto de oponerse al movimiento terrorista en los campos. He aquí esta carta : « Me es impo-

sible luchar más tiempo contra el terrorismo agrario. Este no es el resultado de un odio ciego y apasionado, ni es tampoco la consecuencia accidental de una injusticia flagrante, sino la lucha sistemática de una fuerza contra una fuerza ; ó mejor dicho, una lucha social que toma los caracteres más crueles. Tal vez te admires al oirme hablar de esta suerte, pero ¿ qué he de hacerle? Figúrate que los mujiks me hablan así : « Si toda Rusia pensara como pensamos los aldeanos, ya hace tiempo que seríamos los propietarios de la tierra : pero como, desgraciadamente, no es así, tenemos que ir poco á poco y enseñar á nuestros hermanos á proceder de la misma manera ».



En el tomo primero de su obra magistral sobre *El Imperio de los Zares*, Anatole Leroy Beaulieu nos explica el funcionamiento de la autoridad local en los distritos agrarios. Hasta 1874 la ejercían personas escogidas por la nobleza local. Su misión era velar por la buena administración agraria. Estos magistrados, que se llamaban árbitros ó mediadores de paz, tenían también la obligación de presidir las liquidaciones de los siervos y arreglar las diferencias entre éstos y sus antiguos señores. Pero estos árbitros de la paz no desempeñaron con éxito su doble misión, y con justicia ó sin ella, se les consideró responsables de los abusos que se cometieron en las aldeas y en las campiñas. Una ley suprimió esta autoridad

durante algunos lustros: pero Alejandro II la restableció en 1890, dándole otro nombre y otras facultades. Leroy Beaulieu dice: « La creación de los *nachalniki* — nombre ruso que se da á esas autoridades — es la única gran reforma del régimen actual. Más bien que reforma, pudiera llamarse contrarreforma, pues está inspirada en principios opuestos á los que presidieron todos los actos del anterior reinado. Los consejeros del zar liberador, los hombres que habían preconizado la emancipación, las reformas administrativas y las reformas judiciales, tenían como ideal el *self-gouvernement* local, ó, como se dice en lengua rusa, el *samooupralvenic*. Su objetivo, más ó menos consciente era acostumbrar á los pueblos, las ciudades y las provincias, á administrarse ellas mismas. Parecía que el lema de su bandera era « el pueblo libre con un zar omnipotente — autonomía abajo y autocracia arriba ». Los nuevos funcionarios rurales tienen que ser nobles. Este es un desquite de las clases privilegiadas que no han podido nunca perdonar á la reforma de 1861 su carácter antiaristocrático. También establece la ley de 1899 que los *nachalniki*, á pesar de tener carácter municipal, gozaran de un sueldo y estarán sujetos á la autoridad del gobierno. Sus nombramientos se hacen de un modo vejatorio y complicado. Son elegidos por el representante del poder central, el gobernador de la provincia, pero éste, antes de hacer la elección, debe ponerse de acuerdo con el jefe de la nobleza. El nombra-

miento, una vez hecho, se somete á la aprobación del ministro del interior. Cuando el jefe de la nobleza opone alguna objeción al candidato elegido por el gobernador, el ministro debe tenerla en cuenta para la resolución. De este modo la nobleza, representada por un mandatario, ha obtenido voto consultivo en la materia. Todas estas formalidades se comprenden cuando se ven las atribuciones enormes de que gozan los nuevos funcionarios. Judicialmente, tienen facultades de corte suprema ó de árbitro entre jueces rurales. En lo administrativo, son jefes de la policía y directores de la hacienda. En lo relativo á conflictos por la propiedad de las tierras, á ellos les toca resolverlos en última instancia. Sus decisiones no están sometidas al veto de las asambleas comunales sino, por el contrario, las asambleas deben contar con ellos antes de votar una decisión. En resumen, fuera de lo que es la propiedad de sus lotes de tierra, los mujiks de hoy están tan tiranizados por los *nachalnikis* como sus padres lo estaban, antes de 1861, por los señores todopoderosos. El mir, el famoso mir, el mir que, de lejos, parece una invención paradisíaca, no tiene en realidad todas las ventajas que algunos le atribuyen.

¡El mir! ¿Qué es el mir? ¿Qué significa el mir? ¿Cuál es el valor nacional del mir?

Los retóricos imperialistas nos contestan :

— Es una aplicación patriarcal de las teorías colectivas agrícolas.

Pero los que han estudiado con seriedad su funcionamiento, intervienen para deciros : « No creáis tal cosa. El mir moderno no representa de ningún modo la comunidad de bienes que practicaron los primitivos. Debe su existencia á la abolición de la servidumbre, y su resultado ha sido la agrupación de los labriegos en aglomeraciones ó comunas distintas, y á esas comunidades les fueron transferidas las tierras de los señores. Al mismo tiempo se instituyó la responsabilidad colectiva, pero ni la propiedad agrícola, ni la responsibilidad colectiva han dado nunca los buenos resultados que se esperaban. Las tierras, en efecto, se distribuyen por una asamblea general de jefe de familia, y la responsabilidad del pago de los tributos, así como de los trabajos comunales, es colectiva. ¿A dónde han llevado esos principios á los labriegos? Jamás el interés del mir tuvo por móvil la actividad de sus miembros, y hasta aquellos deberes impuestos por la ley, como la asistencia á los ancianos, á los inútiles y á los enfermos, fueron rara vez cumplidos por el mir. Cada cual se confía á su propia suerte, y el mir, en la práctica, no viene en auxilio de nadie. Deja perecer á los desgraciados y á los inútiles, y el reparto de las tierras, en sí, no ha tenido más consecuencia que colocar á los campesinos en condiciones peores que la servidumbre, para la vida. Nadie sabe si la tierra que labora este año le co-

rresponderá cultivarla el año siguiente ; de ahí que la mejore ; la explota, la usa y la deprecia. Además, las parcelas son tan pequeñas, que es imposible laborarlas con artefactos pujantes. Un mismo campesino tiene varias parcelas, pero tan exiguas y distantes unas de otras, que no puede labrarlas. »

Estas palabras, que extracto de *La Revolución Rusa*, son la expresión exacta de la realidad. Entre el mir patriarcal de los mirajes administrativos y y el mir verdadero, no hay ninguna semejanza. Aquél es un ideal de solidaridad. Este, por el contrario, es un campo de odios, de rencores, de rivalidades, de explotaciones, de desconfianzas. Porque eso de la dulce existencia de los labriegos moscovitas es deliciosamente patrañesco. Los campesinos rusos de verdad, no son los de Turguenieff. Son los de Ullar; son los sórdidos, los miserables, los rudos esclavos de la tierra ingrata. Quitadles los trajes vistosos con que vuestra imaginación los adorna ; afeitadles sus bellas barbas de pastores bíblicos; apagad la luz de dulce melancolía que arde en sus claras pupilas, y contempladlos. Sin su prestigio romántico, aparecen como lo que son en efecto : como pobres seres á quienes la lucha constante contra el hambre les ha llenado el alma de instintos viles. Todos desean poseer algún dinero para ejercer el oficio de usureros y explotar á los vecinos. También desean que los amigos se arruinen y emigren, con objeto de que sus tierras, repartidas entre los que que-

dan, agranden sus lotes. En lo único que ejercen sus facultades intelectuales, es en buscar expedientes para pagar menos impuestos de los que les corresponden. Cuando hablan, es para mentir. Lo único que más adoran, es el aguardiente.

Pero si sus almas no merecen ningún respeto, en cambio la miseria en que viven es digna de gran piedad. « Sus cabañas ó islas — dice Ullar — se componen de una sola pieza, con un fogón que ocupa casi la cuarta parte de ella, y un banco de madera que rodea todo el muro y sobre el cual duermen. Su capacidad media es de treinta y cinco metros cúbicos y la habitan por lo general de seis á ochos personas. ¡ Cinco metros cúbicos por persona, cuando la higiene recomienda veinticinco! Varias familias juntas, suelen habitar esas covachas en inmunda promiscuidad con toda clase de animales. El suelo es de tierra; la suciedad espantosa ; la atmósfera irrespirable. Por todo mobiliario, una tosca mesa de madera. En las paredes, enormes clavos de los que cuelgan, entre las pieles pútridas de los animales, ristras de cebollas, ajos, etc. Los bancos se reservan para que duerman los ancianos, y el resto de la familia, en espantosa confusión, se acuesta en el suelo. Felizmente, la costumbre establece que todo el que nace sea atribuído á su padre legal!... ¿ Comer? El pan de centeno, según ellos, es el mejor, porque siendo más pesado se « siente más en el vientre », y completan su alimentación las coles y las patatas siempre condimentadas con grasa de car-

nero. La carne es un enigma, un mito; no se conoce. La mortalidad infantil pasa del cincuenta por ciento.

Beben agua, kvas, ó te; éste último es considerado entre los mujiks como signo de riqueza. En cuanto al aguardiente, no lo consumen regularmente, pero en las fiesta religiosas se absorbe por litros, de manera que, invariablemente, la costumbre viene á romper el equilibrio del presupuesto... » Esta es la verdad, y esta verdad sucia, sombría, siniestra, no tiene, por desgracia, ninguna semejanza con la otra verdad antigua y literaria, la romántica verdad de los poetas, que nos hace ver un mujik suave, soñador, resignado, noble y digno. Lo de la resignación, sobre todo, es quimera. ¿Resignados esos campesinos que se mueren de hambre? ¿ Resignados esos millones de familias que ven en el mir una burla y en la repartición teórica de las tierras un escarnio? No; no está resignado el mujik. Las historias de ayer y de anteayer nos hacen prever lo que pasará mañana.

LA PRENSA

Simultáneamente dos noticias circulan de boca en boca por las redacciones. La primera es la supresión de la censura. La segunda es la supresión del *Nacha Djizn* y la orden dada á los periódicos de no publicar ni una sola palabra sobre las huelgas obreras. En otro país cualquiera, dos novedades tan contradictorias no podrían existir juntas. Aquí, por el contrario, la una tiene necesidad de la otra. La supresión de la tiranía que pesa sobre la prensa sería, á los ojos del gobierno, muy peligrosa si no fuese entibiada por una medida de rigor; y en cambio, la orden de callar, dada á los diarios liberales, necesita en la mente de la autoridad algo que la tempere. Todo el sistema ruso está compendiado en este caso. Se ve en él un deseo de ser duro y de no serlo mucho; de hacer reformas, pero no completas; de dar gusto á los que piden sin descontentar á los que no piden nada.

En el fondo ¿qué significación puede tener el decreto que suprime la censura?

Ninguno.

Lo único que cambia es la palabra. Lo único

que se suprime es el título. De hoy más, en vez de llamarse « censores » los funcionarios encargados de hacer callar, se llamarán « inspectores del servicio de la prensa ». Y los periodistas que se atreven á decir lo que piensan continuarán como antes, haciendo viajes á Siberia; y el público seguirá ignorando la mitad de lo que pasa; y la prensa extranjera no podrá penetrar ni más ni menos que antaño. ¿No es acaso, hoy el día en que se ha inaugurado el nuevo régimen, el régimen de reforma, el régimen de libertad? Veamos, pues, los periódicos. He aquí el más atrevido de todos, *La Rusia.* ¿Qué dice de esos pobres obreros que en Polonia se mueren de hambre, como rebaños malditos?... ¿Qué de la dureza con la cual se trata á Máximo Gorki en la fortaleza de los santos Pedro y Pablo?... ¿Qué de la unanimidad de la prensa extranjera al asegurar que el asesino del gran duque Sergio es casi un justiciero?... Nada, nada, nada. De ayer á hoy no va la menor diferencia.

El nuevo director de *La Rusia* se acuerda, sin duda, de que su predecesor, el ilustre Anfiteatrov, fué enviado á Siberia sólo porque publicó en folletín una novela en que se atacaba el principio de la monarquía absoluta.

El gobierno dice:

— Os doy la más absoluta libertad para no hablar de nada que pueda desagradarme.

Y los pobres *chroniqueurs* no tienen ni siquiera el consuelo de recurrir á aquel método tan socorrido durante el imperio francés, que consistía

en hablar de un modo simbólico de la actualidad. En los cuentos y en los poemas, los más lerdos funcionarios moscovitas buscan, á través de máscaras de ficción, los rostros verídicos. Un emperador de la China, que aparezca en una novela, les parece siempre un zar disfrazado. Las noticias mismas, las simples noticias callejeras, pueden ser peligrosas, como nos lo prueba la anécdota siguiente que refería hace poco *El Eco de París*: «En cierta ocasión el director de un periódico muy acreditado por la exactitud de sus informaciones locales recibió sin motivo justificado una primera advertencia. Admiración consiguiente del periodista que por abstenerse siempre de toda cuestión política se creía al abrigo de tales sorpresas. Con gran discreción trató de enterarse del porqué de la inesperada advertencia, y cuál no sería su estupefacción al saber que la causa de semejante medida era una noticia en la que se daba cuenta de que el conductor de una troika, en su marcha vertiginosa, había chocado contra un coche de plaza, haciéndolo volcar.

La troika en cuestión pertenecía á M. I..., personaje importante de la corte del emperador, cuya salida misteriosa era un secreto de estado. «Desde entonces, dice *El Eco de París*, el pobre director ruso vacila antes de comunicar á sus lectores la noticia de que en una calle apartada de la capital se ha encontrado un perro muerto.» Este caso siniestro y ridículo no es un caso aislado. La historia de la censura aparece fecunda en sor-

presas. Basta con leer las páginas que le ha consagrado la señora Stranik, para reir dolorosamente. Veamos rápidamente algunas de ellas: En 1874 se prohibió la venta de la *Gaceta de Petersburgo* «por haber publicado una noticia inexacta». Más tarde, en 1887 el *Golos* fué suspendido por la publicación de un artículo titulado: «La escuela municipal, sistema de desconfianza» y el *Mundo Ruso* sufrió la misma pena por publicar sin ser cierta lo noticia de la llegada de los turcos á Eupatoria. En 1876, algunos periódicos sufrieron toda clase de persecuciones por su actitud contra los proyectos gubernamentales con motivo de los tumultos en Georgia.

Los periódicos más reaccionarios y ortodoxos se ven un día ú otro considerados como peligrosos por haberse permitido apreciaciones ó juicios contrarios á ciertas medidas del gobierno, ó por «demostrar sus simpatías á tal ó cual personaje de la oposición». Y hasta hemos visto á la revista *Snvremeunik* severamente castigada por manifestar «una opinión irreverente sobre la iglesia». La censura es, sobre todo, muy susceptible en todo lo que concierne á la religión y al orden político, á la vida privada de los mandatarios y á los misterios policiales. Prohibe el libre examen de los dogmas ortodoxos, y no admite de ningún modo la discusión de las peligrosas teorías del socialismo y del comunismo, del anarquismo y del nihilismo. ¡Y, oh colmo! *Los archivos de la medicina judicial* fueron condenados,

poco hace, según lo asegura la Sra. Stranik, á causa de un artículo que se titulaba «La higiene de los obreros».

Tal como hoy existe, la organización de la censura rusa data de Alejandro III. En tiempo de Nicolás I, todo *journal brochure*, libro nacional ó extranjero, antiguo ó moderno, está sometido al examen preventivo. Un comité superior se encarga de «censurar á los censores», y se ha acabado por establecer «censuras especiales». No solamente existía ya la censura «eclesiástica» y la censura «militar», sino que se ha instituído en cada ramo de la administración una censura por la que pasa todo escrito que á él se refiere. Hasta los mismos trabajos científicos no logran el «imprímase» sino después que han sido revisados por un comité de académicos y profesores. «Tales precauciones reducen el ya estrecho círculo en qne pueden moverse los periodistas rusos, dice alguien, pero esto también da por resultado que sus plumas, afinándose más cada día, estimulen le perspicacia del lector que, alentado por el obstáculo, le permite comprender «medias palabras». Así ha llegado á florecer en Rusia ese arte maravilloso de hacerse comprender de todo el mundo menos de la censura.

«Dificultades tales—dice el historiógrafo—condujeron á los hombres de letras rusos á reunirse para publicar colectivamente sus obras en perió-

dicas ediciones, bajo el modesto título de « Almanaques ».

En aquellos venerables almanaques se leyeron por primera vez las obras de Karamzine, Pouchkine, de Lermontof, de Polejaief, de Pogodine, y aquel éxito inspiró á algunos escritores la idea de publicar revistas mensuales *El Moscovita* (*Moskvitianine*), *Los Anales Patrióticos* ; Dostoievski y Herzen publicaron la *Biblioteca de Lectura.* El eslavofilismo, con Khomiakof y los hermanos Aksakof; *Los Anales*, por el contrario, representaban las ideas occidentales y era el órgano de los « Zapadniskis ». De todas aquellas publicaciones, pocas deben subsistir. En Rusia, los periódicos mueren con una lamentable frecuencia. La censura caprichosa, fantaseadora, sorprendente, los diezma á su antojo. Y ni hay prudencia que sea égida segura, ni hay influencia que sirva de amable baluarte. Publicaciones oficiales hay que no escapan á la cólera de los inquisidores.

La única regla segura para no incurrir en la cólera del gobierno del zar, la dió hace más de un año *La Nación*, publicando los mandamientos del periodista ruso, escritos por Niet, y que rezan, si no me equivoco : « Con tal que el periódico no hable del emperador más que como de un ser mítico ; que sólo refiera sus actos oficiales ; que no nombre jamás á sus altezas imperiales los grandes duques, sino para ensalzar sus talentos :

que no aluda á los ministros ni á los empleados de sus empleados más que para enaltecer su celo; que no cite el nombre del gran dispensador de los fondos imperiales más que para presentarlo como un modelo de administradores probos; y, sobre todo, con tal que no sepa una palabra de los escándalos ni de las catástrofes financieras, ni vea tampoco entrar á los grandes personajes en las casas de baños, el periodista tiene derecho á decir cuanto le venga en gana. ¡Amén!»

Cuando se leen estos mandamientos irónicos y verídicos, se comprende la alegría que causa hoy la supresión de la censura. Pero ¡ay! ¡cómo no pensar también en que no es esta la primera vez que se canta en vano el aleluya de la libertad!

Una ley promulgada el 6 de abril de 1865 provocó entre los intelectuales de la época tanto entusiasmo como el ucase de ayer. ¡Se acabó la tiranía! — clamaban los pobres escritores. — ¡Se acabó la esclavitud del pensamiento! ¡Se acabaron los temblores perpetuos y las perpetuas humillaciones! Un ucase, en efecto, imitación del célebre decreto de Napoleón III, suprimía las «vejaciones» y sólo establecía una «lectura previa», con la cual todos los directores se creían en seguridad. Pero, aquello fué un fuego fatuo. Al cabo de un mes de régimen de relativa libertad, la mitad de los periodistas fueron desterrados por la policía que quiso así darles una lec-

ción sobre la manera de interpretar las leyes.

Hoy, ó mucho me equivoco, ó pasará lo mismo. ¡Esperemos! El martirologio no ha terminado aún. Todavía quedan muchas páginas blancas. ¡Y hay tanta necesidad de pobladores en Siberia!

EL PARTIDO SOCIALISTA RUSO

Todo el mundo en San Petersburgo me había dicho:

— Si quiere usted estudiar á fondo la organización de los partidos socialistas rusos, visite usted á Rubanovich.

Así, á mi regreso á París lo primero que hice fué solicitar una entrevista del célebre revolucionario. Decir que me ha recibido con la más exquisita amabilidad, me parece que huelga. Desde hace tiempo el tipo de revolucionarios feroces, malhumorados ó huraños, ha cedido la plaza á muy corteses caballeros. Rubavonich, además, es un artista, un literato, un *homme du monde*. Los maestros de la literatura francesa lo estiman fraternalmente.

— ¿Quiere usted enterarse? — me dijo, acariciando su collar de barba negra. — ¿Está usted dispuesto á leer tanta arídez, á oir tanta fecha, á copiar tanta proclama?... Pues entonces, empecemos. En primer término, aquí tiene usted el texto del llamamiento que, en mi calidad de representante de la unión de los partidos socialistas, acabo de lanzar: « El movimiento obrero iniciado en San Pstersburgo se extiende hoy por todo el terri-

torio del imperio ruso, y el número de víctimas de las matanzas del zarismo es cada día más grande. Los comités de los partidos socialistas, que se mueven en Rusia, están agobiados por las demandas de socorros inmediatos. Esos partidos, que estuvieron representados en el congreso internacional de Amsterdam, y que tienen sus delegados en el *bureau* socialista internacional, se han puesto de acuerdo para crear en París un comité común, con objeto de distribuir los fondos destinados al socorro de las víctimas del zarismo ruso.

Este comité hace un llamamiento urgente á todos los grupos, comités, periódicos, etc., encareciéndoles que les envíen los fondos recaudados ó los que puedan recaudar. » Este documento lo firmo yo en nombre de los delegados oficiales del partido obrero social-demócrata, del socialista-revolucionario, del « Brund » ó unión obrera judía, del partido socialista polaco y del partido social-demócrata letton. Su tono le habrá hecho comprender á usted que no somos ni nihilistas, ni anarquistas, sino simples y buenos socialistas, ni más ni menos que algunos ministros franceses. Nuestro programa oficial no deja, en este punto, duda ninguna. Claro que antes de luchar como los ingleses, como los italianos y como todos los obreros de países libres, los rusos necesitamos un cambio de régimen. Queremos el sufragio universal y queremos la reforma del sistema oficinesco.

Un silencio. Por los labios de Rubanovich vagaba una sonrisa de amarga ironía.

— ¡ Ese sistema ! — murmuró.

Luego :

— ¡ Ese monstruoso mecanismo !...

En seguida :

— ¡ Esa relojería criminal !...

Y entre cada frase, un espacio.

Al fin, como si todas las ideas hubieran fermentado en su cerebro, continuó :

— Ese sistema es el que dictó las malas condiciones de la libertad de los siervos ; el que engendró la explotación económica en el mismo de las fuerzas productivas del país agrícola. Hoy los obreros del campo se ven obligados á recurrir á ocupaciones auxiliares para poder obtener un salario apenas equivalente al mezquino jornal que gana el proletariado turco. Esto reduce y arruina el mercado interior de nuestra industria, ya quebrantado por la insuficiencia de mercados exteriores. El exceso de población y lo que puede llamarse el « ejército de reserva del trabajo », en ese régimen capitalista, van rebajando progresivamente el nivel ya muy bajo de la vida de las pequeñas ciudades.

Nuestro movimiento obrero se ve obligado á evolucionar en las condiciones impuestas por un régimen autocrático que tiene por base la tutela policíaca cuya única misión es la de anegar toda iniciativa individual ó colectiva.

Nuestros grandes comerciantes, lo mismo que

los grandes industriales, son los más reaccionarios del mundo, y cada día sienten mejor la necesidad de la protección del absolutismo contra el proletariado. Los « señores », los grandes propietarios, los usureros, también reclaman esa protección. Y el interés de su propia conservación y de la lucha por la existencia, obliga á la autocracia á oprimir con más fuerza á las nacionalidades conquistadas por la Rusia zarista. Esto paraliza toda aspiración hacia una vida de progreso y de libertad. Propagando el antagonismo de razas y religiones, se obscurece la conciencia en las masas obreras.

Rubanovich buscó entre los papeles que cubrían su mesa una hoja manuscrita y me la entregó diciéndome:

— Aquí tiene V. el programa socialista ruso. Publíquelo V. para que se vea que no hay en él monstruosidades, ni horrores, como tratan de hacerlo creer los funcionarios zaristas.

El texto completo es demasiado largo, por lo cual me contentaré con hacer un ligero análisis de sus bases esenciales.

En la cuestión legislativa obrera el partido socialista revolucionario ruso propone como base la salvaguardia de las fuerzas físicas y morales del obrero y el aumento de sus facultades para la lucha emancipadora del presente y del porvenir, á cuyo interés deban quedar subordinados todos los demás intereses de las diferentes categorías de de la clase obrera. El partido sostendrá : 1.° La

reducción mayor posible de las horas de trabajo. 2.º El establecimiento legal del máximum de duración del trabajo, de acuerdo con las exigencias de la ciencia higiénica: 8 horas en la mayoría de las industrias y menos, proporcionalmente, en aquellas que son perniciosas á la salud. 3.º Fijación del mínimum del salario según convenio entre la administración local autónoma y los sindicatos profesionales de obreros. 4.º Seguros obreros bajo todas sus formas, contra los accidentes, el paro, las enfermedades, la vejez, etc., por cuenta del estado y de los patrones.

En las cuestiones de política agraria y de condiciones rurales, el partido socialista revolucionario se propone, como fin, sostener las ideas, las tradiciones y la forma de vida del labriego ruso, basadas en la posesión común del suelo y en el trabajo directo del agricultor en general; es decir, que defenderá esa concepción que considera la tierra como patrimonio común de todos los que la trabajan.

En política económica, los socialistas revolucionarios quieren el impuesto progresivo sobre la renta y las herencias, con la supresión completa de impuestos sobre los pequeños capitales. La supresión de impuestos indirectos (salvo los que afecten á los objetos de lujo), y tarifas de protección para todos los impuestos sobre el trabajo.

En lo referente á la gestión municipal y regional, el partido preconiza el desarrollo de todos los servicios públicos — asistencia médica gratuita,

organización de servicios agronómicos locales, comunalidad en los servicios de aguas, de alumbrado, de caminos, etc.: — y reconocimiento de más amplios derechos á los municipios para la fijación de impuestos sobre las propiedades inmobiliarias y expropiaciones obligatorias cuando éstas son en interés del proletariado falto de viviendas sanas y cómodas. Políticas municipal regional y gubernamental protectora del desarrollo de las sociedades cooperativas bajo una base puramente democrática.



Una cosa me ha extrañado desde que conozco Rusia y es que á pesar de la policía, á pesar de las aduanas, los folletos revolucionarios circulan con verdadera profusión.

— Esta consiste en nuestro modo de organizarnos — díjome Rubanovich. La obra de propaganda corresponde á nuestros comités locales. Los más importantes son los de San Petersburgo. Moscú, Odesa, Kief, Saratof, Karkov, Ekatérinoslav, Kerson, Voronéje, Jitomir — comité de Volynie — Briansk, Smolensk, Pensa, Tambow, Poltawa y Mijni-Novgorod. En general el centro de gravedad de toda la acción del partido, se encuentra justamente en el trabajo de esos comités locales obrando cada uno por sí y según el espíritu del programa. Donde no existen comités, las personas que simpatizan con nuestra ideas forman un grupo. A medida que la acción de esos grupos

se ensancha, van entrando en relaciones con el partido por la mediación de nuestro comité central y entonces obran ya con el nombre de « grupos de organización ó de comités del partido socialista revolucionario ». En este momento esos grupos existen en Belostok, Bakú, Nicolaiev, Kichinef, Eitz, Azov, Oriol, Vassilsursk, Alexandrov, Sebastopol, Nijni-Novgorod, Tula, Tiflis, Vistebsk, Berditehev, Astrakán Tchernigof, Vilna, Tomsk Gomel, Kazan, Kuask, Twer, Gamara, Minsk, y Dwinsky. Las organizaciones locales del partido, crean pequeños centros que sistemáticamente trabajan con los obreros, entre los que se encuentran algunos excelentes propagandistas: además esos centros organizan reuniones obreras, publican las obras necesarias para la agitación permanente, reparten los periódicos del partido y dirigen la lucha diaria, de huelgas, manifestaciones, etc. En torno de esas agrupaciones, viven las organizaciones obreras popiamente dichas, compuestas de obreros propagandistas que obran de perfecto acuerdo con los comités del partido. Nuestro partido considera á la poblacion campesina como una parte integrante de la clase obrera y entre ella, que es mitad propietaria, mitad proletaria, propagamos las ideas del socialismo revolucionario. Esta propaganda tiene por objeto reclutar en las aldeas adeptos á la idea socialista, entre los hombres más avanzados, para que después vengan á ser los jefes de los grandes movimientos revolucionarios rurales, los que han de preparar

la mentalidad de los campesinos para la lucha conquistadora de sus libertades políticas y de la realización de nuestro programa agrario que consiste en la expropiación de los terrenos que pertenecen á los particulares, en beneficio de todos los trabajadores que por sí mismos los explotan.

Poco á poco Rubanovich iba animándose. Sin gestos, sin ademanes, casi inmóvil, hablábame del régimen ruso; y en sus ojos brillantes se encendían chispas de odio: y sus labios crispábanse. Su voz vibraba de emoción, diciéndome:

— La teocracia bizantina, la barbarie tártara, la ortodoxia moscovita, el absolutismo del « rey-sol », el « caporalismo » prusiano, todas las grandes opresiones históricas se combinan y se mezclan en Rusia en una especie de conglomerado informe y terrible, que como pesada losa aplasta todas las fuerzas vivas de la nación, y que pesa sobre la vida, el pensamiento, la acción de 143 millones de seres humanos. Arriba, la omnipotencia de los ministros reemplazando al supuesto autócrata; abajo, y en toda la escala burocrática, el latrocinio, la prevaricación, la concusión y la tiranía; en el campo, la arbitraria justicia patrimonial que ejercen los nobles, los jueces y los administradores, al mismo tiempo; en las ciudades, el sable de los policías y el látigo de los cosacos aplicado á los manifestantes pacíficos; en las universidades, las cátedras vacantes y los más sabios maestros ex-

pulsados ó desterrados : en las escuelas, el capricho del cura delator ; y, por último, en todas partes, una censura que amordaza las lenguas, acompañada de una vigilancia policíaca que no da entrada en las bibliotecas á los Adam Smith, los Quetelet, y ¡oh ironía de Pobedonostzeff! ni al pietista Agazis... Esa es la verdadera situación actual de Rusia, situación intolerable, de la que el país, cada vez más penetrado de ideas socialistas, quiere salir por un gran movimiento revolucionario... Porque no hay que equivocarse sobre el sentido de esa evolución : no se trata de establecer el liberalismo burgués de Occidente : nuestros liberales no saben más que gemir y dirigirse humildemente al zar, lo que demuestra que son tan impotentes como sus hermanos los occidentales, con los que forman una familia vergonzosa. ¡El reinado de la burguesía liberal ha terminado!...

Una pausa. Luego un rápido : « ¡Ya usted ve! » que parecía poner fin á mi visita. Y cuando me despedía, de pie en la puerta de su despacho, aun me dijo, vibrando de dolorosa indignación, lo desigual de la lucha, lo cruel de las represalias :

— Hace dos años quisimos celebrar el 1.° de mayo. El partido publicó una proclama famosa... usted debe conocerla... verá usted... dice así : « Obreros de las fábricas, de la pluma, de las minas ; trabajadores del campo y de la ciudad :

hoy es vuestro día, ¡vuestra fiesta!... Es la fiesta de todos los que ganan el pan cotidiano con el sudor de su frente. Vosotros, todos los que producís, con vuestros músculos, vuestros cerebros y vuestra sangre, ese conjunto de inmensas riquezas materiales y morales que se llama civilización, y de la que no gozan hoy más que un puñado de ociosos, reuníos en una sola y única familia en este día de fiesta universal del trabajo, y celebrad la próxima emancipación de las clases proletarias! » Y para mejor precisar el sentido de este llamamiento, el órgano del partido recordó las nobles palabras de Liebknecht recomendando la tranquilidad y asegurando que en cada país el proletariado debía conducirse conforme á las costumbres.

En muchas ciudades los obreros se abstuvieron, pero en Vilna se organizó una grandísima manifestación. Las calles y las plazas estaban ocupadas por tropas de cosacos, armados de sus nagaikas. Los socialistas de Vilna sabían que se habían dado órdenes severas para dispersar, *manu militari*, cualquier reunión numerosa y hasta los grupos más pacíficos. Pero una disciplina voluntaria habló alto en la conciencia do todos aquellos hombres convencidos que se lanzaron en masa á la calle, con su bandera al frente, bandera en la que, en letras de oro, se leía la hermosa divisa que legó al proletariado universal el inmortal judío Karl Marx: « ¡Fiesta del 1.º de mayo! ¡Proletarios del mundo entero, unidos! »

El acto resultó sublime: fué el triunfo de ese heroísmo frío que da vigor y fuerza á los partidos. Pues bien: ¿sabéis lo que hizo el gobierno con aquellos héroes? Tan luego como estuvieron todos los manifestantes en la calle, no les dejó pasear mucho tiempo la bandera: rodeados en un abrir y cerrar de ojos por la policía, los cosacos lanzáronse contra los obreros; la bandera desapareció y media hora después entraban todos en la cárcel, en un estado deplorable. Allí los esperaba el gobernador, general Vahl, rodeado de todo su estado mayor, y acompañado del prefecto de policía y de un médico.

Los prisioneros fueron conducidos uno á uno ante aquellos hombres; se les desnudaba; después se les acostaba boca abajo sobre el suelo; un cosaco le sostenía la cabeza, otro le sujetaba los pies; luego el médico examinaba á la víctima y le recetaba los golpes de nagaika que otro cosaco debía aplicar y que el gobernador Vahl contaba en alta voz. Cuando la ejecución había terminado, el general daba á cada paciente una tarjeta en la que se leían estas palabras: « Nuestras felicitaciones por la fiesta del 1.º de mayo. »

Y el célebre socialista, con los labios crispados, terminó:

— ¡ Eh !... ¿qué le parece á V ?... ¡ Muy genial, eh! ¡Muy genial !...

LA ELOCUENCIA DE LOS NÚMEROS

— ¿Y la cuestión financiera?... ¿Y los empréstitos?... ¿Y la deuda?... ¿Y el presupuesto, ese famoso presupuesto que espanta y hace reir á un tiempo mismo?... Los que estudian las causas de la revolución rusa no pueden descuidar el análisis de todo esto que entraña uno de los más arduos problemas del porvenir.

Así me habla Nicolás Tonovit, economista distinguido que paga con el destierro el atrevimiento de haber publicado columnas de cifras.

— ¡Las cifras! — continúa. — ¿Cree usted que hay algo tan elocuente como ellas? A las razones se pueden oponer razones contrarias. A las cifras nada se les puede oponer. Una suma es un hecho. ¿Que os espanta? ¿Que os hace temblar? ¿Que os indica que vais hacia el abismo? Pues no hay más que un medio de modificarlo, y es suprimir cifras, suprimir números. Así, en mi patria los que nos consagramos á estudios de estadística financiera, estamos considerados como personas peligrosas. El ministro de Witte, que en los asuntos políticos es menos feroz que sus colegas, se

vuelve un tigre exasperado en cuanto le tocan la hacienda, ¡ su hacienda !

Tonovit se detiene. Me contempla sonriendo. Luego exclama :

— ¡ Pero que diablo estoy diciéndole á usted que probablemente no ha leído jamás un manual de economía política ! Estas cosas sólo á nosotros nos interesan en su mecanismo. En cuanto al pueblo, lo único que ve, es el resultado. Quiere que le manejen bien sus fondos. ¿ Cómo ? Eso no lo sabe... no, ni lo sabe ni le importa... ¿ Verdad que á usted todo lo que es números le interesa menos que nada ?...

Yo trato de protestar. Pero mi amigo apenas me lo permite. Convencido de que no sé lo que es una estadística, me llama « poeta » dos ó tres veces, y en seguida continúa:

— Yo mismo que me he hecho una « pequeña especialidad » de asuntos financieros, no soporto con gusto, ó mejor dicho, con paciencia, lo árido de mis estudios, sino porque gracias á ellos llego á las ideas generales. Ahora justamente estoy compilando notas y documentos para una conferencia en la cual me propongo probar que los rusos son los que más impuestos pagan á pesar de lo que dice el gobierno, y á pesar de la creencia general de que la Francia es en este punto el país de Europa menos afortunado. ¡ Francia ! Es ridículo que queramos compararnos con ella. La renta nacional de Francia puede calcularse actualmente de 35 á 40 mil millones de francos, pero el pre-

supuesto de la tercera República, aunque tan formidable, no consume más que el 10 0/0 de la renta, que fué de 3.572 millones en 1904. En cambio la renta nacional del imperio ruso no pasaba en 1890 de 12.000 millones y hoy no debe ser superior á 16.000 millones. Además, como en el presupuesto ruso se fijan los ingresos, para 1904 en 5.793 millones de francos, los gastos del estado absolutista absorben más del 36 0/0 de las rentas nacionales. Vea usted... Vea usted...

Sacando del bolsillo una cartera enorme, mi amigo principia á poner ante mis ojos muchos papeles llenos de cifras. Los hay manuscritos en letras para mí herméticas, en letras rusas. Los hay impresos, recortados de periódicos, de revistas, de libros. Los hay, en fin, casi blancos, con sólo algunos números.

— Son las notas para mi conferencia... Nada muy nuevo, ni muy raro... Puros extractos de obras recientes... La originalidad en nuestro campo es cosa desconocida. Todo es de todos. Lo que yo digo, lo dirán otros mañana y lo dijeron ya muchos ayer. Las consideraciones mismas, son siempre iguales — y esto prueba que hay algo de exacto desde el punto de vista sociológico en nuestra especialidad. — Wychnegradsky, que fué el que creó la política financiera rusa actual, trató no de servir los intereses del país, sino los del imperio, cosas diferentes y aun opuestas. Como dice muy bien Ular, cuyas notas me sirven de pauta en mi estudio actual, los intereses del país,

en sus manos, pasaban después del prestigio del zar y así, los presupuestos de instrucción pública, comunicaciones y agricultura, sufrían una diminución enorme, aunque á los ojos del capitalismo internacional se hicieran brillar maravillosos excedentes. En tiempo de Witte esta situación continuó siendo la misma. Y si el aumento en los gastos fué considerable, debiose sin duda á que una gran parte del aumento de los ingresos se dedicó á alimentar la industria de « serre » que él creó, y los prestamistas franceses tapaban benévolamente los huecos de los « presupuestos extraordinarios », sirviendo así los intereses de la oligarquía militar. Se ocurre preguntar cómo pudieron obtenerse esos ingresos cada día más milagrosos. ¡ Nada tan natural ! En un país civilizado, administrado por hacendistas y no por autócratas ó burócratas, se pensaría, ante todo, en desarrollar la intensidad de la vida económica y de las fuentes de consumo, para obtener por medio de un cambio racional, un tributo equitativo. Tal vez Witte pensara proceder así, pero le fué completamente imposible, puesto que la mayoría del pueblo (el 90 0/0) es agrícola. Para aumentar la fuerza de absorción, hubiera sido indispensable mejorar su situación económica, lo que no era posible sino implantando grandes reformas, que además de ser costosas afectaban al régimen político, á la autocracia zarista. Witte, empezó, pues su obra por el fin. En vez de cumplir metódicamente las tres grandes etapas necesarias para

llegar á ese desarrollo de una Rusia rica y dichosa, procedió á la inversa, creando primero los impuestos y dejando para después la creación de las fuentes de riqueza. Porque eso de la supresión de impuestos de que tanto se vanagloria Witte, es una purísima fantasía. ¿ Cuáles ha suprimido? Tres, á saber : la capitación de los labradores (34 millones de rublos), una parte de las anualidades de la liberación de las tierras pagadas por los labradores al gobierno desde la abolición de los siervos (12 millones) y el impuesto sobre los pasaportes (4 millones). Pero como esto le dejaba un hueco siniestro de cerca de ochenta millones, ha creado, para llenarlo, otros impuestos sobre los bienes inmuebles y sobre las patentes, que producen más de cien millones. Total: veinte millones ganados. Y así son todas las operaciones de mi gobierno. Se trata de sacar dinero para que su majestad pague sus tropas, sus funcionarios y su nobleza. Todo debe producir : los monopolios, los servicios públicos, hasta las tierras. El estado ruso es agricultor. Las florestas le producen 75 millones al año, y según aseguran con orgullo los perceptores, « cada día, darán más. » ¡ Claro ! Darán más porque se exigirá que los campesinos paguen más cara la explotación. Ular dice : « El gobierno exige arbitrariamente precios cada vez más elevados por las maderas de los bosques que vende. El procedimiento es sencillo si se piensa que el arrendamiento de tierras y la compra de maderas son de una necesidad absoluta

para los labradores. Este sistema es una especie de monopolio de las tierras y maderas que el estado explota. Es una especie de impuesto indirecto, disfrazado ; así, de los 75 millones de aumento de las rentas, casi la mitad está representada por esa imposición. » Luego agrega que lo mismo pasa con las industrias del estado y los monopolios, que han tenido un aumento de ingresos de 60 millones, repartidos por mitad entre los correos y telégrafos y los alcoholes. Ahora bien, en los primeros no hay posibilidad de « apretar más los tornillos », pues las tarifas postales son tan exorbitantes en Rusia, que ejercen un efecto prohibitivo para los pobres y constituyen un verdadero impuesto sobre las demás clases. Los incomprensibles excedentes de estas explotaciones de correos y telégrafos, tal como pueden apreciarse en un presupuesto sumamente embrollado, se elevan á 30 millones sobre una recaudación bruta de 45 millones, lo que es igual, á un beneficio de más de 60 0/0, ¡ las dos terceras partes de los ingresos !

¿ No se demuestra así que este servicio civilizador en las demás naciones no es en Rusia sino una máquina de sacar dinero al público ? Es, como si dijéramos, un impuesto sobre el comercio intelectual. En cuanto al monopolio de los alcoholes, convertido en instrumento fiscal de una inmoralidad irritante, sus resultados no los debe al gran consumo sino al aumento enorme del precio y á la presión gubernamental en favor de

la « alcoholización de las masas ». El labriego gasta, por lo menos, el 7 0/0 de sus ingresos en bebidas y de ese 7 0/0 el 6 1/3 constituye el beneficio del estado, puesto que el valor de la mercancía se reduce á 2/3 0/0.

Aquí, como en las comunicaciones el impuesto es tan formidable como inmoral. En cuanto á los caminos de hierro, tercera fuente de ingresos, la situación es algo diferente aunque también tienen su parte de impuesto disfrazado con la forma de « intereses por pago de obligaciones contraídas en los enormes empréstitos para la compra de ciertas líneas á las compañías y para la construcción de otras. » El presupuesto de los caminos de hierro disminuyó en 50 millones, por la nacionalización y la supresión de los depósitos de garantía, pero las deudas exteriores han venido á gravar estos servicios. Sin embargo, el aumento de ingresos se elevó hace años á 170 millones, lo que denota un desarrollo en los cambios.

Desgraciadamente tanta belleza desapareció desde 1900. Los ingresos bajan cada día más, hasta el punto que los beneficios se han trocado en déficit formidable. La enorme cifra de 240 millones á que llegaron los déficit en 1903, ha alcanzado la cifra de 700 millones después de la guerra. Las declaraciones oficiales creen que esa situación ha sido motivada por la construcción de nuevas líneas férreas absolutamente improductivas. Sea lo que quiera, lo cierto es que la importancia de este fenómeno que salta á la vista de

todos, representa un retroceso en la vida económica de la nación. El estado sostiene artificialmente la vasta industria ferroviaria, completamente inútil, á consecuencia del empobrecimiento de la nación. Así, pues, el aumento en los ingresos de los caminos de hierro no existe ya, y su explotación constituye, por lo tanto, un nuevo impuesto. Mamig Ular, que es quien me proporciona todos estos datos, termina su estudio sobre el presupuesto de este año, diciendo que lo más importante para Witte son los impuestos directos y las aduanas, que producen 300 millones... ¡Trescientos millones!...

Mi amigo Tonovit pronuncia esa cifra con espanto:

— ¡Trescientos millones de impuestos directos y de aduanas!... ¡Y si tuviera por lo menos nuestro gobierno un poco de piedad, un poco de justicia en su percepción de impuestos! Pero, al contrario: es el más tiránico, el más cruel acreedor. No sólo quiere que le den lo que exige, sino algo más. Un sistema zarista por excelencia es el de los excedentes. Su majestad está descontento cuando no hay excedentes. Que haya un déficit general, pero excedentes parciales. Por eso todos los ministros de hacienda se los dan. ¿Cómo? Aumentando el rigor. Con la crueldad que los distingue procuran arrancar al pueblo con toda clase de vejaciones policíacas, la mayor cantidad de impuestos posible, con el solo fin de obtener « rendimientos » superiores á todas las previsiones, y

procurando al mismo tiempo las más ridículas economías en los gastos para obtener al fin del año un excedente tan considerable que algunas veces representa muchos millones de francos (por ejemplo, el excedente de 1898, que pasa de 600 millones). En el fondo esto viene á ser una especie de empréstito interior sin intereses, y forzoso, y oculto, que el gobierno exige todos los años y cuyos productos están destinados á formar las no menos famosas « reservas disponibles del tesoro ». El total de esas sumas arbitrariamente percibidas, llegó en la década de 1893-1902 á la formidable cifra de 3.523 millones de francos. Pero como antes se lo probé á usted y como lo hace notar todo el mundo en San Petersburgo, si el presupuesto ordinario se salda sistemáticamente con excedentes; el presupuesto extraordinario, por el contrario, arroja casi siempre un déficit enorme. El de 1898 se elevó á 867 millones de francos. Así, el aumento colosal de excedentes en los presupuestos ordinarios corresponde, en Rusia, al aumento no menos colosal de los déficit en los presupuestos extraordinarios, de tal suerte que, en definitiva, el conjunto de los presupuestos rusos, ordinarios y extraordinarios, acusa una diminución que hay necesidad de saldar por medio de empréstitos. Así, mientras en la década de 1893 á 1902 el presupuesto ordinario dejó, según hemos ya dicho, un excedente de 3.523 millones de francos, el presupuesto extraordinario tuvo un déficit de 3.663 millones, lo

que es igual á una diminución total de 140 millones de francos.

Mi amigo contempla sus papeles con un aire de espanto. Los números toman á su vista figuras fantásticas. Las legiones de ceros se le figuran hordas destructoras.

— Todo el porvenir del país — agrega — está en el arreglo, peor ó mejor, de estas cifras. Desde hace cuarenta años, el mal ha ido creciendo. La agricultura, sobre todo, ha sufrido. Las estadísticas establecidas por la comisión que Kokovstef preside, son lamentables. De 1861 á 1900 la superficie sembrada por los labradores en los 50 departamentos de la Rusia europea no aumentó más que en 3 0/0 (1.465.000 hectáreas) en tanto que la población tuvo un aumento de 40 0/0 y las dimensiones de los lotes concedidos á cada labriego, un 29 0/0. Esto explica por qué la candidad de cereales y patatas producidos en Rusia es inferior, por término medio, en 57 kilogramos á lo que cada habitante debe consumir para su alimentación normal durante el año. De aquí el hambre endémica del país. Por otra parte, el número de explotaciones agrícolas que carecen de bestias de labor, aumenta en proporciones alarmantes: en 1882 era de 26.9 0/0; en 1891, de 27.8; en 1896 de 32.2. En 1870 se calculaban 9.328 cabezas de ganado por cada 1.000 explotaciones: en 1880, 8.345; en 1890, 7.294; en fin, en 1900, 6.474. En cuanto al ganado auxiliar, se calculaba por cada 1.000 explotaciones, en 1870, 5.469 cabe-

zas, y solamente 3.459 en 1900 ó sea el 37 0/0 menos. Las estadísticas oficiales declaran que la diminución del ganado de labor es un fenómeno normal conocido también en toda la Europa occidental como un resultado de los progresos del cultivo. Estos sabios zaristas olvidan que la diminución marcha, en Bélgica, en Alemania y en Francia, con el aumento de esos abonos artificiales, lo que, entre nosotros, es una rara excepción. Así, no es extraordinario que en Rusia se cosechen por hectárea sólo 7.9 hectolitros de centeno, 7 de trigo, 12.2 de avena y 9.4 de cebada, contra 15.8, 9, 23.13 y 18. 2 hectolitros, ó sea el doble y aun más en Francia. Y el mal no es sólo del pueblo. ¡ No ! Ya pasó la época en que el gobierno podía reirse de las miserias de los campesinos, pensando en que los papeles del estado tenían un gran valor. El prestigio del tesoro público se ha arruinado. Aquí tiene usted datos seguros: el 4 0/0 que estaba el 31 de diciembre de 1903 á 98, bajó el 8 de febrero de 1904, día de la apertura de las hostilidades, á 93.50, y el 9 de marzo último, día del desastre de Mukden, á 87.10. Por el contrario, el 4 0/0 japonés que se cotizaba el 31 de diciembre de 1903 á 77, y que descendió el 6 de febrero á 67.50 y á 66 el 20 del mismo mes, subió hasta 73 1/2 el 29 de diciembre y á 77 1/2 en marzo. Después de la batalla de Mukden, llegó á 87.11 ; es decir, que ganó los 10 puntos que el 4 0/0 ruso había perdido. El porvenir responde á este presente. Mientras, el cré-

dito del Micado crece, el del zar disminuye. No hay más que recordar que hace poco el empréstito japonés fué cubierto siete veces en Nueva York y diez en Londres, mientras la pobre Rusia...

Mi amigo se detiene.

— De esto — me dice — no se puede hablar sin pruebas.

Y después de revolver sus notas, pone ante mi vista un recorte de *Le Temps*, y me explica :

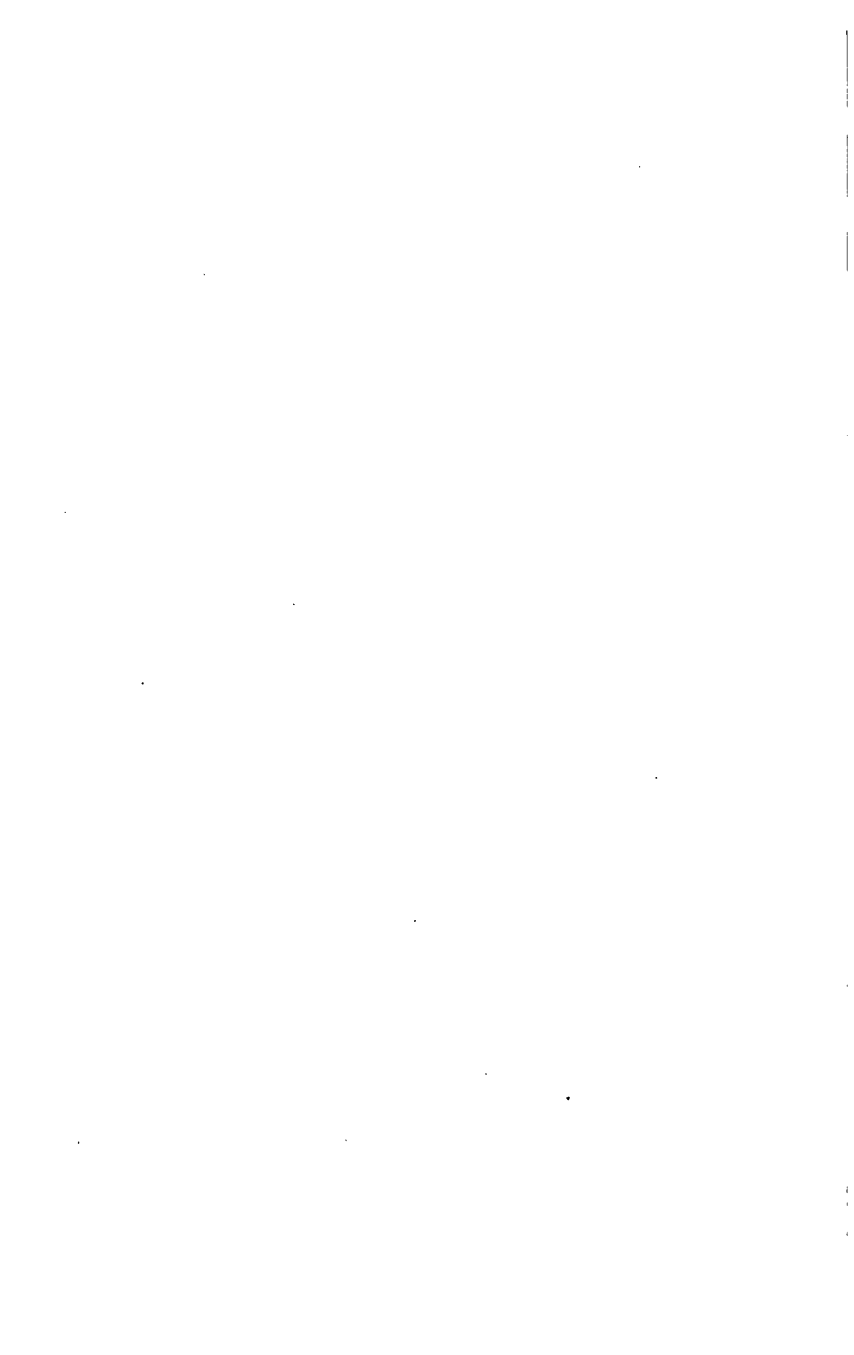
— Es la historia de las negociaciones que se han llevado á cabo en Francia para negociar un empréstito de 1.300 millones y que han terminado con un fiasco, después del desastre de Mukden. Así, no teniendo ya á su disposición el oro francés, de Witte tiene que recurrir al oro muy hosco y muy escaso del interior. « Se trata — dice Millaudde, de encontrar 500 millones para hacer frente á las necesidades más apremiantes. Las condiciones de este empréstito son onerosas. El interés es de 5 0/0 ; el tipo de emisión es 96 0/0, pero con excepción de todo impuesto, lo que, según los cálculos hechos en la *Frankfurter Zeitung*, equivale á una emisión hecha al precio de 91.30 0/0. Además, sobre este empréstito cuyo interés es de 5 0/0, y amortizable en 49 años, el gobierno no podrá hacer ninguna conversión ni nada que pueda acelerar su amortización. Las condiciones son demasiado duras. A pesar de esto, el gobierno tiene una gran inquietud por el resultado de la emisión, los periódicos oficiosos apelan al patriotismo de los capitales rusos. Se

les conjura para demostrar tanta diligencia como la que tuvieron sus colegas los japoneses al cubrir la subscripción y hacer como ellos, con su afluencia, una gran manifestación patriótica ante los « guichets » de las casas de banca ». Dicen que ha llegado el supremo momento. ¡ Muy bien : muy bien !... Pero ya verá usted que no hay tal manifestación... ni tal afluencia... Con el gobierno actual, toda esperanza de arreglo es imposible. Los capitales del pueblo — esos capitales dispersos que son los que salvan á un país en peligro — no se pondrán en movimiento sino cuando principie la revolución...

Una pausa.

En seguida, guardándose sus papeles y sonriendo :

— Tal vez muy pronto... muy pronto...



LOS ARMENIOS

Poco á poco una siniestra claridad va iluminando las matanzas de Bakú. Los primeros relatos oficiales en que se hablaba de « unos cuantos muertos », han ido á enriquecer los patrañeros archivos rusos en los cuales yacen los legajos sobre los crímenes contra los judíos y contra los obreros. En vez de ellos, el mundo lee, con asombro doloroso, listas de centenares de víctimas. La versión más autorizada, nos dice que las matanzas comenzaron el 19 de febrero y que duraron cuatro días consecutivos. En ellas murieron 700 personas.

Antes de esta fecha funesta, el gobernador llamó á las notabilidades turcas de la ciudad y les aconsejó que estuvieran prevenidas contra los armenios, que se armaran y hasta que se aprovisionaran de todo lo necesario para la vida, pues temía que los armenios se amotinaran de un momento á otro. Así quedaba asegurada de un modo hipócrita la impunidad de los turcos y sus atropellos justificados por la falsa agresión de los armenios. Al mismo tiempo se armó como se pudo á la población tártara de Bakú. Hoy ya no es un misterio para nadie que en la matanza los tártaros usaron fusiles Berdan, exactamente igua-

les á los que tiene el ejército ruso », y revólveres de idéntico modelo que los que poseen los agentes de policía. Durante el mes de enero se dieron en la prefectura más de quinientas licencias de porte de armas á los musulmanes de Bakú. En cambio, todas las peticiones de ese género hechas por los armenios fueron denegadas. La complicidad de las autoridades aparece evidente. Las tropas, durante aquella hecatombe, se contentaron con proteger los edificios públicos y los bienes del Estado. En Tiflis, en donde perecieron más de 200 personas, las autoridades militares manifestaron la misma pasividad, la misma indiferencia que en Bakú. Cuando algún funcionario público apremiaba á los agentes de la policía para que intervinieran en la lucha, solían contestar impasibles:

— « Me han quitado mi revólver... »

Todo esto es lo que en un principio trató de ocultarse para que las matanzas aparecieran como un lamentable conflicto entre dos elementos contrarios de la misma población. Pero en nuestra época es imposible esconder durante mucho tiempo los crímenes. En los más lejanos países, los cadáveres, por bien enterrados que estén, hablan siempre al fin para pedir justicia. El grito popular de las almas que vienen por la noche á perseguir á los que fueron sus asesinos, es un símbolo real. Ni el zar, ni el sultán se libran de la persecución de los muertos.

La Federación armenia de Rusia acaba de

publicar un manifiesto en que encontramos acusaciones precisas.

« En esta comarca — dice — donde antes millares dc huelguistas de todas nacionalidades ıraternizaban en grandiosa manifestación contra el capital y el absolutismo, la burocracia rusa ha logrado enconar los ánimos de dos vecinos seculares y tranquilos: el pueblo musulmán y el pueblo armenio. El resultado ha sido una espantosa matanza que duró varios días. Ochocientas personas perecieron en ella y los heridos no bajan de 1.500. El barrio armenio de Bakú quedó destruído; las casas incendiadas; familias enteras perecieron abrasadas en ellas.

¡ Y las autoridades impasibles!... Desde el gobernador hasta el último cosaco todos contemplaron indiferentes aquellas terribles escenas de barbarie. Mas no por esto se crea que permanecían inactivos. Los agentes de policía y los cosacos, habían recibido orden de desarmar á los armenios y de no proteger sino á los musulmanes. Algunos millares de obreros armenios se aventuraron á venir en socorro de sus compatriotas, pero al llegar á las puertas de Bakú, los cosacos los desarmaron y los tomaron prisioneros. ¡ En tanto las partidas de musulmanes circulaban por todas partes matando, saqueando, incendiando!... Sólo unos cientos de obreros de la Federación Revolucionaria armenia, lograron, á pesar de los cosacos, con su bravura, rechazar á los musulmanes de algunos barrios armenios. Esto explica

por qué la mayoría de las víctimas fueron armenios y sólo hubo 251 heridos musulmanes. El comité revolucionario armenio obró durante estas tristes jornadas con un tacto y una prudencia sin límites, primero reclamando, aunque en vano, del gobernador Nagachitze, los medios de evitar la terrible efusión de sangre y después tomando medidas para localizarla y limitarla. Sabiendo que el complot había sido urdido por el gobierno ruso y que la efervescencia musulmana era un fenómeno pasajero, el comité armenio, fiel á sus tradiciones de solidaridad, no quiso mostrarse provocador con los musulmanes y se negó hasta á emplear los medios extremos de que disponía. Entre los mismos musulmanes no faltaron tampoco algunos espíritus perspicaces que en los momentos del peligro dieron refugio en sus casas á los armenios, pues no ignoraban quiénes motivaban tan odiosas abominaciones ».

Para probar que esto no es una fábula, el comité armenio de París publica documentos interesantísimos. Analizándolos podremos reconstituir en todo su horror la tragedia del Cáucaso. Lo primero que se ve, es la complicidad de la policía, lo mismo que en los asesinatos de judíos.

Un musulmán, el redactor del periódico *Gaspi*, declara lo que sigue: « El segundo día de la matanza, y cuando la casa de una familia armenia era devorada por las llamas, el gobernador presentóse en aquellos lugares escoltado por cincuenta cosacos. Los tártaros enterados de la pre-

sencia del gobernador, apresuráronse á ocultar las armas. Pero éste, que había comprendido el juego, llamó á algunos de ellos y con voz cariñosa empezó á interrogarlos. « ¿ Por qué ocultáis las armas ?... ¿ Son buenos vuestros revólveres? ¿ Y qué tal ? « ¿ Han caído muchos armenios ?... Matad cuantos queráis, pero no prendáis fuego á las casas »...

El gobernador hablaba en ruso y el jefe de la policía Chakhdakhdinsky, traducía al turco sus palabras. Este testimonio, de fuente poco sospechosa, puesto que el periódico *Gaspi* es antiarmenio, bastaría para establecer la responsabilidad del gobierno. He aquí otro, firmado por un francés que vive en el Cáucaso : « Durante la matanza se veía á los tártaros entrar y salir en el cuartel de la policía para proveerse de cartuchos. Los cosacos desarmaban á cuantos armenios venían de las inmediaciones á defender á sus compatriotas indefensos, y, en cambio, protegían á los tártaros. » ¡ Ya oís ! Otro testigo dice : « Un grupo de armenios desarmados pasaba por delante de mi casa ; de pronto saliéronles al encuentro los tártaros armados de revólveres, que descargaron sobre ellos. La mayoría pudo escaparse, pero muchos cayeron heridos. A pocos pasos de allí, había apostada una patrulla de cosacos para sostener el orden, mas no hicieron caso, y la persecución de los fugitivos continuó encarnizada ». No sólo los armenios hacen declaraciones de tal índole. He aquí lo que dice un funcionario ruso :

« En la calle de Tsitsianos los tártaros saqueaban un almacén de ropas y las transportaban tranquilamente á sus casas. Aproximándome á los cosacos, les pregunté: ¿ por qué permiten ustedes que ante su vista se cometan estos asesinatos y saqueos?... ¿ Por qué no los evitan? »... Y por toda explicación me respondieron: — « ¡ Porque no tenemos orden ! » Otro ruso describe la escena siguiente entre las dos grandes autoridades religiosas del Cáucaso: « Hoy fueron á visitar al Aratchnort, el príncipe Nagachitze y el Ghasi musulmán. En la entrevista el Aratchnort, dirigiéndose el Ghasi le reprochó duramente su falta de energía por no haber reprimido á tiempo aquel las matanzas absurdas entre hombres. Entonces el Ghazi respondióle en turco: — « Tenéis razón, pero nosotros no somos los culpables, esos crímenes son la obra de Nagachitze, el gobernador. »



Estas declaraciones no contienen sino verdades, tristes verdades. Las matanzas han sido provocadas, protegidas y preparadas por el gobierno. Antes de las masacres, ya todos sabían en Bakú lo que iba á pasar.

Un abogado que veía por la mañana del día trágico las hordas tártaras armándose, informó por teléfono al gobernador pidiéndole con urgencia que enviara socorros. Pero el gobernador le contestó así: « No tenga V. miedo; nadie se meterá con V. » El abogado era un georgiano:

el gobernador lo mismo, príncipe Nagachitze, georgiano de origen y organizador de las matanzas. La policía, que en todo caso ayudó y favoreció á los tártaros, negó siempre auxilio á los armenios. Cuando el millonario Adamoff se encontraba sitiado por los tártaros en su palacio, pidió socorro por teléfono al gobernador. Este respondióle con estas frases características: « Podéis defenderos vos mismo sin ningún inconveniente. » Minutos después los tártaros incendiaban el palacio y Adamoff, con toda su familia, perecía abrasado. Los rusos dicen que así se cumple el apostolado de Plehwe: « ¡ Yo ahogaré la revolución rusa en sangre de armenios y de judíos! » Las matanzas de los armenios fueron organizadas, en principio, como medio para halagar á los musulmanes rusos por el príncipe Galitzine, ex gobernador del Cáucaso. Primero se pensó en llevarlas á efecto en Tiflis, pero allí son muy numerosos los armenios, y se tuvo miedo; por eso se pensó, al fin, en Bakú, donde los armenios son menos y en donde, en cambio, abundan los tártaros fanáticos dispuestos al robo y al asesinato.

¿ Queréis conocer el origen de las matanzas? ¿Queréis enteraros del pretexto escogido? Un periódico ruso nos inicia en estos misterios policíacos: « Cuando con motivo de la guerra ruso-japonesa — dice — se produjeron en todas las ciudades de Rusia aquellas patrióticas y entusiastas manifestaciones, se acusó á los armenios de haber demostrado su hostilidad á la nación rusa

silbando, al pasar, el retrato del zar. Sin embargo, está probado que los armenios se abstuvieron de tomar parte en las manifestaciones. Después en la celebración de las misas y rogativas al Dios de las victorias, en el patio de una iglesia armenia se lanzó una bomba. El criminal fué arrestado, reconocido y puesto en manos de la policía; pero ésta lo consideró como un agitador vulgar y lo puso en libertad. Ya hace tiempo que el príncipe Galitzine decía:

« Sólo viviré tranquilo cuando no quede en Tiflis más que un solo armenio, y éste sea el que se conserve en el museo para enseñarlo á las gentes. » Y, en efecto, Galitzine no ha perdonado medio alguno para lograr esa soñada tranquilidad, sobre todo, en tiempos de la confiscación de los bienes de la iglesia armenia, en que llegó hasta recibir descaradamente en su palacio á los bandidos tártaros con quienes sostenía largos conciliábulos y á quienes prestaba todo género de atenciones.

Sin embargo, el gobierono ruso desearía aparecer ante los ojos del mundo civilizado como un protector de los armenios. En todos sus documentos oficiales proclama el respeto por esa raza tan noble y tan inteligente. Más aún: uniéndose á Francia y á Inglaterra, ofrece intervenir en favor de los armenios turcos. He aquí la nota al jefe supremo de la iglesia armenia. Para darle un

carácter más europeo, el conde Lamsdorf la escribe en francés. Dejémosla en su texto :

« Ministère des affaires étrangères, (17-30 juillet 1904). — Votre Sainteté et très bienveillant évêque! J'ai eu l'honneur de recevoir la pétition de Votre Sainteté du 1-14 juillet courant où vous daignez me prier de mettre aux pieds du trône de Sa Majesté votre humble demande concernant la pression à exercer sur le Gouvernement ottoman dans le but d'améliorer le sort des Arméniens en Turquie, de ceux qui souffrent des violences commises sur leurs personnes par les musulmans.

Sa Majesté ayant pris connaissance de votre demande, m'a ordonné de vous déclarer que le Gouvernement russe a fixé, en temps utile, avant même la réception de votre pétition, son attention sur la situation des Arméniens habitant la Turquie.

En vous transmettant cette réponse du Protecteur Suprême et du Défenseur de toutes les nationalités chrétiennes de Turquie, dont le cœur est plein de sympathie pour les Arméniens de l'Asie-Mineure et auquel nous sommes redevables de l'initiative gracieuse en faveur des mesures les plus énergiques pour prévenir des troubles anti-arméniens, je vous exprime mon espoir très ferme, que par les efforts combinés des puissances signataires du traité de Berlin il sera possible d'assurer à la population arménienne de Turquie une existence calme et paisible, à la condition

toutefois que cette population à son tour, en restant strictement dans les limites de la légalité, facilitera aux puissances la réalisation de leur tâche humanitaire.

Je vous prie d'agréer l'assurance de mon profond respect et de mon parfait dévouement. Signé : Comte *Vladimir Lamsdorf.*»

¡ Oh, ironía ! ¿ El gobierno ruso interviniendo en Turquía en la cuestión armenia? ¡ Sí, sí ! Pero no para calmar las pasiones musulmanas : no para desarmar á los asesinos ; no para proteger á los débiles, no, sino para tomar parte en las matanzas. Esto todo el mundo lo sabe. No contentos con poner en práctica las ideas de Plehwe, en territorio cáucasico, los rusos violan las fronteras turcas para matar armenios. Es un sport macabro. Los cosacos unidos á los bandidos tártaros, se libran á él con feroz alegría. A cada momento hay grupos de cuatro ó cinco armenios que, tratando de refugiarse en territorio moscovita, sirven de « piezas » de cacería humana.

De vez en cuando el espectáculo se agranda y toma proporciones épicas. Así, por ejemplo, en julio del año pasado, en el gobierno de Kaares se tuvo noticia de que una banda revolucionaria operaba en territorio turco. Era cierto. Unos ciento y tantos armenios, con la bandera desplegada, iban á la lucha por su libertad.

Entre ellos había muchos médicos y muchos estudiantes. Un combate se inició. Los turcos, aunque más numerosos, no lograron vencer á

los armenios. Entonces, como lo establece un documento oficial, los cosacos y los soldados rusos mandados por el coronel Bykof atravesaron la frontera y en pleno territorio turco atacaron á los armenios por la espalda abriendo contra ellos un fuego cerrado. Los armenios fieles á su táctica habitual, no respondieron al criminal ataque y enviaron al jefe ruso dos parlamentarios para declararle que los armenios no se batían con las tropas rusas, sino contra los turcos. Los parlamentarios fueron fusilados. Sin embargo, los armenios trataron de parlamentar de nuevo y enviaron como emisario al cura Ter Kasar. Este avanzó lentamente, llevando sobre su cabeza una enorme cruz, pero no bien hubo llegado á aproximarse algunos metros de las tropas rusas, cayó acribillado de balazos. En tal situación, los armenios desplegaron bandera blanca, en signo de sumisión á las tropas rusas... El hombre que llevaba en sus manos el símbolo de paz murió á manos del mismo coronel Bykof, que mandó continuar el fuego: 32 armenios cayeron muertos por los rusos; 5 asesinados por los turcos y los 14 prisioneros restantes, fueron entregados á los esbirros del sultán para que saciaran en ellos su venganza... Sólo nueve armenios lograron escaparse de esta bárbara hecatombe. Llegada la noche, se transportaron los cadáveres á territorio ruso y como los armenios estaban bien equipados y bien armados, los soldados de Bykof tuvieron un excelente botín. Nada se respetó allí. Los

muertos, después de ser despojados, fueron mutilados. Aquello fué una satánica orgía. Los soldados rusos bebían y fraternizaban con los turcos.

Con estos antecedentes, fácil es comprender que los crímenes de Bakú se quedarán sin castigo, como si fueran matanzas de judíos. Los mismos caucásicos lo comprenden. El periódico *Droschak* publica en su último número la nota siguiente:

« El príncipe Amilakhvari, encargado de descubrir las causas de las matanzas de Bakú para acallar la opinión pública, amenaza con represalias contra los armenios y cierra los ojos ante la evidencia de la complicidad gubernamental. »

LOS JUDÍOS

Los procesos escandalosos de Gomel, de Kishinef, de Irkutsk y de algunas otras poblaciones, en las cuales se han verificado matanzas de judíos, hacen ver lo vano de todo esfuerzo en favor de la raza perseguida. Con una parcialidad increíble. los jueces rusos no sólo se han negado á castigar á los asesinos, á los incendiarios, sino que hasta han pretendido hacer creer que los culpables son siempre los semitas. Un acta de acusación leída y aprobada por el ministro de la justicia, dice lo que sigue :

« Siempre fueron los judíos hostiles á los cristianos, pero desde hace pocos años afectan una actitud, no ya altanera, sino hasta provocativa. Los casos de ultrajes de palabra y obra contra campesinos y obreros son cada día más frecuentes. Hoy, el judío manifiesta abiertamente su desprecio á la clase intelectual rusa, y hasta en el comercio se van notando la actitud insolente de los vendedores judíos para con los compradores cristianos. El armamento general de la población judía, la conciencia de una superioridad numérica en ciertas ciudades, y su organización, han llevado hasta tal punto las audacias de los jóvenes

semitas, que se hablan no ya de defensa contra los « progromos », sino del desquite del « progromo » de Kishinef...

Para llegar á estas conclusiones, los jueces emplean todos los medios, con el apoyo de la autoridad militar y del poder civil.

Durante los debates, los diálogos extraordinarios abundan. En el juicio de Gomel se oyen palabras increíbles.

— ¿ Qué vió usted? — pregunta el presidente de audiencia.

— Vi á un soldado — contesta el testigo — que le dió una cuchillada á un judío. De la herida salió un mar de sangre.

— ¡ Un mar !... Bueno, ¿ y no había ballenas en ese mar? — exclama el presidente.

Otro diálogo. Se trata de un judío acusado de haber disparado contra los militares. El presidente pregunta á uno de los testigos :

— ¿ Está usted seguro de que es el acusado el que tiró en dirección de la compañía?

— No, señor — responde el testigo.

— ¿ Por qué ha declarado usted entonces lo contrario en la instrucción?

— Señor, porque el capitán estaba presente y me había ordenado hacerlo así.

— ¿ Y ahora se retracta usted?

— Sí, señor. He prestado juramento y debo decir la verdad...

Por más que los jueces hacen, la verdad aparece á cada momento. He aquí á un testigo enér-

gico que sin dejarse intimidar declara así ; « Jelensky, el jefe de la policía ha alentado durante todo el tiempo que duró el saqueo de las casas judías, á la multitud delirante. Yo he presenciado escenas horrorosas. Una pobre mujer, arrodillada ante él, suplicábale que protegiera su miserable tienda, y Jelensky, rechazándola brutalmente, le decía « ¡ Quítate de ahí, judía « puerca ». Si no desapareces, te mataré como á un perro ! » De igual manera procedió con todo judío que le pedía protección, pero, en cambio, mostró en la jornada un gran celo en la protección de las tiendas de los cristianos. La misma conducta observaron sus agentes. »

El comisario Tchernoluski reconoce haber presenciado el asesinato de un judío, y cuando el juez le pregunta por qué no detuvo á los asesinos, contesta : « Eso no era de mi incumbencia. »

En Kishinef las declaraciones contenían la prueba de tantos actos salvajes, que el gobierno ordenó que los debates judiciales se verificaran en secreto. Los acusados, divididos en veintidós grupos fueron condenados á penas ligeras. Los incendios, los asesinatos, los saqueos, parecen no ser sino faltas leves, cuando las víctimas son judíos. La misma prensa de San Petersburgo tuvo que protestar contra esta manera de juzgar, cuando, gracias á algunos de los defensores, se conoció la verdad. Los hechos graves, los testimonios probantes, abundan en la historia de aquellas matanzas. El testigo Chinidt declara que antes

de la Pascua, es decir, la víspera del día del motín, algunos individuos se habían presentado en muchas casas preguntando si las habitaban judíos ó cristianos. El mismo testigo asegura que, durante el saqueo, los amotinados poseían listas en que se designaba el domicilio de los judíos. Por otra declaración de un testigo llamado Kœnigchatz, se sabe que estos pillajes tuvieron una preparación anterior y que los agresores se habían dividido en bandos, con orden de operar cada uno en su distrito. Un tercer testigo, el Sr. Feiguine, afirma que viajando en un ómnibus, su compañero de viaje, tomándolo por cristiano, contó que de su pueblo habían salido ciento veinte hombres « decididos », con objeto de tomar parte en las matanzas. Para demostrar la existencia de una organización en regla, el testigo Gourier declara que los revoltosos estaban todos armados de garrotes de la misma forma y de iguales dimensiones. En la época de las matanzas de Kihinef, se encontraba allí el barón Levendal, y una testigo afirma que durante el saqueo sus agentes alentaban á las masas diciéndoles : « ¡ Acabad de una vez con ellos ! » Hablando del célebre antisemita gubernamental, otro testigo dice : Yo le pregunté á un oficial amigo mío á quién debían achacarse aquellas escenas horribles. Él me contestó : « Al barón Levendal ». Después, el mismo testigo asegura que cada vez que fué á ver al gobernador de Kishinef, se encontró allí al barón, siempre en deliberación con la policía. Por mu-

chos testimonios pudo también comprobarse que el día de las matanzas, desde por la mañana, se empezó á desarmar á todos los judíos que se encontraban por las calles. Estos son datos exactos, sacados de los legajos de los defensores de algunos judíos.

Pero si en Gomel y en Kishinef los jueces rusos se contentaron con no castigar á los asesinos, en Irkutsk creyeron que era necesario distinguirse imponiendo penas severísimas á todos los obreros judíos deportados que, exasperados por los malos tratamientos, trataban de defenderse. En una sola audiencia secreta condenaron á unos cincuenta á doce años de trabajos forzados. El testigo más encarnizado era un oficial llamado Olosoff, que mandaba las fuerzas sitiadoras de la casa en la cual se habían escondido los deportados. Lo que este militar buscaba, al acusar, era que no se le acusara á él. Su conducta había sido odiosa. Para cercar á los infelices semitas, no se contentó con los fusiles de sus cien soldados, sino que pidió, ó más bien dicho tomó un cañón del barco Lena. Luego, con el fin de excitar á sus hombres, les dió botellas de aguardiente y les prometió gratificaciones si mataban á todos aquellos « perros cobardes ».



En la actualidad una de esas singulares comisiones de funcionarios rusos que sirven sobre todo para hacer creer en las buenas intenciones

del gobierno, estudia las reformas al régimen antisemita. Se trata, ante todo, de dar una mayor libertad comercial y de permitir, no ya la posesión definitiva, por lo menos una semipropiedad de ciertas tierras. Ya un rescripto reciente permite á los semitas que han estado en una universidad el libre ejercicio del comercio, y á los que han hecho la campaña contra el Japón que se establezcan en cualquier parte del imperio. Muy bien. Pero ¿qué significan estas generosidades? Los judíos rusos son cerca de seis millones y entre ellos, los que han estudiado ó los que han sido militares, no llegan á cincuenta mil. La inmensa mayoría, pues, seguirá viviendo bajo un régimen espantoso de injusticia. Todo les está vedado : creer, comerciar, amar, vivir. La ley de 1892 prohibe á los judíos « reunirse sin previa autorización, aun en sus mismos domicilios, para practicar el culto ó por otros motivos ». Sólo pueden orar en común en las sinagogas y para esto necesitan autorizaciones especiales.

Los que viven fuera del « radio del distrito » se hallan en peores circunstancias aún, pues para abrir una sinagoga tienen que pedir permiso al ministro del interior, y como eso se concede raramente, y como el ejercicio del rito está prohibido en las casas particulares, resulta que los desdichados no pueden ni aun practicar en común el culto de su dios. En 1891, la sinagoga de Moscú fué cerrada. Y si para orar tienen que esconderse, para vivir tienen que someterse á la humillante

costumbre del « gheto ». En las grandes ciudades les está prohibido hablar. Tampoco pueden radicarse en el campo. Un historiador dice : « Después de la anexión de las provincias del mediodía y del oeste de Rusia, habitadas por una inmensa población israelita, los judíos vieron mermados sus derechos de circulación por la absoluta prohibición de poder transportarse á las provincias del interior. El judío no tiene derecho de respirar más que en la tercera parte del territorio de su patria ; si no acata la ley se le prende y se le reintegra á su « gheto » cargado de grillos como un criminal vulgar. Hasta los judíos condecorados por acciones de guerra sufren esos tratamientos. El gobierno ruso aplica estrictamente el principio del « gheto » territorial establecido á fines del siglo XVIII. Durante el siglo XIV, el « gheto » sufrió una gran diminución, y en virtud de órdenes dictadas en 1804, se otorgó á los judíos un círculo de domicilio en los distritos de la Rusia blanca, en la lituaniense y en la Pequeña, lo mismo que en la Curlanda en la Nueva Rusia, en el gobierno de Astrakán y en el Cáucaso. Pero pronto vino una nueva restricción á limitar ese círculo, y en 1825 los distritos de Astrakán y del Cáucaso quedaron suprimidos para los judíos. Durante el reinado de Nicolás I, el antisemitismo oficial se acentuó más, y en 1827 los judíos fueron expulsados de Kief, centro comercial é industrial de la Pequeña Rusia, y por último, en 1829, de los puertos marítimos de Nicolaief y de Sebasto-

pol ». Luego las restricciones han ido creciendo, hasta llegar á los terribles decretos del gran duque Sergio, que determinaron el éxodo doloroso de todos los israelitas de Moscú. No pudiendo vivir en el campo, ni poseer inmuebles, el judío se ha visito reducido al comercio y á la industria. Pero tampoco como artesano tiene libertad de trabajo. Según las leyes, esta excluído de todas las fábricas del Estado y de muchas fábricas particulares que existen en las pequeñas ciudades donde los judíos no pueden habitar. En épocas florecientes para la minería, los isrealitas encontraban ocupación, pero pronto vinieron nuevos reglamentos á hacerles abandonar ese trabajo. Para evitar los rigores de la ley, algunos de ellos permanecían escondidos en las canteras y en las minas, haciendo una vida completamente salvaje.

Por otra parte, las fábricas de azúcar están situadas fuera de las ciudades y de los grandes centros de población, por lo que se da el caso de que en ellas sólo se encuentren empleados 25 ó 30.000 obreros judíos, de los cuales el 40 0/0 son mujeres y niños. Casi la mitad de la población judía, es decir, 2.500.000, se compone de artesanos, la mayoría zapateros, sastres, cerrajeros, carpinteros, etc. La concentración forzada y la restricción de poder escoger libremente la ocupación que mejor les cuadra, desarrolla entre ellos una competencia terrible. La mayoría carece de trabajo. Si á esto se agrega la competencia que les hace la gran industria, generalmente inacce-

sible para ellos, se comprende que los obreros judíos perezcan de hambre y busquen á todo trance el medio de escaparse del « gheto » y de emigrar. Estos datos los encuentro en la obra de Leroy Beaulieu, sobre Rusia; pero hay otro que los completa y los corona. Oid : la única industria que el gobierno deja libre á la raza, es la prostitución. Las prostitutas judías tienen derecho á vivir en todas las ciudades del imperio. Leroy Beaulieu cuenta el caso, que parecerá increíble, de una obrera que, por tener el derecho de domiciliarse en Moscú, se hizo inscribir como prostituta. Pero en el momento que se supo que no « ejercía el oficio », fué expulsada de la ciudad santa. « Se les permite prostituirse — agrega — pero no se les permite aprender ». La instrucción de la raza perseguida parece un peligro. Nada de estudiantas, nada de institutrices. Los mismos hombres, apenas pueden aspirar á ilustrarse. Hay leyes que ponen una barrera á las vocaciones doctas. Una de ellas, promulgada en 1886, establece que el número de judíos no puede pasar de tres por cada 100 rusos, un ministro quiso aún restringir esta proporción y estableció un mínimo de 1 por 100 con un máximo de 7 por 100. Pero no bastan las persecuciones administrativas. Alentados por la iglesia, los mismos estudiantes tratan de hacer imposible la existencia universitaria á sus compañeros semitas. ¿ Queréis un ejemplo recientísimo? No hay más que leer en los periódicos de estos mismos días los datos relativos á la Liga santa de

lucha antisemita que acaban de fundar los estudiantes de Odessa. Esta liga publica folletos que son innobles imitaciones de los artículos de Drumont. Sus estatutos, en el artículo 2.° dicen : « Como está probado que los judíos forman un elemento de agitación contra el imperio y contra la iglesia, decidimos luchar contra ellos en toda forma ». Estas líneas bastan para que las autoridades apoyen á los señores de la Liga ¡ de la Santa Liga! Las leyes de 1886 y 1901 se aplican también á las escuelas profesionales y á los institutos. Los colegios fundados por los israelitas han sido suprimidos en las grandes ciudades, y si aun se permiten en ciertos pueblos, es con la condición de que los semitas los costeen, que se acepte en ellos un número de cristianos superior al número de israelitas. « Para lograr la posibilidad de colocar á sus hijos en esas escuelas — dice un periódico — los judíos tienen que enviar á ellas niños ortodoxos. De ese modo crece artificialmente el número de discípulos y pueden ingresar sus hijos. Las escuelas comerciales reservadas á los judíos, no son autorizadas en las poblaciones donde los comerciantes cristianos se oponen á ello ». En cuanto á la instrucción primaria, los israelitas no tienen derecho á ella sino sometiéndose á mil humillaciones. El gobierno parece decirse : ¿ para qué quiere esa raza aprender, puesto que todas las carreras públicas le están vedadas? El judío, en efecto, no debe aspirar á ser funcionario, ni militar, ni abogado. Tampoco puede ser consejero

municipal, ni alcalde de su pueblo, pues un decreto de 1890 los declara incapacitados, para todo puesto electivo. Lo único en que el judío es igual y aun superior al cristiano, es en obligaciones. Consultemos sobre este punto á un publicista imparcial. M. Viti, que, en un estudio reciente, enumera las « Obligaciones excesivas de la raza semita en Rusia ». « En principio — dice — todos los rusos tienen las mismas cargas; en la práctica no ». Y luego nos da los detalles inverosímiles. Los comerciantes judíos, para obtener el derecho de domicilio fuera de determinado radio, deben pagar impuestos más elevados que los comerciantes cristianos. Hasta para el servicio militar, los judíos han de presentar un número de reclutas mayor relativamente, que el resto de la población. Según los datos del ministerio del interior, en 1901, los judíos constituían el 4.13 por 100 de la población y dieron el 6.12 de reclutas. En ese año, pues, fueron soldados ilegalmente, 808 judíos. En los centros de reclutas se inscribe á todo judío nacido en Rusia como sometido al servicio militar, aunque se sepa que ha emigrado. Si no se presenta, los padres pagan una multa de 300 rublos. La excepción militar por « necesidades de familia », que establece la ley rusa, no existe para los judíos. En el ejército el israelita no puede servir más que como simple soldado, el ascenso no tiene efectos para ellos, ni aun por mérito de guerra. Existen contribuciones que sólo pagan los judíos, entre ellas, la de « cirios »,

destinada al sostenimiento de las escuelas israelitas. Las demás escuelas están sostenidas por el estado y los ayuntamientos. La contribución llamada de la « cesta », se percibe sobre las carnes destinadas al consumo de los judíos. En su origen este tributo se destinaba al culto judaico, pero hoy, no es más que un impuesto suplementario que se aplica á los gastos municipales, entretenimiento de la policía, cuerpo de bomberos, etc. Viti termina diciendo : « Ese impuesto inícuo y despiadado impone á los judíos pobres la privación de un sustento necesario para su desarrollo físico. Nadie, empero, piensa en suprimirlo, porque forma parte del programa de destrucción económica del pueblo israelita, y porque, al mismo tiempo, sirve para enriquecer á los funcionarios rusos ».

Para luchar contra este estado de cosas, los obreros judíos, más activos y más heroicos que sus correligionarios del comercio, han fundado una asociación que cuenta ya con más de cien mil miembros. Es el Bund. Esta asociación, según los términos mismos de su *rapport* presentado al último congreso socialista internacional, se propone, desde que fué fundada, manifestar el descontento de la clase trabajadora toda, al mismo tiempo que hacer ver la miseria de la raza judía. Para ello organiza, con mayor frecuencia que los

sindicatos rusos en general, manifestaciones imponentes.

Y quien sabe lo que es la policía de Nicolás II, comprende que esto constituye un verdadero arrojo colectivo. Conscientes de los peligros, van á ellos. « La organización de reuniones presenta dificultades tales, que es difícil darse una idea de ellas en la Europa occidental. Las ciudades están llenas de espías, los porteros, al servicio de la policía, le comunican cuanto acontece en las casas : los transeuntes se ven detenidos y registrados en las calles : todo grupo se considera como « reunión ilícita » ; las viviendas sospechosas están siempre expuestas á la invasión de la policía que arresta y apalea con ferocidad á cuantos se encuentran en ellas, sin diferencia de sexos ni edades. Así las reuniones de un centenar de personas, tan corrientes en Europa, adquieren en Rusia una importancia extraordinaria ». A pesar de esta tiranía el Bund se reune y manifiesta. La guerra misma y el aumento de tiranía que la guerra ha traído, no detiene su ardor. Además de los meetings, los obreros judíos publican folletos, muchos folletos, hojas sueltas, libros y los periódicos siguientes : el *Arbeiter Stimme*, órgano central; *Der Bounde*, órgano popular para las masas obreras ; en el extranjero existen cuatro periódicos : *Idicher Arbeiter;* en ruso, *Vestnik Bounda ;* en polaco, *Glas Bundu*; y en ruso *Poslednüa Izvestüa* (últimas noticias), hoja semanal. Las ediciones de los comités locales han sido

reemplazadas por las ediciones del comité central, que se reserva la publicación de hojas y proclamas.

Los partidos socialistas del imperio moscovita censuran al *Bund*, porque, á pesar de no ser sino una asociación obrera, trata de defender ante todo á la raza judía. Nada tan excusable, empero, si se tienen en cuenta las condiciones del país. Los mismos jefes del partido han explicado ya la necesidad que hay para todos los israelitas obreros de luchar en favor del mejoramiento del régimen antisemita. Luego, para hacer ver que no son fanáticos, ni nacionalistas, han hecho, por unanimidad, la siguiente profesión de fe : « La libertad de los obreros judíos debe ser la obra de ellos mismos, y de la clase obrera debe venir también la emancipación del pueblo israelita ruso. Cuanto mayor sea el poder revolucionario del proletariado judío, mayores serán los derechos que la constitución rusa otorgue á los judíos. Nosotros no debemos, sin embargo, olvidar que no existe el pueblo judío uno é indivisible. Entre nosotros, como entre los demás pueblos, hay dos clases enemigas : explotados y explotadores. La acción económica debe ir siempre acompañada de la lucha política ».

Lo que quiere el *Bund*, pues, no es consolidar el poderío de la banca judía, sino mejorar la miserable condición de los israelitas que trabajan. Por ese ideal lucha y se expone. Por ese ideal sufre las más espantosas persecuciones, los más ho-

rribles tormentos, los más increíbles dolores — increíbles hasta en la misma Rusia. Porque para los judíos, no basta la relegación. Aun en Siberia, en el infierno de hielo donde todos los demás desterrados encuentran un poco de piedad, ellos, los pobres judíos, no hallan sino tormentos. Oid, oid, este fragmento de carta de un judío : « La vida es ya imposible para nosotros. Nos hemos visto obligados á protestar negándonos á comer (*golodny bounte*). Después de cuatro días de protesta obtuvimos algunas concesiones. Pero bien pronto el director de la prisión faltó á sus promesas y restableció el antiguo régimen. Hemos sido también privados del paseo diario. Los presos por delito común se encuentran mezclados con nosotros. No habiendo logrado, el director, que esto promoviese un conflicto, ha elegido á los presos de delito común más inteligentes y los ha trasladado á otras prisiones. A los más groseros y brutos les suministró aguardiente, y cuando estuvieron bien borrachos, les aconsejó que la emprendieran á golpes con nosotros. Cosa extraordinaria, estos hombres en estado de completa embriaguez, se negaron á seguir el consejo. No habiendo podido conseguir por este medio la matanza de los presos políticos, el director recurrió á otro procedimiento. Introdujo en la prisión dos compañías de soldados, completamente borrachos, con orden de « corregir á los presos políticos ». La escena fué horrible, la matanza espantosa. Muchos detenidos fueron suspendidos del techo por medio de cuer-

das, y después apaleados. He visto á un soldado « agarrar á un detenido político y romperle los brazos contra las rodillas, lo mismo que se rompe un palo. » La matanza duró desde las siete de la noche hasta las dos de la mañana. Setenta y dos prisioneros fueron llevados al hospital, completamente destrozados. Pero aun hay más. El director de la cárcel vino al hospital á insultar á los heridos agonizantes. Uno de ellos que tenía un ojo vaciado, el brazo derecho roto y el izquierdo paralizado, recibió un bofetón directorial. Muchos heridos intentaron suicidarse; otros se negaron á recibir la asistencia de los médicos, para morir lo más pronto posible. Los prisioneros todos nos negamos á tomar alimentos ».

Y estos que mueren, estos que van á la muerte como al único país de ventura, tampoco inspiran sentimientos de paz. ¡ No ! En Rusia ni aun para las tumbas judías hay perdón. Un telegrama de Irkutsk, dice : « Los cementerios judíos en que están enterrados los deportados políticos, muertos en las matanzas de Irkutsk, presentan un aspecto lúgubre. Hace dos semanas todos los monumentos fueron destrozados y los restos mortales dispersados por todas partes. Las tumbas de Chour, de Nokin y de otros han sido destruídas á hachazos. El cementerio parece que hubiera sido invadido por los bárbaros. Manos invisibles continúan con encono y odio tanto sacrilegio ».

POR LA CONSTITUCIÓN

¡ Al fin la opinión pública ha triunfado !

A pesar del Santo Sínodo y de los grandes duques, á pesar de los generales y de los funcionarios, el semski sobor va á reunirse. El más modesto de todos los ministros, el de la agricultura, ha sido el que, hablando claramente, ha decidido al emperador á llamar á los representantes del pueblo. « Con un valor extraordinario — dice Bourdon — Yermolov hizo contemplar á su majestad un cuadro verídico de la situación. » Hasta hoy, en Rusia no había sucedido nunca, otro tanto. El zar, incapaz de ver con ojos propios, habíase resignado á sólo conocer la realidad que sus cortesanos querían mostrarle. Y lo que puede hacer llorar ó hacer temblar, las injusticias crueles, las miserias horribles, las matanzas criminales, las protestas de los intelectuales todos, que como un solo hombre se levantan para pedir reformas, reformas y reformas ; los gritos de las pobres familias de obreros que claman en demanda de pan ; las lamentaciones de los campesinos que riegan la tierra con el sudor de sus frentes para que los señores feudales cosechen los frutos ; todo lo que es infamia y dolor y crueldad, en fin, los funcio-

narios lo han ocultado siempre. Al mostrarlo, el ministro Yermolov ha hecho ver al zar el más desgarrador de los cuadros. Pero, á pesar de esta revelación, tan sombría como verídica, Nicolás II se negó en un principio á recurrir al semski sobor, que los consejeros de palacio le han presentado como el fantasma de la revolución.

— ¡No puedo! — murmuró.

El ministro no se dió por vencido. Con más ardor que antes, llorando de emoción, apeló á los sentimientos íntimos de su majestad.

— ¡Por vuestro heredero, por vuestra propia vida! — exclamó.

Entonces el zar, estrechándole la mano, le dijo:

— Os doy mi palabra... Pero no hay que hablar á nadie del asunto...

Así, cuando los ministros, los grandes duques y los inquisidores, leyeron, el 3 de marzo, en el periódico oficial el rescripto en que Nicolás II ordena que se « llame » á los hombres que sean designados por la confianza y la elección del país ». todos creyeron ver visiones.

— ¡Es imposible! — pensó de Wite.

Y la emperatriz madre, que es el alma del partido reaccionario, escribió á su augusto hijo una carta en la cual le acusa de desconocer las tradicionales ideas de su dinastía.

¿Cuál es la verdadera significación política del semski sobor? ¿Cuáles deben ser sus consecuencias?... ¿Qué se puede temer, que se puede esperar de él?...

Los historiadores no dan á estas preguntas sino respuestas vagas.

El primer sobor data de 1550. Juan IV, llamado el Terrible, lo formó con delegados del ejército y del comercio únicamente. Más adelante, otros monarcas, siguiendo este ejemplo, apelaron á juntas análogas hasta que, en 1613, en momentos críticos, cuando los polacos y los suecos habían invadido el territorio moscovita; cuando los cosacos habían rechazado la autoridad imperial, cuando varios príncipes extranjeros se disputaban la corona de Rurik, una verdadera asamblea compuesta de elementos de todas las clases sociales, se encargó del poder. Gobernando con energía, este sobor supo vencer á los enemigos, someter á los rebeldes y coronar á un joven de sangre imperial, Miguel Romanof, fundador de la dinastía actual.

Desde entonces hasta el año 1698 los sobores parecen gozar de grandes poderes. Uno de ellos fué reunido para saber si el zar podía aceptar la soberanía de Azov que los cosacos del Don acababan de usurpar á los musulmanes. La respuesta fué categórica. « No — dijo el sobor — porque esa aceptación podría acarrear la guerra, y el país quiere la paz. » En 1652 un sobor fué llamado á decidir de la suerte de la Pequeña Rusia que, habiendo sacudido el yugo polaco, encontrábase gobernada por un jefe cosaco. Este jefe no sabía á qué soberano encomendarse. El sultán de Turquía y el kan de Crimea, hacíanle halagüeños

ofrecimientos, pero sin garantizar á los territorios nuevos una autonomía moral y religiosa. El soberano de la Moscovia, en cambio, ofrecía « respetar los usos, las costumbres, las instituciones y el derecho de aquellos pueblos del sur de sus dominios. » Sólo que, antes de aceptar definitivamente las nuevas tierras, creía necesario consultar á su pueblo, pues estaba seguro de que para defenderlas, sería necesario hacer la guerra contra los polacos. El sobor contestó : « ¡Acéptalos y defiéndelos! » El zar Teodoro acudió á una asamblea popular con objeto de reformar el régimen administrativo. Los empleos, hasta entonces, habían sido hereditarios, lo mismo que los grados militares. El sobor decidió que « en adelante se suprimiese aquel derecho, y que todo funcionario y todo oficial fuese nombrado por su majestad. » Este sobor fué el último cuya composición puede llamarse popular. Sus miembros pertenecían á todas las clases sociales.

Más tarde las asambleas convocadas para estudiar problemas financieros, religiosos y militares, no se compusieron sino de delegados del ejército y de representantes de los mercaderes de Moscú. « Las dos juntas reunidas durante la minoría de Pedro I — dice Kovalewsky, — no corresponden á la idea de una asamblea representativa de todos los órdenes y de todas las provincias y tierras. En ellas vemos figurar á los hombres de servicio de la capital y á los que vienen del seno de las tropas. » El sobor de 1698, que fué el último,

decidió encerrar á la regente en un monasterio y dar á Pedro I una autoridad sin límites. Así pues, de la historia legislativa rusa no sacamos, en suma, sino la convicción de que los famosos sobores han sido siempre un simple organismo consultativo, sin iniciativa ninguna. El soberano semetía á su examen un asunto espinoso ó le dirigía una pregunta. Ellos contestaban, y se dispersaban en seguida.

Pero del sobor de mañana se espera más que de los de antaño. Los optimistas repiten con entusiasmo la frase que remata un artículo sencional de *Nuestros Días* :

« Que la constituyente se llame junta ó asamblea, poco importa. Lo necesario es que, asamblea ó junta, sea una constituyente. »

Verdad es que no todos son optimistas en Rusia...

Para el célebre Souvorine, director des *Novoie Vremia*, el futuro semski sobor será una garantía que « consolidará el principio autocrático », yque no sólo no disminuirá el prestigio histórico de la grandeza casi divina del zar, sino que « la aumentará, poniéndole un nimbo de popular idolatría ». A su entender, semski sobor no significa necesariamente asamblea de los miembros de los semtvos. « Los semtvos — dice — no existen hoy sino en treinta y cuatro gobiernos, y es cosa muy poco segura que convenga instituirlos en el resto del

imperio. » Así pues, es necesario buscar una fuente más vasta para sacar de ella á los representantes del país. Souvorine aconseja que se tomen, para cada una de las clases fundamentales (nobleza, clero, mercaderes, campesinos), un número fijo de delegados (por lo menos cien), y que con el total se forme la asamblea del país.

Otro escritor ruso, Máximo Kovalesky, cree que si el sobor no logra los poderes de una constituyente, será un puro juguete del gobierno; y para probarnos que bien pudiera no ser un juguete, nos invita á leer la parte principal del rescripto, no en los diferentes extractos telegrafiados á los periódicos, sino en el texto exacto, que dice :

« Continuando, á ejemplo de mis augustos abuelos, la unificación de las instituciones del país ruso, he decidido, de hoy más, con la ayuda de Dios, llamar á las personas dignas, elegidas por el pueblo é investidas de su confianza, para que cooperen á la elaboración preparatoria de los proyectos legislativos. En virtud de las condiciones especiales de nuestro vasto imperio, de la diversidad de sus nacionalidades y de la poca cultura cívica de algunos de sus distritos, los soberanos, en su sabiduría, han acordado siempre las reformas necesarias según un programa maduramente preparado, para que no se rompan los lazos que unen el presente con el pasado. Este sistema garantizará las reformas futuras. Al hacer hoy esta reforma, estoy seguro de que el conoci-

miento de las necesidades locales, la experiencia de la vida y la palabra prudentísima y franca de las personas que sean elegidas asegurarán la fecundidad de los trabajos legislativos para el verdadero bien del país; pero preveo que la realización será difícil y complicada, debiendo, como se debe, hacerse sin perder de vista un solo instante la inviolabilidad del imperio. »

Nada tan terminante, en efecto. Dos veces los labios autocráticos pronuncian la palabra « legislativos ». Se trata, pues, no de una comisión de funcionarios, sino de una asamblea elegida por el pueblo. Solo que...

Solo que en Rusia todo es posible. La lógica, vana palabra, no tiene traducción práctica en lengua eslava, y por encima de los mayores compromisos, por encima de las más sagradas promesas, está siempre el capricho. Con lo único que se debe contar sin cesar, es con la sorpresa.

En todos los órdenes de la vida nacional, la sorpresa reina. Las huelgas sorprenden, como sorprenden los cambios, como sorprenden los mítines, como sorprenden los atentados. Cada día trae su sorpresa. Los hombres pasan del palacio á la cárcel. Las leyes nacen y desaparecen el mismo día.

— Por eso — dicen unos — pudiera ser que, á pesar del rescripto, el sobor no fuese sino una comedia organizada y explotada por el funcionarismo.

Pero otros dicen :

— Por eso mismo pudiera ser que de esta asamblea, que en principio no debe tocar al régimen autocrático, saliese la constitución.

¡La constitución!

Es el ensueño de los rusos que no son ni empleados, ni militares, ni duques. Y no es un ensueño nuevo. Desde que la Revolución francesa universalizó las ideas de libertad, los moscovitas, que antes sólo deseaban un senado permanente con poderes tutelares y patriarcales, comenzaron á pensar en una carta constitucional. El mismo emperador Alejandro I, educado por un enciclopedista francés, encargó á dos ó tres sabios que preparasen un proyecto de ley definitiva; pero antes de que lo terminaran les dió orden de no ocuparse más de tal asunto. Algo más tarde Speransky elaboró su célebre programa que establecía la libertad de imprenta y de cultos, la responsabilidad de los funcionarios y la permanencia de una asamblea general. Descontento de este programa, el emperador pidió á Rosenkampf que, inspirándose en las ideas del príncipe Tschartoriyski, escribiese otro. Así lo hizo. Redactó aquellas famosas « Leyes de Estado » en que se acuerdan iguales derechos políticos á la nobleza que á la burguesía, para elegir una « Duma » legisladora que establece los impuestos y los gastos, que redacta los códigos, que exige á los fun-

cionarios una honradez ejemplar y que garantiza las libertades públicas. En 1809, al anexionarse la Finlandia, los optimistas creyeron que el país conquistado conseguiría, gracias á su régimen constitucional, influir en el país conquistador. La agitación aumentó, dando por resultado la carta del Reino Polaco que estableció dos cámaras; una de senadores vitalicios elegidos por él y otra de diputados libremente escogidos por el pueblo. Esta « Carta » debía ser completada por otra para el Imperio Ruso, cuya elaboración estuvo á cargo de Novosiltzeff. Pero por desgracia su majestad y sus consejeros no lograron jamás ponerse de acuerdo sobre la fecha en que esta reforma debía comenzar á regir. El terror diciembrista detuvo un punto todo movimiento constitucional. El proyecto de Pestel, que circulaba manuscrito, inspiraba tal miedo al gobierno, que hasta se prohibió que se pronunciase la palabra « constitución ». Aquel proyecto, esencialmente radical, decretaba la república, repartía las tierras, daba la autonomía á Polonia y establecía la responsabilidad del poder ejecutivo ante el poder legislativo compuesto de dos cámaras. Otro proyecto de la misma época es el del partido federal de los Eslavos Reunidos, que establece una especie de Estados Unidos del Norte de Europa, compuestos de todos los territorios del zar. En 1862 los nobles de Moscú dirigieron al emperador una memoria en la cual pedían « un régimen digno de la gran patria rusa »; y en 1867 el zemstvo de San Peters-

burgo pidió que se reuniese una asamblea nacional con plenos poderes. En 1880 la idea del sobor constitucional ganó partido, aun entre los mismos consejeros de Alejandro II, y seguramente habría llegado á realizarse sin la oposición de los grandes duques. Alejandro III pensó también en reunir, en 1882, para celebrar el nacimiento de su hijo el zar actual, un sobor.

El historiador Golokhavstoff recibió entonces el encargo de elaborar un programa legislativo. Por desgracia los grandes duques creyeron de nuevo tener que intervenir en favor de la autocracia sin límites. De entonces acá, cada partido, cada grupo, cada personalidad, ha hecho su proyecto de constitución. El soberano mismo, según parece, tiene el suyo, y hasta lo sometió, hace tiempo, al apostólico Tolstoi, quien le contestó, en términos categóricos, que á su modo de ver el pueblo ruso no tenía necesidad ninguna de leyes, ni de cartas, ni de representantes, sino de poseer sus tierras y de no hacer la guerra. Tolstoi ha confesado á un periodista su intervención. Oidle :

« Hace dos años, en una carta al zar, le exponía yo mis ideas. Si queréis que vuestro despotismo no pase por la Humanidad como un azote de Dios. terminad la obra de Alejandro II, que libertó al hombre, pero no libertó la tierra ; con lo cual su servidumbre permanece y perdura. Eso valdrá por todas las constituciones políticas del mundo, eso equivaldrá á una grande y honda revolución, eso es lo único capaz de crear una Humanidad

nueva, echando los cimientos de la futura anarquía, irrevocablemente triunfadora. Abolida la propiedad privada, habréis abolido la razón de ser de la existencia de los poderes y de los gobiernos; y seréis como redentor del mundo, como redentor que ha extirpado las causas de todos los crímenes individuales y de todos los crímenes colectivos que se llaman guerras. Sí; lo veremos, lo veremos, si Dios nos concede prolongar la vida: la Humanidad se verá redimida, al fin, de esa segunda esclavitud que hace á unos amos y á otros siervos. La palabra y el concepto de « amo » de ahí se deriva, de la propiedad de la tierra. En las fábricas ya no se habla de amos, sino de patrones: sólo en el trabajo de la tierra subsiste la idea de posesión de un hombre por el vínculo territorial, por el nexo del suelo. Y en vano asambleas y convenciones promulgarán los « Derechos del hombre », y se perpetrarán la befa y el escarnio de hablar de libertad, igualdad y fraternidad, mientras lo que trabaje el labrador sirva de sustento y regalo al señor rentista, mientras el universo entero esté dividido en dos clases: amos de la tierra y siervos de la tierra. En todo el siglo pasado la única obra substantiva de propaganda revolucionaria social la hicieron los que abrogaban por el reparto de la tierra, hombres como Henry George, hombres como el príncipe Kropotkine, hombres que han adivinado y visto la solución de la cuestión de las cuestiones ».

Estas palabras de Tolstoi, hábilmente comen-

tadas por los grandes duques, han sido, según parece, una de las razones más serias que el emperador invocaba cada vez que alguien le hacía ver la necesidad de una carta fundamental.

Si ahora, ante la realidad palpitante, ante la realidad espantosa, el joven soberano se ha decidido, abriendo los ojos, á convocar á los representantes del pueblo para pedirles que expongan sus ideas, es probable que al fin, la Rusia, más que santa, desgraciada, vaya á poder sacudir el yugo de la autocracia. La revolución existe virtualmente. Todo hombre que piensa, todo hombre que siente, es enemigo del régimen actual. Las masas no se mueven, porque para detenerlas, hay aún hordas de cosacos. Los fusiles sostienen el trono absoluto. Pero, que un día los fusiles se nieguen á tirar, y las circunstancias habrán cambiado. El rudo Gorky ha dicho, para contestar á Tolstoi, que no se trata de pedir mucho cuando se desea conseguir algo. Oidle:

« El pueblo es demócrata, nada más porque la república en Rusia es el ideal lejano del mañana y no del presente. Pidiendo demasiado, pidiendo una república, lo único que lograríamos es alejar la posibilidad de un cambio trascendental y hondo. En lo porvenir no habrá poder, no habrá autoridad, no habrá propiedad privada, ¿ quién lo niega ?; pero es teniendo fe en la ley fatal é ineludible del progreso por la evolución, no queriendo levantar

el cadáver de la autocracia á fuerza de delirios insensatos. La misma Europa liberal que ahora nos apoya y nos mira con simpatía á todos los reformistas, se apartaría de nuestro lado si pretendiéramos hacer en años, en meses, en días, lo que á ella le costó siglos en hacer. »

Estas palabras son la verdadera expresión del pensamiento ruso. Se pide poco, pero ese poco se pide con energía. Concediéndolo, Nicolás II evitará que la revolución se prolongue, que el terrorismo se eternice alentado por la insolencia de los grandes señores ; que el foso que los funcionarios han abierto entre el pueblo y el gobierno, se ahonde más aun siendo ya tan hondo; que la fe, en fin, la fe hecha para consolar, se convierta, por culpa de los crueles inquisidores, en un yugo sangriento.

PAISAJES RUSOS

EN LA FRONTERA

— ¡ Wirballen!... ¡ La frontera!... ¡ Todo el mundo cambia de tren!...

Y á medida que la voz estentórea pasa ante los camarotes del Nord expreso, una ligera inquietud apodérase de los viajeros. No hay uno solo que no tenga alguna aprensión. Y es que se han contado en el orbe entero tantísimas historias desagradables sobre las arbitrariedades de los funcionarios rusos, que nadie puede sentirse seguro. Ayer nada menos, los periódicos ingleses y alemanes hablaban de dos periodistas detenidos en la frontera polaca y encarcelados durante tres días por haber tratado de introducir algunos paquetes de periódicos liberales.

¡ Wirballen!

Ya el tren se ha parado. En cada portezuela, dos cosacos. Dentro, una invasión de *nossilchtchik* que se apoderan de nuestras maletas y que se las llevan Dios sabe adónde, murmurando frases misteriosas. Nosotros vamos tras ellos. Al llegar á la puerta de la aduana, la palabra temida :

— ¡ Pasaporte!

Ya lo entregamos, y un empleado nos explica

que es necesario esperar que sea examinado para que se autorice el registro de nuestro equipaje.

— Si está en regla — dice — es cosa de pocos minutos.

Y nosotros pensamos: ¿Pero si no lo está? Si se les ocurre que falta una coma? ¿Si se ha olvidado un sello? Y las anécdotas acuden en tropel á nuestra memoria: las anécdotas de franceses, que tienen necesidad de regresar por no haber pensado en un « viso » consular; las anécdotas de yanquis, que se quedan ocho días en la frontera esperando la traducción de sus pasaportes.

Icono, que ocupa el fondo de la inmensa sala, entre dos cirios enormes que arden y dos ramilletes que se hielan; santo Icono de la santa Rusia, tú que ayudas á Kuropatkin, tú que iluminas á los consejeros del zar, Icono vestido de telas de oro, Icono coronado de estrellas, ¡protégenos contra los funcionarios que examinan nuestros pasaportes!

EN EL NORD-EXPRESS

Con la alegría de los que han salido fácilmente de una imaginaria dificultad, volvemos al Nord-expreso, que ya no es el mismo, y que no sólo es mejor, más amplio, más cómodo, sino también más lujoso. El comedor, decorado con pinturas al fresco, está lleno de gente. Es la hora del te. Y una frase de cierto personaje de comedia francesa viene á los labios:

— Yo no pago el suplemento de los trenes de lujo, sino para ver mujeres bonitas.

Vale la pena, en verdad. Porque no hay en ningún lugar del mundo una mezcla tan variada de tipos, un ramillete igual de sonrisas. Allí están las parisienses. Son la mayoría. Son, también, la flor y nata. Sus trajes, sus cuerpos, sus elegancias, sus malicias, sus coqueterías, todo lo que constituye el encanto de la muñeca moderna está en ellas y en ellas vibra. ¡Y cómo rien! ¡Y con cuántos mimos, con cuantísimo estudio miran! Al lado de ellas, las alemanas parecen de madera; de una madera muy bien torneada, muy barnizada, muy fresca, pero madera al fin.

Sus actitudes son invariables. Ni se mueven, ni *flirtean*, ni siquiera parecen tener conciencia de que son bellas y de que son mujeres. Así, poco éxito. Pero, en cambio, sus hermanas las austriacas rivalizan con las más seductoras, uniendo la frescura germánica al arte francés. Luego, menos numerosas, las bellezas morenas, las que aquí son exóticas, con sus ojos de fuego, las que contrastan con las pálidas eslavas de pupilas blancas... Y hay, dominándolo todo, una miss.

¡Qué bien dice aquella frase vulgarísima, que cuando una inglesa se pone á ser bonita redime á todas sus compatriotas del pecado de fealdad!

Esta es deliciosa. Hay en ella algo de joya y algo de flor. Es como un esmalte animado. Su vista es una caricia. Se goza castamente de ella, de la gracia que sus labios exhalan, de la alegría de sus ojos, de las curvas de su cuerpo; se goza casta é infinitamente, cual ante un milagro. Y

como ella lo sabe, sin duda, y como es evangélica, aun en esta tierra polar, está vestida lo mismo que nuestras paisanas en verano, con una camisilla de transparente lino y con una falda ajustada.

LA CANCIÓN DE LA NIEVE

... Y como las camas son excelentes, y como el cansancio es el más poderoso de los opios, nos levantamos cuando ya el sol lleva muchas horas de alumbrar la estepa. Y alumbrar no es un decir. El sol es pálido; pero es luminoso. No tiene forma; es como una custodia desdorada y maltrecha vista á través de lentes opacos. Tiene algo de cómico. Su miseria aumenta la miseria del paisaje. Y sin embargo, su luz sutil lo ilumina todo, lo aclara todo, lo embellece todo. La nieve, á su caricia, cúbrese de puntos diamantinos.

¡La nieve!

Vosotros, los que no habéis pasado por aquí, no tenéis idea de lo que esta palabra significa. La nieve es la divinidad terrible, la obsesión durable. Es el sudario que cubre la inmensa tierra muerta. Y es infinita y es todopoderosa. Más allá del horizonte, ella reina siempre. Ella es la que convierte los pinos en juguetes de porcelana, la que envuelve entre albos algodones los pajales; la que hace techos marmóreos á los altísimos haces de leña; la que le fabrica una corona al pozo; la que oculta la sordidez de los tejados.

¡La nieve!

En donde mejor se ve su augusta y triste grandeza es en los inmensos espacios vacíos, sin plantas ni seres, en las llanuras fabulosas que se extienden á nuestra derecha. Ahí nada rompe su armonía. Ella sola orgullosa, va hasta el horizonte en ondulaciones voluptuosas y suprime hasta la idea de la vida vegetal. Su blancura se matiza de las más finas tintas, de los más tenues reflejos y se dora y se ruboriza y se platea y cobra luces celestes y llega á veces, en sus curvas más pronunciadas á teñirse de misteriosas fosforescencias violáceas.

¡La nieve! ¡La nieve!

¡Cuán bella es! ¡Pero cuán cruel! Los habitantes de la estepa se la representan convertida en dios, con la nariz encarnada y el manto blanco. Le llaman Moroz. Lo adoran con terror supersticioso, y, lo mismo que los cartagineses á Baal, le ofrecen, en triste holocausto, sus pobres vidas sin alegría. Todos, en efecto, mueren por él; todos, hasta los osos pesados y rítmicos; todos, todos, hasta los pinos melancólicos y esbeltos.

SAN PETERSBURGO

¡San Petersburgo!... De un extremo al otro del Nord-express, el anuncio de la próxima llegada produce una sensación de placer y de inquietud. Las frentes se apoyan en los cristales de las ventanillas y la vista busca, á través de la nieve, allá, á lo lejos, el panorama de la ciudad. ¡San Petersburgo, San Petersburgo! Y poco á poco, en el

espacio helado, bajo un cielo opaco, van surgiendo los edificios principales que ocupan las acrópolis. Y son cúpulas doradas, y son infinitos domos multicolores, de estilo bizantino, formando familias arquitectónicas, en las que los pequeños se acogen á la sombra de los grandes; domos variadísimos que, á veces, son cual un fruto maduro en la cima de un tallo, y, á veces, se abren en pétalas áureos, como inmensas flores asiáticas, como lotos monstruosos; domos que seducen y desconciertan, que se ocultan unos tras otros, que surgen de pronto, que dominan el paisaje y que, tutelares y caritativos, ponen en el ambiente de frío y de bruma un poco de luz, de capricho, de alegría. ¡San Petersburgo! Y vemos, ya cerca, en una plaza inmensa, en medio de edificios que aun no se precisan, la columna célebre, en cuyo remate se yergue el ángel de bronce. Vemos las torrecillas agudas del almirantazgo y del Volkovo, las cruces extrañas de cien iglesias, las columnatas, las estatuas... ¡San Petersburgo! Todo es grande en el panorama. Las calles no tienen fin y se pierden en el horizonte. El río helado, por el cual pasan enormes carretas, se ha convertido en una cantera de hielo. Los ojos no pueden cansarse de contemplarlo. Es lo más singular, lo más exótico que pueden imaginaciones meridionales figurarse. Barcos de tres palos están prisioneros en sus aguas; bajo sus puentes, los vendedores ambulantes han plantado tiendecillas de campaña y calientan el samovar; en todas direcciones los

grupos de patinadores pasan rápidos y rítmicos. ¡San Petersburgo!

LOS TRINEOS

Henos aquí. Ninguna dificultad. Nadie nos ha pedido el pasaporte al bajar del tren. Ningún funcionario de barbas hirsutas nos ha interrogado. Los de la aduana, allá en la frontera, apenas entreabrieron nuestras maletas y sólo nos pidieron nuestro « pass », cual ellos dicen, para ponerle un sello. Henos aquí, en nuestra troika sonora. ¿Por qué ocultarnos á nosotros mismos la sensación que experimentamos? Como el poeta, vemos complacidos que aun podemos hallarnos « curiosos de todo y de todo admirados ». Tenemos curiosidad de ver cómo anda este vehículo, bajo y ancho, sin ruedas; tenemos curiosidad de saborear las caricias del aire helado; tenemos curiosidades de todas clases, infantiles y frívolas, alegres, con voluptuosidad. Así, en cuanto el mujik, de pantalón rojo y de abrigo peludo, empuña las triples riendas, nos arropamos bien en los abrigos de nutria aterciopelada, y esperamos. Hay algo de beato en nuestras almas. Ligeras esperanzas, ligeros temores nos animan. ¿Qué vamos á encontrar allá, al volver de aquella esquina; allá en donde comienza la ciudad formidable y enigmática? ¿Asistiremos á un segundo acto de la tragedia? ¿Veremos levantarse el sol de púrpura? Junto con estas graves preguntas, otras muy nimias acuden. ¿Será polar, será mor-

tal el frío? ¿Será la vida muy rara? Y, ¿por qué negarlo? también nos preguntamos: ¿Serán bonitas las rusas; serán como aquellas que, en los bajos relieves del admirable Truketzkoi, se yerguen cual iconos, á como aquellas otras del pintor Widhopff, que tienen ojos glaucos y sonrisas de Yacondas?...

El campanilleo de los arneses ha interrumpido las soñaciones, un riendazo, una exclamación gutural del auriga, y henos aquí en plena realidad, resbalando rápidos sobre la nieve. Las calles van abriendo sus perspectivas ante nuestro galope. Porque aquí el paso rocinante de los simones es desconocido. Todos los trineos corren dejando nubecillas de hielo en sus huellas, todos, desde el modesto que guía un « izvochehik », hasta el señorial que, tirado por una cuadriga, lleva á los grandes duques de paseo. El nuestro es una troika, algo como un carro romano, con sus tres caballos enganchados en forma de abanico, con su cochero casi de pie, vocinglero y gesticulador, con sus arcos llenos de cascabeles y de campanillas que suenan, que alegran, que llenan la calle y que nos hacen repetir mentalmente los versos de Edgardo Poe:

Los trineos matutinos
con sus toques argentinos,
pasan locos entre risas...

Porque, en efecto, hay algo de locura alegre en este resbalar vertiginoso, que deja apenas entrever las tiendecillas bajas, en el fondo de las cuales,

en pleno medio día, arden las lámparas de gas, y que da á los edificios que se encuentran formas alargadas y temblequeando. Hay locura sí; pero sobre todo hay, para nosotros los que venimos de muy lejos, sorpresa inquieta. ¡Qué sensación tan penetrante! La nieve del suelo, cortada por los patines de acero, salta hasta nuestro rostro, mientras los copos, más suaves, vienen volando á posar sus alas albas en nuestros abrigos, en nuestras gorras. Todo es blanco. Los caballos llevan las crines empolvadas, como pelucas de marqueses Luis XV. En las barbas del mujik que conduce, el aliento se ha helado y forma estalactitas. Las riendas, á pesar de su perpetua sacudida, se llenan de puntos inmaculados. En las aceras nada sobresale. Los bancos, los kioscos, las vidrieras, todo es blanco, blanco. Y ante nosotros, en una anchura admirable, cual una gigantesca vía sacra de mármol nuevo, se extiende á pérdida de vista la Perspectiva.

¡ ESTOS HOTELES !

Estos que el ingenuo Baedeker llama grandes hoteles, no son, en realidad, sino hoteles grandes — muy grandes, eso sí — más grandes que cualquier « caravanserail » parisiense, tan grandes como un « palace » neoyorkino, y sobre todo muy complicados, con cien escaleras diferentes, con pisos que no están nivelados, sino que bajan y suben por medio de gradas, con puertas en varias calles, con pasillos enormes y obscuros. Todo esto

obedece á que en su formación estos hoteles han seguido un sistema igual al de la patria rusa : han ido anexionándose las casas vecinas conquistadas con oro. Desde fuera, contemplando las fachadas del nuestro, cuento hasta siete fábricas diferentes. Pero á los propietarios les parece que basta con pintar todos los muros exteriores de un solo color para establecer la unidad.

El confort ruso es sumario. Lo indispensable le parece suficiente. Así, en los hoteles, nada de halls como aquellos que en Londres, en París, en Bruselas, en Berlín, en todas partes, sirven de sala de descanso durante el día y se animan al anochecer con lánguidas músicas de tziganos. No, nada de músicas. Nada de lujo, ni siquiera una sala de café, ni un bar á la americana con altos taburetes. Las salas mismas de lectura — el «salón», como dicen pomposamente los señores gerentes — son estancias reducidísimas, con doce sillas incómodas, una gran mesa cubierta de periódicos y un velador diminuto con recado de escribir. Allí es en donde los huéspedes esperan turno para ir escribiendo uno tras otro su correspondencia; allí es en donde nos amontonamos todos tratando de leer el periódico del día ; allí, en fin, es donde las rubias misses y las ondulantes demoiselles establecen sus « flirteos » á la hora clásica del te.

¡Y los muebles! Hay en los periódicos ilustrados parisienses un grabado que simboliza el gusto de este pueblo. Es una sala pequeña en el palacio

imperial. El zar y la zarina, sentados uno frente á otro, callan. Y las ilustraciones escriben al pie: «Nada tan distante de la idea que nos formamos en Europa del lujo imperial, como esta realidad modestísima». En efecto; los muebles de palacio, como los de mi hotel, todos los muebles de toda la santa Rusia, son de un estilo pesado, viejo, sin elegancia. Diríase que la influencia europea se detuvo allá el año 48, en tiempo de Jorge Sand, después de haber llenado las almas de vagos anhelos idealistas y los salones de enormes sofás á lo Luis Felipe, de frondosos cortinajes de reps florido, de espejos cuyo marco rematan dos angelotes que sostienen una guirnalda de rosas.

Y todo esto muy mal alumbrado... Porque se diría, en verdad, que gastando toda la lumbre en calentarse, los rusos nos tienen para iluminar sus calles y sus casas sino unos cuantos cabos de vela.

POR LAS CALLES

Hace dos días que no nieva. El termómetro no baja de cero. Entre el hielo que, fundido, forma un lodazal sin orillas, los trineos se arrastran difícilmente. Los techos, despojados de sus blancas cubiertas, gotean con una monotonía desesperadora. Esta clemencia repentina del clima ha cambiado por completo el aspecto de la ciudad, poniendo á la vista lo que ayer estaba oculto, derritiendo los mantos albos de las estatuas, limpiando los opacos cortinajes de las vidrieras. ¡Y es lástima, os lo aseguro, es una inmensa lástima!

Porque, así como Nápoles dora sus sordideces con sol, San Petersburgo esmalta de nieve sus miserias.

¡Lo que va de ayer á hoy! Ayer había aquí una gran ciudad. Hoy sólo queda una ciudad grande. Los copos complacientes servían de soldaduras á los contrastes, y nada chocaba en la uniformidad virginal. Entre los altos cuellos de pieles los rostros no tenían más singularidad que la irritación producida por el frío. Era una magnífica capital europea, os digo. Pero ahora que las vidrieras han recobrado su transparencia y que las solapas monstruosas de los abrigos peludos se han bajado : ahora que nada esconde nada, notamos que Europa se quedó allá del otro lado de la frontera, antes de Wisbaden, y que esto no es, realmente, sino una encrucijada por la cual pasan algunas razas asiáticas. « ¡ Somos tártaros puros ! » — exclama Dostoyewski.

Y si los otros rusos no lo dicen, ó por lo menos no lo dicen con gusto, poco importa. Todo aquí proclama el exotismo original. Ese lujo vistoso, esa ingenuidad en el amontonamiento de las riquezas, es pérsico. En esos rostros hay mucho de mongol. Esa novelería ante lo que suena, ante lo que brilla, ante lo que sorprende, es de pueblos jóvenes que aun no han sido gastados por civilizaciones tradicionales. Esa misma lengua, en fin, sin durezas propias del norte de Europa, sin atropellos de consonantes, esa lengua que gorjea llena de diminutivos y de languideces, es de formación extraoccidental.

No tengo necesidad de ir muy lejos para convencerme de que San Petersburgo es una ciudad improvisada, algo como un barrio de Exposición universal, ó mejor aún, un campamento de palacios. Los historiadores hablan de doscientos años. Lo importante era tener mucho oro, mucho oro, muchísimo oro. Porque en toda esta arquitectura sin belleza, hay un derroche que pasma de columnatas de mármol, de techos áureos, de torres altísimas, de muros de basalto. En cualquier callejuela se encuentra, entre dos casuchas, un palacio de piedra roja de Finlandia con cariátides de ónice y puertas de bronce.

Las plazas parecen hechas para que ejércitos enteros maniobren en ellas. En la Morskaia, en la Karanskaia, en la Vladimirsky, en la Liteiny, en todas las grandes calles, hay edificios á granel. ¡Y qué decir de la Perspectiva Newsky! Es el orgullo de la ciudad. No admirarla es cometer un sacrilegio. ¡La Newsky! Empero, no hay vía petersburguesa que haga experimentar la sensación de campamento, tan bien como esta maravillosa Perspectiva.

LA PERSPECTIVA NEWSKY

Hela aquí sin su nieve tutelar. Es larguísima. Es muy ancha. Es perfectamente recta. Cada cien pasos ostenta un palacio, y en cada palacio hay dos ó tres tiendas de lujo. En uno de sus extremos se alza la esbelta torre del almirantazgo.

En su centro está la catedral de Kazan con sus

mil columnas. Los guías, al acompañaros, os van diciendo, como los gondoleros en el « Canale Grande », los nombres de los palacios. Este es el Autichkov, éste el del duque Sergio, éste el de Stroganoff, este el de un banquero, aquél el de una cocota...

Y luego vienen las iglesias, Santa Catalina, las Holandesas, la de los Armenios, la del convento de San Alejandro. Y en seguida, los teatros, las bibliotecas, los grandes hoteles. ¡ Todo muy suntuoso, de acuerdo, todo muy rico ! Pero colocaos aquí, en la parte céntrica, en la esquina de la Morskaia, y contemplad el conjunto. ¿ No es cierto que ahí falta algo ? ¿ No es cierto que ahí sobra mucho ? Esos techos desiguales que sorprenden sin seducir, esos contrastes entre fábricas sin analogía, esos vacíos repentinos, esa grandeza sin hermosura, en fin, choca y entristece y hace pensar en ciertas calles de Italia, que en quinientos metros, con dos capillas y unos cuantos palacios modestos, producen una impresión de majestuosa armonía que aquí falta.

Y si de lo monumental pasamos á lo elegante, á lo que en París y en Londres es tentador, á los escaparates de las tiendas, igual impresión sacamos. Hay muchas vidrieras, sí, y en esas vidrieras hay muchas cosas. Solo que están mal presentadas.

El ruso, niño bárbaro, quiere enseñar todo lo que tiene, quiere lucir todos sus trajes, quiere amontonar todas sus joyas. En una ventana hay con que llenar diez ó doce. La promiscuidad es

corrientísima. En el mismo sitio se exponen custodias de plata para iglesia y marcos dorados con el retrato de la bella Otero. Las tiendas de los fruteros se avecinan con los almacenes de encajes. Entre los quesos de bola y las sedas Liberty, no hay más que un tabique.

Pero quizá todo esto sea muy natural, muy lógico, muy bello, y á mí no me parezca hoy lamentable sino por efecto del deshielo. Quizá todo aquí esté hecho para ser visto entre la nieve. Cada ciudad necesita su atmósfera peculiar, su cielo, su sol. Y hoy los copos no han caído, y el rey del Polo no ha soplado sobre nuestras cabezas. Y esto es como si en Sevilla no saliera un día el sol.

FUNCIONARITIS

Ayer estuve en la prefectura de policía. Hoy he estado en el ministerio de hacienda. Una y otra vez fuí en compañía de un joven humorista inglés que, cansado de no encontrar en San Petersburgo teatros de género chico, se ha propuesto reir á costa de los funcionarios rusos.

— Es el sitema más barato y más seguro — me dice.

Y, en verdad, tiene razón. Porque no hay en el mundo entero un ser tan caricaturesco como el empleado moscovita. Recordad todo lo que, en vuestros paseos forzosos por ministerios, archivos y bibliotecas, os ha hecho reir. Evocad las siluetas goyescas de los viejos que duermen metidos

en sus gorros con borla, y de los jóvenes que se acartonan en la inmovilidad del dulce no hacer nada oficinesco. Ved con la imaginación á los seres de Monnier, de Gavarny, de Forain. Haced épicos vuestros recuerdos, en fin, y aun os quedaréis muy lejos de la realidad.

Aquí, en primer lugar, el funcionario es casi siempre un caballero de uniforme que lleva veinte cruces en el pecho. Los más modestos se ponen frac y ostentan en el cuello una medalla. En cuanto á los orgullosos, parecen á primera vista introductores de embajadores.

Mi inglés me ha dicho :

No se asuste usted por el número de condecoraciones. Aquí son inofensivas.

Yo no me he asustado. Me he contentado con tratar de contarlas, y he visto que son infinitas como las estrellas y variables como el mar. Las hay grandísimas, con alas, como ruedas de molino ; las hay ovaladas, casi oblongas, con picos que van desde el pecho hasta la cintura, las hay, naturalmente, redondas ; y lo extraordinario, lo increíble, es que las hay también que son cuadradas. Cada una tiene su cinta y cada cinta es de varios matices. Así, entre la capa del estudiante clásico, que

> toda llena de remiendos
> de diferentes colores,
> parece un jardín de flores,

y la casaca de un funcionario ruso, no existe diferencia ninguna.

Pero, bajo ese exterior tan solemne, se esconde una alma de *clown*.

— Vea usted cómo tiembla — murmura mi amigo al abrir la puerta de una oficina.

Y, realmente, en cuanto alguien se presenta, los diez, los doce, los veinte personajes de la estancia ministerial, palidecen y gesticulan y tosen y tiemblan de miedo, figurándose que van á obligarlos á trabajar. ¡ Pobrecitos ! Todos tratan de hacerse los distraídos ó los ocupados.

— ¿ Podría usted...?

Pero ninguno deja terminar la pregunta.

No es aquí. Los diez lo han asegurado.

Mi buen inglés, cruel y tenaz, continúa interrogando uno por uno :

— ¿ Podría usted darme un apunte sobre las rentas de tabacos ?

No es ahí. Los diez lo han asegurado. Y, sin embargo, en la puerta, en letras rusas, latinas y alemanas, el triple rótulo dice :

Renseignements statistiques sur le tabac.

— Y eso — termina mi acompañante — que no hemos tenido la suerte de llegar cuando estaban tomando el te.

¡ Oh, el te de los funcionarios ! Desde el director general hasta el portero, todos toman tres ó cuarto tazas durante el día, y para cada taza necesitan una hora.

— Pero, por fortuna — termina mi inglés — en el imperio del zar no hay más que un funcionario por cada catorce habitantes.

LOS TRABAJADORES DEL HIELO

Después de unos cuantos días de temperatura primaveral, he aquí de nuevo el frío intenso y seco. En el horizonte resplandece con luces mortecinas de cirio un sol de forma fantasmagórica. El cielo está verde, deliciosamente verde, como un lago, como un *Fjford* apacible, con suavidades sedosas en su matiz... Y metidos en nuestros abrigos vamos por las calles sin rumbo fijo, saboreando la cruel voluptuosidad del soplo polar que muerde el rostro y que con sutilezas de aguja penetra por el cuello, por las mangas. Bajo nuestros pies, la nieve cruje vidriosa. Es la buena nieve que endurece las aguas de los canales y que convierte el Neva en mina de témpanos.

—¿Queréis venir? Es muy curioso.

Allá vamos, y apenas comenzamos á contemplar el espectáculo, una inmensa melancolía nos invade. Ante penas como éstas, se comprende la exaltación piadosa del alma rusa. Son infiernos helados los que el poeta tiene á la vista sin cesar. Y hay en esos trabajadores tal tristeza, tal abatimiento, tal miseria, que con sólo verlos toda dureza sentimental se funde. Metidos entre pieles sucias y peladas, con las manos enguantadas en sacos de lana, extraen la nieve en témpanos cuadrados. Al golpe de sus picos saltan, hirientes como cristales, duras como cristales, las heladas astillas. A veces, en las rudas caras, entre los arreboles del frío, una mancha algo más encendida

aparece : es sangre, sangre que se coagula, sangre que se endurece. Y el pobre trabajador, impasible, sin un gesto, sin una crispación, se detiene un punto. Siente la herida. Con un puñado de nieve se la lava. Luego, otra vez á la labor.

¡Los trabajadores del hielo!

No comprende uno por qué el gobierno ruso se empeña aún, cuando quiere atormentar á alguien, en mandarlo á las minas de Siberia. Con hacerle cortar témpanos en el Neva, tendría bastante para saciar la más voraz venganza. Porque no hay entre las penas dantescas un jardín de suplicio comparable á esta blanca llanura.

OTRA VISIÓN DE MISERIA

— ¡Ya veréis cuán curioso!

Y nuestro trineo seguía su carrera por las márgenes de la Fontanka helada, dejando atrás los barrios ricos, las avenidas palaciegas, las plazas monumentales... Y muy lejos, muy lejos, allá en el fondo de un suburbio sórdido, detrás del monumento de la Gloria, casi al pie de la popular basílica de Ysmailof, vimos al fin una puerta adornada de iconos.

— Aquí es; entremos.

Entramos. Al principio fué un pasaje, un pasaje pobre, algo como el Temple de París, una especie de Rastro lleno de puestos de cosas viejas, un bazar de trapos usados, de joyas falsas, de cuadros descoloridos, de armas incompletas, de objetos hete-

rogéneos, atrayentes por su misma miseria. Nos detuvimos ante cada vidriera. Entramos en muchas tenduchas. Vimos en montones extravagantes, mezclándose cual frutos de saqueo, los Cristos de plata y los samovares de cobre, las dalmáticas recamadas de oro de las iglesias ortodoxas y las medias de seda color de rosa Dios sabe de qué pecadoras, las mantas de los más humildes lechos y los encajes principescos, los puñales del Cáucaso, bellos como joyeles, y las ruedas sueltas de las máquinas de coser, los pergaminos historiados y las entregas de las modas elegantes. Gozamos como exploradores en muchos sitios. Examinamos con desconfianza los objetos que nos parecían hallazgos, y siguiendo el sapientísimo consejo baedekeriano, regateamos á la manera judía, ofreciendo veinte kopeks por lo que costaba un rublo. Los vendedores, ávidos é indecisos, juraban primero que no podía ser; luego hacían una rebaja; en seguida corrían detrás de nosotros para decirnos que sí... Y sempiternamente, la misma salmodia alzábase de sus labios, mientras ataban el paquete:

— Más caro lo pagué yo, caballero; pero los tiempos son tan difíciles... ¡hay tanta pobreza!...

En el fondo de obscuras barracas, mujeres pálidas de perfil semítico hacíannos gestos desesperados invitándonos á entrar. Tenían, para ofrecernos, pastillas perfumadas, pastas de afeites, pañuelos de seda, flores artificiales y además ¡oh! además misteriosamente, abriendo mucho los ojos, acer-

cando los labios á nuestros oídos, además, tenían talismanes amorosos, filtros mágicos, amuletos encantados.

Es la más grotesca, la más cómica de las ferias.

Pero apenas habíamos acabado de decirlo, cuando nos encontramos en el umbral del inmenso patio que constituye el verdadero *chtchukine*, es decir, el « mercado de los piojos », el antro raro y característico de la miseria petersburguesa, la corte de los milagros moscovita, la ciudad doliente y pestilente.

Comparado con aquello, lo anteriormente visto en las barracas del pasaje nos pareció rico, cual bazar de Mil y una noches.

Porque no hay, no puede haber en el mundo, ni siquiera en los ghetos de Africa un igual espectáculo de asco y de piedad. En el aire, los olores de la manteca rancia, de los harapos húmedos y de los pescados podridos, mezclábanse para hacer irrespirable la atmósfera. La nieve misma del suelo, negra, espesa, parecía exhalar un aliento de descomposición. ¡ Y qué decir de aquella hormigueante masa! ¡Cómo pintar aquella multitud famélica, aquel populacho de ciudad medioeval en tiempo de peste, aquel rebaño descolorido, sin esperanza, casi sin vida, animado no más que por el instinto supremo de la animalidad y sólo sensible á esos dos acicates asiáticos que son el hambre y el frío ! ¡ Cómo deciros siquiera de qué se vestían, con qué se calzaban! Ni aun en las escrupulosas descripciones de los ejércitos hunnos existe

un catálogo capaz de servir de guía para tal enumeración. Ninguna prenda era de una sola tela. Había pantalones que, con sus perneras de diferentes colores, cual los de Arlequino, habrían hecho reir, si no hubieran hecho llorar. Las pieles de las monteras, pieles asquerosas, sin un solo pelo, tenían remiendos de paño.

Las faldas de las mujeres, muy cortas por lo general, eran á veces pedazos de alfombras, restos de cortinas. En cuanto á los zapatos ¡oh, miseria de las miserias! los zapatos para el hielo perpetuo solían no ser sino de trapos que envolvían los pies. Y para ahondar la sordidez, había entre todo aquello manchas vivas de color, producidas por alguna pluma adornando un sombrero femenino, alguna casaca de teatro cubriendo el cuerpo de un mendigo.

— Entremos hasta el fondo — díjonos nuestro guía — veréis lo que se vende.

Sin dar muchos pasos lo vimos. Lo vimos y nos volvimos atrás. Eran, entre calcetines viejísimos, pedazos de pan, junto á fragmentos de pieles innobles, pescados secos. Era lo más increíble, lo más horrible. Era aquello que está antes de la muerte de frío y de la muerte de hambre. Era, para evitar la podredumbre de la tumba, la podredumbre de la vida.

Y lo más espantoso es que, entre aquellos seres, había muchos, muchos, que contemplaban los harapos y los mendrugos con impotente deseo, con vano anhelo...

LA OBSESIÓN DE SIBERIA

Es el infierno de los que piensan. Cuando un poeta tiene un sueño de libertad, de dicha nacional, de ventura piadosa, ve á lo lejos, en una bruma helada, á una mujer que poniéndose el índice sobre los labios le obliga á callar. Es la imagen de Siberia. Y cuando, en los tímidos arrebatos del alma altruísta, un escritor siente que acuden á su pluma palabras de justicia, de verdad, de reparación, una mano invisible detiene su brazo : la mano de Siberia.

En la corte misma, entre los favoritos ; en los « boudoirs » donde triunfan las sonrisas femeninas ; en medio de las intrigas galantes y de las maquinaciones políticas ; en la antecámara imperial, al pie del trono, la palabra siniestra, sin cesar, suena con sus sílabas de hielo. ¡ Tú, princesa rubia, que aun crees en la virtud, y en el amor ; tú, que adoras á tu marido el esbelto capitín de la guardia, ten cuidado ! Un gran duque te ve con ojos de oso tierno. Si no le sonríes pudiera ser que se descubriese mañana un « complot » en el cual tu padre aparecerá comprometido. ¡ Siberia ! Y tú, paje noble, tú, que sirves á los infantes con elegante humildad, tiembla de sólo pensar que un día una sobrina del César puede ver con complacencia tus ojos azules y tus labios rojos. Para hacerte olvidar, ahí está Siberia. ¡ Pero, qué digo ! Tú mismo, gran chambelán, y tú duque secretario, y tú ministro omnímodo, y tú general

glorioso, todos vosotros los que servís de rodillas al Santo Tirano, vosotros y vuestros hijos, ¿no os estremecéis acaso con frecuencia pensando en que mañana una calumnia cualquiera puede hacer enganchar el trineo que va hacia la blanca Siberia?

Justamente, he aquí un libro en el cual se refieren los tormentos de los más nobles « deportados ». Y no es un libro de poeta, no es una novela de visionario, no es un estudio de almas atormentadas, como los de Korolenko. Su autor es una dama que jamás tuvo aficiones literarias; pero que, contando con sencillez lo que sufrió y lo que vió sufrir, ha sabido realizar el milagro de la suprema belleza! ¡Cómo palpitan en sus páginas los cielos níveos del Asia! ¡Cómo se retuercen los condenados del infierno helado!

Oid. La que habla es la princesa María Wolkouski, dama de honor de la zarina, que siguió á su marido en su destierro. « Los deportados — dice — trabajaban en la mina desde las cinco hasta las once de la mañana. El resto del día pasábanlo en la prisión, que era el lugar más inmundo que puede soñarse. Mi marido ocupaba, en compañía del príncipe Trubetzkoi y de otro noble, una celda de 2 metros 13 centímetros de largo, por un metro 42 centímetros de ancho, tan baja de techo, que ni yo misma podía ponerme en ella de pie. Al llegar, cuando el director del presidio me condujo á aquel sitio, no vi nada. Mi Sergio se precipitó hacia mí, y el ruído de sus cadenas me desgarró el corazón, xaltándome hasta hacerme arrodillar ante él y

besar sus pies descalzos y besar sus grillos. Viendo aquella escena, el carcelero abría la boca, sin poder comprender cómo una mujer libre, noble, joven, inclinábase así ante los hombres á quienes él trataba peor que si hubieran sido perros. »

Verdad es que este es el régimen de rigor que no se emplea sino durante los dos primeros años, con el objeto de matar toda energía en el alma del deportado. En cuanto los informes del carcelero establecen la conquista de la humildad, San Petersburgo da la orden de traslación á una ciudad sin presidio y sin minas, en la cual los desterrados sólo barren las calles y edifican los edificios públicos con un frío de 45 grados. Los fuertes resisten. Los que están sostenidos por una fe inquebrantable no mueren. Ahí está Korolenko, que vive aún, que aun tiene ilusiones, que aun cree en el advenimiento de la libertad. Y para el futuro quedan muchos todavía que irán y que volverán. Queda Gorki á la cabeza de ellos. Porque estos regímenes espantosos que matan las voluntades vulgares, que envilecen el alma de las masas, tienen por lo menos la virtud de crear temperamentos inflexibles y de encarnarlos en carne de mártires.

LOS MÁRTIRES DEL PERIODISMO

Vosotros, mis hermanos, que os quejáis amargamente de las dificultades del oficio; vosotros, los que de vuelta de un viajecillo de dos semanas tenéis necesidad de descansar; vosotros los que,

ante las dificultades que un gobernador os opone para lograr una noticia, os sentís desalentados; vosotros, los que veis con inquietud la perspectiva de unas diez horas de ferrocarril, venid á San Petersburgo á tomar lecciones de fe, de paciencia y de resignación.

No hay hotel, en efecto, en esta metrópoli polar que deje de alojar á varios periodistas venidos de lejos con el objeto de ir hasta Manchuria, y detenidos aquí por los trámites que se necesitan antes de obtener permiso, el pasaporte, el salvoconducto, el billete y el visto bueno.

Llegar hasta aquí, es como ir de Madrid á París. Lo de las aduanas es una broma. No son más molestas que las de Hendaya ó Irún, os lo aseguro. Los carabineros, finísimos, apenas tocan los equipajes. Y en cuanto á los pasaportes famosos que los visionarios pintan como papeles terribles llenos de sellos, de rúbricas, de señas y de contraseñas, los pobres pasaportes, son un sencillo papel en que un cónsul ruso pone su firma y que en las aduanas un empleado ve sin gran cuidado y sella desdeñosamente.

Lo difícil es pasar de aquí con rumbo hacia el país misterioso de la tragedia rusojaponesa. En cuanto alguien habla de tomar el Transiberiano, las caras de los funcionarios cambian.

— ¡Veremos! — exclama el jefe del servicio de la prensa extranjera. Y su rostro risueño palidece, y sus ojillos tártaros, amables, se tornan sombríos.

Lo primero que se necesita es una información hecha por la embajada rusa en el país originario del « solicitante ». Pongamos quince días, contando con la ayuda de la Providencia. Una vez establecido que no se trata de un espía japonés ni de un oficial británico, ni siquiera de un marino yanqui, el periodista tiene derecho á dirigir al gobernador Trepoff un memorial razonado, indicando los sitios que desea visitar y los asuntos que se propone tratar en sus escritos. El ilustre tirano de la metrópoli llama al jefe de la policía especial y le encomienda una *enquête* sobre el « solicitante ». Desde aquel día, el pobre hombre no vuelve á estar solo ni un minuto. En el hotel, en el teatro, en la calle, en todas partes, un hombre metido en un gabán de pieles le sigue, le acompaña, se acerca lo más que puede, lo examina, lo analiza, lo pesa, lo mide, lo olfatea. Y pasan otros quince días. Y contando siempre con la Providencia, el informe es bueno. El gobernador da al ministro una nota favorable. El ministro acuerda el permiso. El periodista se dice : « ¡ Alabado sea San Isaac, patrón de San Petersburgo ! » Pero en cuanto quiere dar un paso, nota que aún es preciso esperar ; ¿sabéis qué ? Nada menos que la « confirmación del permiso », firmada por Kuropatkin. Allá van las hojas, pues ; allá van á la ciudad lejana en que el estado mayor prepara sus planes terribles ; allá van en un ferrocarril que pone veinte días para llegar ; allá van mientras el periodista sigue

esperando. ¡ Y en San Petersburgo, el que menos gasta, si quiere tratar de saber algo de lo que pasa y no estarse encerrado, tiene que hacer un presupuesto ¡ cien francos diarios ! — Eso sería lo de menos — me dice Jean Rodes, que es quien me cuenta su odisea y la de cien compañeros de desgracia ; — lo importante es que perdemos por completo la noción de lo que pasa en el teatro de la guerra, pues aquí, para no parecer sospechosos, estamos condenados á no leer sino periódicos oficiales y á huir como de la peste de las compañías sospechosas... Así yo no me atrevo á leer sin esconderme mi propio periódico, *Le Matin*, de París.

EN EL ACUARIO

— Esta noche vamos á consagrarla á un viaje por el país de la alta galantería.

Y, durante el trayecto, nuestro bondadoso cicerone nos daba pintorescos datos, hablándonos de las fiestas estupendas del restaurant del Oso y del restaurant Donon, de las mascaradas interminables, del concierto de Apolo, de los cortejos primaverales de las Islas, del Acuario, en fin, y de sus gabinetes particulares.

— Este último — decíanos — es el más característico. Por eso os llevo allí de preferencia. Es al mismo tiempo un *music-hall* y una taberna de lujo, algo como Folies-Bergère, que fuese un Maxims, un templo de Venus y de Baco al cual acuden los más nobles y los más ricos devotos, dispuestos á todos los holocaustos. Porque en

Rusia la borrachera es un mal aristocrático. No hay gran duque, ni gran almirante, ni gran general, que haga ascos á las botellas. Lo único que exige la etiqueta es que la borrachera sea cara. Los que beben vodka son despreciables. En cambio, puede beberse champaña sin medida. « En los cafés cantantes — dice Giffard — se ve la universalidad de la borrachera. » Y Giffard es de los que no exageran. Ya veréis. Hoy, justamente, es día propicio. Entremos.

Lo primero que nos chocó fué que la entrada no costase nada. Luego, ya en el interior, sentados ante una mesita de mármol, nos creímos en un concierto alemán. Por todas partes, comiendo enormes chuletas y bebiendo chopes espumosos, las parejas idílicas parecían tan ajenas á la poesía como á la perversidad. Eran, lo mismo que en los cafés de Humburgo y de Berlín, empleados de comercio y costureras, gente apacible, corazones modestos. El espectáculo del escenario parecía preocuparlos más que sus deseos amorosos. Comían, bebían, oían, veían; y estando uno al lado del otro, amándose probablemente, hubiérase dicho que ni siquiera se conocían. Los oficiales mismos, en grupos reducidos, guardaban la mayor compostura.

— ¿Aquél es un general?...

Nuestro guía se echó á reir.

— Es un portero — murmuró.

Su pecho, sin embargo, ostentaba veinte cruces y en sus mangas el oro cubria el paño.

— ¿Y aquel otro, muy joven, con un tricornio y un espadín, de seguro es un alférez?

— Aquél es un estudiante.

Entonces callamos, temerosos de seguirnos equivocando y nos contentamos con examinar los infinitos uniformes que pasaban. Los había negros con adornos blancos, rojos con bordados verdes, amarillos con cintas azules. Los había de corte casi asiático, con anchos pantalones turcos y chaquetas cortísimas; los había magníficos cual trajes de carnaval, llenos de encajes áureos, coronados por morriones de pieles blancas; los había de una sencillez de guardia nacional. Pero, eso sí, todos aquellos uniformes encerraban seres muy apacibles.

— Aquí — nos dijo nuestro cicerone — estamos en el hall de las familias. Los que quieren divertirse, se encierran en los « salones », como ellos dicen, es decir, en los gabinetes particulares. Una vez allí se acabó la gravedad. Del fondo de los aristócratas, de los magnates, el señor feudal surge, cruel y exigente. Ante su voluntad todo debe doblegarse. Para eso paga. A los camareros los trata como esclavos, y á las mujeres las trata, peor aún. ¡Ah; no es fácil formarse idea de lo que aquí les cuestan, á las reinas de Citerea, sus encajes y sus diamantes! Cualquier duque puede disponer de las artistas de cualquier teatro. Los empresarios son galeotos. Y no hay ley, no hay policía que impida el odioso tráfico. En cuanto uno de esos grupos se pone de acuerdo sobre la

belleza de una de las chicas que cantan, ya se sabe: toman un salón y llaman al gerente. «¡Champaña y el número tantos!» Porque para ellos las mujeres no tienen nombre: no tienen más que el número con que figuran en los programas. ¡Y el número tantos tiene que acudir! ¡Y tiene que beber! ¡Y tiene que prestarse á todos los caprichos! Las rebeldías son raras.

Las pobres saben que si disgustan á esos grandes señores, el empresario las echará, obligándolas á pagar una indemnización ó haciéndolas encarcelar con cualquier pretexto. Hace apenas quince días una bailarina americana se negó á bailar en la intimidad, ante tres ó cuatro personajes borrachos. Los bárbaros comenzaron por maltratarla brutalmente. Luego, para evitar reclamaciones, la acusaron de haberles robado un alfiler de diamantes. Como se trataba de una mujer enérgica que supo hacerse proteger por su cónsul, hubo un escándalo. ¡Pero si supierais lo que se hace con las rusas, que no tienen recursos diplomáticos, ó con las españolas ó con las italianas! Yo he visto á más de una bella sevillana llorar, con el traje roto y con el cuerpo herido, en esos pasillos misteriosos.

LA CASA DEL POETA

Una sala sencilla amueblada con exquisito modernismo. Dos divanes muy bajos, unas cuantas butacas, una *bergere* cubierta de sedas asiáticas. En las paredes cuadros impresionistas, efectos de

nieve, puestas de sol. Y allá en el fondo, cual un icono, el retrato de Tolstoi con los pies descalzos.

— Espere usted — me dijo la doncella.

Pasó un cuarto de hora. La impaciencia principiaba á invadirme. Al fin una puerta se abrió.

Pero no era él, no. Era una mujer vestida de negro, joven, morena, muy elegante y muy bonita.

— Mi marido — me dijo — está aún en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Le han engañado á usted diciéndole que ya había sido puesto en libertad. Si tuvieran intenciones de graciarlo, es probable que habrían comenzado por acceder á mi solicitud.

La esposa de Gorki se sentó en la *bergere*. Sus ojos negros, lucientes, en los cuales se veía, más que penas, rencores, contemplaron largamente una fotografía.

— Es él — murmuró entregándome el cartón.

Y efectivamente, era Gorki, el dulce vagabundo, al lado de su maestro el viejo profeta.

— Puede usted guardársela; á mi marido le gusta que esta imagen circule por el mundo... Se le figura que al lado del conde gana en prestigio su figura... Además, es supersticioso y cree que la compañía del hombre á quien tanto venera le hará tener suerte... Son cosas de niño... El es así, muy bueno, muy sencillo... Y, sin embargo, ya usted ve que le acusan de toda clase de crímenes, de crímenes románticos, de complot contra el zar, de provocar rebeliones militares... Y todo, ¿sabe

usted por qué? Porque pretenden haber encontrado el borrador de una carta suya dirigida á los oficiales, una carta que debe ser falsa, tal vez un fragmento de novela. ¡ Dios sabe !... Porque yo no he podido verle sino una vez en el locutorio de la fortaleza, entre esbirros y centinelas. Él me dijo : « No tengas pena, estoy muy bien ; tengo la conciencia tranquila ; estoy muy bien, muy bien. » Pero yo comprendí que no era cierto... yo comprendí que tenía frío... yo comprendí que sufría mucho ; lo comprendí viendo sus ojos.

La emoción crispaba los labios de la esposa indignada. Sus manos pálidas y finas, arrugaban nerviosamente un pañuelo. En los bordes de sus párpados parecía temblar una lágrima.

Y hubo un silencio muy largo que yo no me atreví á romper.

— Lo único que he pedido es que le permitan escribir y abrigarse... Es muy natural, ¿ verdad...? Pero ni eso he podido lograr ; ni eso ni nada. Y es que le quieren mal. Porque no datan de ayer las persecuciones. Cada vez que hay un pretexto lo molestan. ¿ Se acuerda usted de la historia de la academia? El pobre había sido elegido por una inmensa mayoría. En cuanto el gobierno lo supo, hizo anular la elección sin explicar por qué : porque sí, porque le dió la gana. Entonces Korolenko puso su renuncia. ¡ Qué gran alma ! Los demás se callaron y eligieron á otro, como si se tratase, de un simple funcionario.

La fisonomía de la mujer de Gorki había cam-

biado. Ya no había en ella penas ni rencores visibles. Sus labios y sus ojos decían la ironía más honda y el desprecio más sincero. Veíase que para aquella compañera del hombre libre, la complicidad de todos los que pudiendo protestar callaban, de los que debiendo alzar la frente se humillaban, era un espectáculo grotesco y cruel. Así, cuando hablamos, ya al final, de la noble espontaneidad con que en España, en Francia, en Italia, en Bélgica, en todas partes los escritores piden la libertad del gran novelista, ella, la rusa desilusionada, murmuró :

— En todo el mundo, sí, menos aquí...

ÍNDICE

Imp. Wellhoff et Roche, 55, r. Fromont, Levallois, tél. 518-15.
124, Bd. de la Chapelle, tél. 441-86, Paris.

